

El Joya:

mito, delincuencia
y vida cotidiana

Barrio Quiroga (Bogotá) 1950-1990

Yecid Quiñones Q.

Alcalde Mayor de Bogotá, D.C.
Samuel Moreno Rojas

Secretario General
Yuri Chillán Reyes

Subsecretario General
Luis Miguel Domínguez García

Director Archivo de Bogotá
Francisco Javier Osuna Currea

Subdirectora Imprenta Distrital
Carmen María Ampudia Arenas

Autor
Yecid Quiñones Q.

Edición
Luis Enrique Rodríguez B.

Coordinación editorial
Bernardo Vasco

Fotografía
Yecid Quiñones
Familia Castillo Feria
Luis E Rodríguez B.

Diagramación y armada electrónica
Bernardo González González

Diseño de carátula
Yara Prada

Impresión
Subdirección Imprenta Distrital - D.D.D.I.

ISBN: 978-958-717-021-4

© Primera edición 250 ejemplares 2008
Alcaldía Mayor de Bogotá

Impreso en Colombia

A mi padre,

por enseñarme la ambición intelectual;

A mi madre,

por su infinita paciencia.

Contenido

PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN

Sobre este trabajo

Las historias de vida como metodología

La historia de vida y el mito local

VIDAS, IMÁGENES Y RELACIONES SOCIALES

“El Joya”: Relato de vida de un delincuente

Los primeros “lances”

De “coca-colos” a asociaciones de lealtad

Los nuevos sentidos del “negocio”

Las imágenes y las relaciones sociales

Imágenes de los registros oficiales

La construcción de las relaciones sociales

EL PAÍS HEREDADO POR “EL JOYA”

El país del siglo XX

La primera parte del siglo XX

La República liberal

Violencia de mediados de siglo

El país que le tocó a “El Joya”

Ciudad, barrio y delincuencia

Las “bonanzas” y el nuevo ciclo de transformaciones

FAMILIA, BARRIO Y DELINCUENCIA

Perturbación en las relaciones familiares

El barrio, el primer escenario

La barra como espacio de conciliación

Organizaciones de la violencia y su dinámica

- Los involucrados
- La forma de conducirse
- Movilidad social
- El poder de gestión
- "El duro"
- El prestigio
- Estructura de la banda
- El oficio del asesinato

BIBLIOGRAFÍA

GLOSARIO

Presentación

Para los “provincianos” que arribaron a la capital de la República en la década de los veinte, Bogotá fue como un hechizo y un desafío. Aquí coexistían dos mundos: el de las casonas de inquilinato que alojaban a los forasteros y que, no obstante el único baño y la obligada promiscuidad, se hermanaban en las tertulias y cenas a prima noche; y claro, estaba ese otro mundo, el de las residencias vecinas y herméticas, que habitaban seres incorpóreos, invisibles, de antiguos abolengos en desuso, y de catedrales y monasterios que albergaban esa ya deleznable fervorosa religiosidad colonial. No era así –por supuesto- en la tierra calentana, de zaguanes abiertos y anchos patios, de frondosos guayabos y platanales, donde el trópico intenso y sus colores exuberantes espantaban el tedio y la apatía.

Bogotá era una ciudad yerta, acaso gris y oscura. De viejas casas señoriales y apellidos encumbrados. Ya no era hidalga y tampoco era “muy noble y muy leal”, desde cuando las huestes de Simón Bolívar echaron del pueblo al último virrey, Juan Sámano, en un día cualquiera de 1819. Pero la capital seguía siendo un referente para el provinciano que llegaba. Con escasos 279.829 habitantes en 1938, y ese pasado apabullante, era como un espejo que brillaba y atraía.

Entonces, al inmigrante le parecía que Bogotá era la capital de un frío imperio encaramado a 2.600 metros de altura. Sus casas antiguas de ladrillo y piedra le parecían acaso construcciones “faraónicas”: el Camarín del Carmen, la casa del general Rafael Uribe Uribe, las primeras boticas que funcionaron en La Candelaria, la casa de Andrea Ricaurte (donde fue apresada La Pola), la casa de esa mujer tan hermosa, sensual, libre y valiente llamada Manuela Sáenz, la casa del pintor Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, la casa del general Pedro Alcántara Herrán -donde Bolívar pasó su última noche en Bogotá-, la Casa del Florero, la tienda de «La puerta falsa», la chichería El Ventorrillo, la Fonda Rosa Blanca, la plazuela del Chorro de Quevedo, las tipografías de las calle 13, la casa del Oidor, el colegio del Rosario, la calle de Careperro...

Pero esta ciudad de abolengos, apellidos, eruditos y poetas, casi conventual y ceremonial, de ritos y rituales, la misma que llevó a Ramón Menéndez Pidal a catalogarla como la Atenas suramericana, se diluyó en los últimos sesenta años. Hoy, esta urbe de casi siete millones de ciudadanas y ciudadano, con una intensa vida política, social, económica y cultural, se ha abierto a la modernidad y promete un porvenir inimaginado hace escasos veinte años.

Ha sido reconocida internacionalmente con once premios en la última década, entre ellos Ciudad con Corazón (Naciones Unidas, diciembre de 2004); Ciudad de paz (UNESCO, septiembre de 2004) y Capital mundial del libro, en el 2007. Ha sido calificada con triple A por su nivel de gestión financiera y es Líder en la prestación de servicios médicos especializados, según lo ha señalado la Organización Mundial de la Salud. La Fundación Gates la reconoció por su esfuerzo para expandir el acceso a la información. Y en el 2006 fue premiada con el León de Oro en la X Muestra de Arquitectura durante la Bienal de Venecia por los esfuerzos realizados para mejorar la calidad de vida de sus habitantes. (La ciudad compitió contra otras 15, de cuatro continentes). Igualmente, la ONU destacó a nuestra capital como ejemplo internacional de buena gestión pública.

El problema es que todos esos logros, esfuerzos de sus gentes, tragedias, triunfos...en fin, la conservación y preservación de toda esa historia de Bogotá, en sus casi quinientos años de fundación, no ha sido tarea fácil. Quizás con la excepción de Rodríguez Freyle, Daniel Ortega Ricaurte, José María Cordobés Moure y Pedro María Ibáñez, la ciudad no tiene una prolija lista de historiadores coloniales, o de sus primeros años de fundación. Dos desafortunados incendios, uno en 1776 y otro en 1900, el de las Galerías Arrubla, acabaron con ese "corpus documental" de Santafé y Bogotá, eventos que dejaron una irreparable pérdida de sus archivos coloniales y del siglo XIX. Empero, a lo largo de los años, acuciosos historiadores han tratado de llenar ese vacío documental de Santafé con sus propias investigaciones; una de ellas, muy destacada, es la realizada por Germán Rodrigo Mejía Pavony, "Los años del cambio, historia urbana de Bogotá, 1820-1910. Otros analistas, entre los que se incluyen Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Margarita González, Hermes Tovar y Álvaro Tirado Mejía –la llamada generación de la Nueva Historia- también han abordado los sucesos de la ciudad, pero dentro de los ámbitos generales de la historiografía colombiana.

Es poco lo que hoy sabemos, por ejemplo, sobre la historia del gobierno de Bogotá. Esta afirmación, debemos admitirlo, es aplicable a cualquiera de las épocas que han dado forma a la ya larga y compleja historia de la ciudad. El por qué de esto puede ser largamente discutido, pero al final no queda otra cosa que el vacío mismo y, lo que es más importante, la urgente necesidad de llenarlo, de corregir el error, de sentar las bases para que esa labor de conocimiento se realice de la mejor y más completa forma posible. Esta colección quiere, precisamente, aportar en esta dirección.

La atención de los investigadores urbanos se ha centrado en la arquitectura, en las producciones y circulaciones, en los conflictos, en los servicios públicos, en los ritmos y disciplinas ciudadinas, en fin, en la siempre difícil relación de lo público con lo privado, para mencionar apenas algunos de los asuntos que hoy sentimos urgentes. Sin embargo, sistemáticamente olvidamos que toda esa trama de tópicos y problemas está atravesada, sin excepción, por lo institucional. En otras palabras, la administración de una ciudad es

una de las variables que no puede dejar de ser tenida en cuenta si queremos entender a la ciudad y, basados en ello, mejorar nuestra capacidad de regirla.

Conocer a fondo la historia del gobierno de una ciudad significa explorar en detalle la naturaleza de las instituciones que no solo hacen posible ese régimen sino que lo historizan, esto es, que lo singularizan en el tiempo y en el espacio. Ahora bien, por lo general las instituciones se materializan en entidades, pues gobernar no es en forma alguna una actividad etérea. Es en este sentido que nos parece extraño el reiterado olvido en que mantenemos a la historia institucional en beneficio de una historia del discurso, de la representación y, por supuesto, de la ya reconocida historia de la política.

Por supuesto, no es que éstas no sean importantes, sin duda lo son, pero ¿cómo entender el discurso o la política o, aún más, el Estado, sin detenernos a examinar su materialidad, esto es, el ensamble de entidades, de instituciones, que hacen concreto e históricamente significativo el acto de gobernar? La respuesta es evidente: las instituciones y, con ellas, el conjunto de leyes y otras disposiciones legales y normativas que las legitiman, así como las prácticas, los procesos y las funciones que en ellas se realizan y traducen en el espacio un modo específico de habitar, dicen del soporte, del ensamble, de la estructura que hace viable la duración de una ciudad, esto es, su permanencia en el tiempo.

Sea como fuere, y a pesar de los vacíos y deficiencias, la capital tiene hoy –afortunadamente- un archivo especializado en guardar la memoria de la ciudad. El Archivo de Bogotá, General del Distrito e Histórico de la ciudad, es una dirección de la Secretaría General de la Alcaldía Mayor de Bogotá. Su misión es la protección de los recursos documentales del Distrito Capital, para lo cual rige el Sistema de Archivos de la Administración Distrital. En esa labor se ocupa de desarrollar un programa riguroso de conservación de los papeles, libros, planos, mapas, fotos y demás soportes que contienen la memoria capitalina.

* * *

Así pues, dentro de este propósito de preservar la memoria de Bogotá, la Administración Distrital quiere presentar esta colección editorial que es el resultado de un esfuerzo mancomunado que se inició a finales del año 2007, al concluir el periodo del alcalde Luís Eduardo Garzón, y concluyó durante los meses de enero, febrero y marzo de este año, justo durante los primeros cien días de mi gestión como Alcalde Mayor de Bogotá. Los lectores encontrarán crónicas de barrio, como aquella del Joya, un delincuente que “azotó” al Quiroga en los años sesenta, y cuya historia es un pretexto para contar el esfuerzo de los inmigrantes boyacenses, vallunos y antioqueños que conformaron este sector capitalino a comienzos de los años cincuenta. O encontrarán la historia de la primera y más importante fábrica de chocolates bogotana, fundada en los años treinta del siglo pasado. Y podrán deleitarse luego con las crónicas de los fantasmas que “habitan” en el barrio de La Candelaria; los esfuerzos de los socios del primer club de la ciudad, el Gun, epíteto de la elegancia y refinamiento del siglo XIX. Las anécdotas de los constructores del

tranvía, la “subida” a Monserrate de la quinta de Las Mercedes y cómo los bogotanos y bogotanas socializaron en los primeros cafés de la capital...

Pero además salen a la luz pública las historias de entidades tales como la Empresa de Telecomunicaciones de Bogotá, la Caja de Vivienda Popular, la Contraloría de Bogotá, el Fondo de Ventas Populares, la Secretaría de Salud, el Departamento Administrativo de Acción Comunal Distrital y tres tomos de fuentes documentales relacionados con las Juntas Interinstitucionales de Bogotá.

Necesitamos y queremos seguir consolidando una Bogotá Positiva, por el derecho a la ciudad y a vivir mejor. En los últimos cuatro años ayudamos a construir un nuevo modelo de ciudad, donde se ha priorizado la inversión en lo social, donde se ha invertido en la gente más humilde y desprotegida, donde se han reducido drásticamente los niveles de pobreza e indigencia, donde se ha logrado un crecimiento económico sin precedentes, donde se tiene una de las tasas más bajas de desempleo y donde se ha logrado la inclusión de los sectores más vulnerables de nuestra sociedad.

Durante mi gobierno ejecutaremos este programa de hondo contenido social, y consolidaremos el modelo de una ciudad moderna y -al mismo tiempo- amable y solidaria, que supere las condiciones de inequidad y exclusión social para construir entre todos una ciudad competitiva, segura, sostenible, bella, amable y justa. Un espacio de vida que genere prosperidad, libertad y felicidad. Es decir, “Una Bogotá Positiva donde todos podamos vivir mejor”.

La colección editorial que hoy presentamos resume los esfuerzos de las ciudadanas y ciudadanos que han hecho de nuestra Bogotá el sitio para construir su propio futuro. Una ciudad que guarda su memoria tiene sus sueños asegurados.



Samuel Moreno Rojas
Alcalde Mayor de Bogotá D.C

Introducción

SOBRE ESTE TRABAJO

Esta primera y ciertamente sumaria biografía (historiografía) sobre un delincuente precipitado a un destino que lo levantó y hundió en una suerte implacable es, al mismo tiempo, la historia de muchos quienes, en contra de las adversidades, tozudamente, insisten en abrirse caminos. Por esto, el propósito con este intento de biografía es brindar un cuadro íntimo de la cotidianidad en la que se desenvuelve un delincuente; adicionalmente es también un intento que busca contribuir a la comprensión de este fenómeno que parece volcarse amenazante sobre la sociedad contemporánea colombiana.

La investigación, desde la percepción antropológica, tiene como objetivo principal ahondar en el análisis de la delincuencia urbana, concibiendo este fenómeno como de carácter social, en contravía de ciertas tendencias que prefieren verlo como simples acontecimientos, desviaciones o deformaciones sociales. Como quiera que sea, la profusión en la recurrencia a los mecanismos delictivos en las ciudades convierte el fenómeno en tema particular urbano. Pero no por ello se relega a un segundo plano su pertinencia en espacios rurales.

Siguiendo un modelo similar a lo dicho anteriormente, tal dinámica en su fenomenología ha sido tratada con el escepticismo que imponen disciplinas apegadas a rígidas visiones racionales (el derecho, por ejemplo), no teniendo en cuenta el cuidado y respeto a sus especificidades, como tampoco la profundidad que merecen. De hecho, luego de una ardua búsqueda, lo que se logra encontrar es una pálida recolección de documentos en los que difícilmente se hallan detalles sobre las actividades y cotidianidad de estos actores en emergencia; es decir, de estas fuerzas de la sociedad que participan, de una forma u otra, en la conformación de nuevas etapas de la dinámica social desde cada uno de sus sectores.

Conforme a lo anterior, tanto el relato como las otras partes del trabajo, se han logrado a través de la condensación de las entrevistas, observaciones y documentos pertinentes que se consultaron durante los últimos dos años. Con base en ellos se desarrollan contrastes teóricos donde ocupan un lugar básico aquellos que fueron dilucidados durante el proceso de elaboración de esta interpretación, como esfuerzo necesario para tener la suficiente claridad y los elementos necesarios, en la aspiración de lograr un análisis más profundo del fenómeno delincencial.

Estos reconocimientos llevan necesariamente a dar énfasis a lo urbano, como derivación de tres elementos esenciales que median lo que se quiere resaltar en este trabajo: en primera instancia tenemos la particular circunstancia espacial en la que transcurre la vida del personaje central biografiado; Bogotá es la ciudad que alberga la mayoría de sus múltiples modalidades delincuenciales, aunque se hallen involucradas directa e indirectamente otras ciudades.

En segundo lugar, presenta un rasgo muy particular: a diferencia de los procesos tradicionales, el fenómeno delictivo al rebasar los marcos rurales en los que tuvo expresiones acabadas, pasa a expresarse en los ámbitos urbanos de múltiples y sutiles formas; llega a rondar todo el territorio nacional sin distinción alguna. Así, a partir de las grandes oleadas migratorias que transforman la demografía nacional, muchas de las ciudades se convierten en los epicentros claves de delincuencia, con la complacencia de grandes decisiones políticas y económicas que la estimulan.

En tercera instancia, porque hoy en día ciertas modalidades de delincuencia (corrupción administrativa, desfalcos al fisco, fraude financiero, etc.), que surten un efecto más dañino sobre la sociedad que la llamada delincuencia “común”, tienden a configurarse especialmente en los ámbitos urbanos. Además de caracterizarse por su cercanía a los centros administrativos se hace más evidente por su perfil empresarial. Un claro ejemplo es el llamado “sicariato”, en el que los ejecutores son “trasladados” o “importados”, de un lugar a otro, para ejecutar desde una motocicleta a un deudor o acreedor de quien hace el contrato. El carácter empresarial que ha tomado tanto esta forma delincencial como las otras, aunque típicamente urbanas, no puede desconocerse que son modalidades que tienden a extenderse por toda la geografía nacional.

Por supuesto, tales distinciones impiden hablar de “delincuencia común”. Por ello, en términos que tienen mayor implicación, en este trabajo se hará referencia a “delincuencia urbana” que, por lo demás, es la manera como es reconocido el fenómeno, compartiendo con Álvaro Camacho Guizado al decir que la primera acepción contribuye más bien a confundir su comprensión, pues coloca su fenomenología en los límites mismos de la sociedad, reduciéndola a un fenómeno inevitable en la que no toda la población queda atrapada en las instituciones y códigos dominantes. Idea que convierte el fenómeno en una expresión común a todas las sociedades.

En conjunto, todas estas singularidades son las que contribuyen a la pretensión de biografía de un individuo y, a la vez, de la cotidianidad de un barrio, pero también del grueso del país urbano. Aun cuando quizá su causa más íntima sea que cada una de las entrevistas, cada una de las experiencias da para hacer una historia de vida individual, pues encierran en sí la casi totalidad de los fenómenos. Por esto mismo, podría afirmar que es la vida de una persona y, al mismo tiempo, de otras y la sociedad, que transcurren paralelas.

Al cumplir con ciertas condiciones, “El Joya” se convierte en el eje central del relato, guardando diferencias menores con respecto a otros personajes. Requisitos permanentes sacados luego de la recopilación de una información seleccionada como la más pertinente.

Para ello, fue preciso que la información se verificara tras un intenso contraste y una comparación con las versiones independientes de cada uno de los que colaboró con su testimonio, poniendo a prueba así la validez y confiabilidad de los datos.

Surgen entonces singularidades como haber vivido la mayor parte del tiempo en el barrio, ser líder y miembro fundador de grupos en el barrio (combos, galladas, etc.), participar del grueso de las actividades que realizara su grupo, dentro de lo que fue su territorio de dominio (la barra), ser reconocido y recordado por una gran mayoría de personas del barrio y sus alrededores, como también el reconocimiento por parte de otros grupos (acumular fama de “duro” dadas sus actividades delictivas en general), seguir un proceso de individuación y profesionalización, y algunas otras características que singularizaron a la persona del “Joya”, convirtiéndolo en el protagonista “semi-ficticio” de éste documento historiográfico.

Así pues, al ir ahondando en el método de las historias de vida, surgieron las pistas que accionaron los elementos teóricos que median los planteamientos a exponer en las páginas siguientes. Estos mismos se dirigen, básicamente, a intentar inferir sus manifestaciones a través, o bien del conjunto de valores, o bien del contravalor, como comportamientos alternos puestos a andar en un sistema social, entendido aquí como la tendencia a los actos ilícitos (organización del crimen). Como una forma más de comprender la violencia que su práctica implica. Por supuesto, no en términos universales, sino precisamente, en sus encarnaciones locales, siendo consciente que es esa relación entre lo universal y lo particular, lo relevante de esta discusión.

En consecuencia, este trabajo, dados sus planteamientos, dejará insinuados algunos temas, para ser explorados teóricamente, pues el mismo, desde luego, no pretende agotar el tema y, más bien, debe ser considerado como una aproximación al fenómeno delincencial. O dicho de otra manera, la descripción de una realidad en un intento por experimentar con el método que pueden brindar las historias de vida.

LAS HISTORIAS DE VIDA COMO METODOLOGÍA

Hace un buen puñado de años, los domingos en la tarde a mis hermanos y a mí, mi papá nos daba permiso para ir al Quiroga, donde la tía Leonor, a jugar con los primos. Pero nosotros, sobre todo, hacíamos fuerza para poder ir a ver televisión; pues el viejo nunca quiso comprar el aparato porque decía que eso era una invención para embrutecer al hombre.

En los espacios que había entre los programas que a uno lo encantaban, y le permitían ver, y los que veían los mayores, nos escapábamos con mis hermanos y mis primos a descubrir nuevos callejones, a recorrer las calles, a meternos a las casas escalando los muritos y las rejas de los antejardines para poder jugar con las niñas que dejaban encerradas bajo llave, a aprender a hacer las cuentas del juego prohibido de los cinco huecos, a jugar fútbol, a los ponchados, a las tapas preñadas con cáscaras de naranja, a apostar carreras de aro, en fin, sin darnos cuenta en una interrelación desprevenida con los otros muchachos del barrio.

Éstos, cada vez que encontraban alguna oportunidad, no la desperdiciaban para hablarnos de los “héroes” locales, de aquellos a los que se les admiraba en la cuadra, o en el barrio, o a los que se les temía; buscando impresionarlo a uno porque se saludaban, o se chanceaban con los “duros”. Algunos de los mismos que, pasados los años, se convirtieron a su vez, en los nuevos “héroes”, en los nuevos “duros”, en los nuevos admirados y temidos; en un contrasentido con lo que fue el destino de otros muchachos del barrio y de uno mismo.

Es por medio de cada uno de los más de dieciséis (16) testimonios extensos que amablemente me concedieron estas personas, luego de reencontrarnos en el “callejón” después de tantos años, que hicieron posible la condensación de la historia de vida de “El Joya”, gracias a sus propias experiencias, a sus propias biografías. Al decir de Samuel y Thompson, “los antropólogos tratamos con la evidencia de lo oral y nos documentamos buscando las claves que permitan interpretar una sociedad tanto en los mitos, la magia, el chamanismo, como en los hechos mismos; a diferencia de los historiadores, quienes buscan la realidad a través de documentos escritos, construyendo sus argumentos sobre verdades verificables, sobre lo que ellos llaman el conocimiento exacto de la vieja historia”¹

La elaboración de este trabajo se facilita entonces, a partir de la transcripción de sus testimonios, que en la mayoría de los casos me fue permitido grabar, además de apoyarme en las notas tomadas en campo, unas veces obligado por la circunstancia de no haber podido grabar, porque no se me permitió, y otras para no arriesgar al olvido movimientos, gestos, ademanes y mesurados silencios. La recreación que trato de hacer surge de la búsqueda tenaz entre las diversas biografías, de cada uno de los hechos y evidencias sobre la realidad de los procesos que constituyeron el tránsito de la vida de un “pelado sano” a ser en la adultez un “delincuente de cuidado”, enmarcada además por el halo de violencia que caracterizó su existencia.

Tras la continua auscultación de los relatos, su relectura y comparación con las notas de campo, en la medida que escribía, se fue condensando en uno solo; desde luego, siguiendo un proceso de complementación con aquella información que fue siendo preseleccionada y extraída de los muy distintos y variados rasgos salidos de los momentos y circunstancias determinados por aquello que pudo acaecerle a alguno de los otros. Esto permitió, de alguna manera, que se fueran convirtiendo en incipientes descubrimientos, de los cuales fueron surgiendo los elementos que constituyeron las encubiertas formas de mitificación del personaje; porque es a través de él, y en él mismo, que se expresa ese sentimiento popular de las realizaciones y autorrealizaciones eternamente aplazadas de las mayorías, retenidas en la memoria por generaciones, pero “traslúcidas en los procesos de construcción y transmisión míticas; como la fuerza histórica donde se observan los desalojos, omisiones y reinterpretaciones a través de las cuales esos elementos míticos cogen forma en la memoria personal y colectiva”².

¹ Raphael Samuel y Paul Thompson. *The Myths We Live*. Ed. Routledge London, New York 1990. p. 1.

² *Ibid.* p. 13.

Más concretamente, en las particulares referencias que, como una sombra, han acompañado los procesos violentos en nuestro país, develando esperanzas nunca realizadas o miedos escondidos, tras la demonización de enemigos tanto internos como externos³.

A medida que me fui interrelacionando con las personas más cercanas al personaje biografiado, (sus “compinches”) todos, sin excepción, se me fueron convirtiendo en algo así, como arquetipos portadores de la totalidad de los fenómenos. En tanto cualquiera, así como puede en un momento dado identificar al personaje central de nuestro relato, con otro conocido de cerca, o por otra referencia, puede llegar a confundirlos al ligarlos a cualquiera de los distintos visos que va arrojando la lectura de su existencia hecha biografía.

Ir revelando el marco de su “historia personal”, nos permitió entrever, sin lugar a dudas, una concepción integral del sentido y las formas de vida enmarcadas por la delincuencia. Estos descubrimientos van siendo entregados en forma de relato. Conforme no hay método que pueda reclamar la hegemonía, el estatus de igualdad que establece este método se encuentra precisamente allí. Dado que no hay espacio para lo que llama Alfredo Molano “la frialdad de los marcos teóricos, que generalmente no explican, contribuyendo más bien, a entender poco lo que se ve”⁴, se evita caer en las muy frecuentes determinaciones abstractas de las academias de historia, y lo que se logra, por el contrario, es una síntesis y una magnífica imagen de la realidad.

Dicho de otra forma, un relato ofrece la oportunidad de presentar dos caras de la realidad: lo que se logra al ligar los conocimientos con la realidad. “Los historiadores al explorar el territorio de la interdisciplinariedad, encuentran que la historia es una construcción narrativa en sí misma. Su naturaleza es leída como una metáfora clave para entender la conciencia social. Así, tan pronto como se reconoce lo subjetivo, su valor en testimonios individuales, se desafían las categorías aceptadas por la historia, reintroduciendo las emociones, los miedos y las fantasías, por las metáforas de la memoria”⁵.

De esto resulta una realidad cargada de contenidos sociales determinantes; desde el relato, a su vez, nos es mostrada de manera típica o atípica. Pero hacer una lectura seria y desprejuiciada, en últimas, terminará por descubrir su existencia en todas partes. De suerte que, al ir avanzando en la elaboración del texto, es imposible evitar la impresión de estar recreando la historia nacional. La que se encontró transparentada en los testimonios autobiográficos de cada uno de los entrevistados. Por esto, “la individualidad de cada una de las historias de vida, no es impedimento para la generalización y, más bien, se convierte en un documento vital en la construcción de conciencia enfatizada por la variedad de experiencias. Son, a su vez, un desafío a la categorización rígida de lo privado y lo público, así como de la memoria y la realidad”⁶.

³ María Victoria Uribe. *Matar, rematar, contramatar*. En: Documentos Cinep, N.º 158 y 159, último capítulo.

⁴ Alfredo Molano. “Reflexiones sobre Historia Oral”. Texto de la intervención en el Seminario de Historia Local de Mompo. Revista *Gaceta*, mayo y junio 1990. p. 11.

⁵ Raphael Samuel y Paul Thompson. *The Myths We Live*. 1990. p. 6.

⁶ *Ibíd.*

Al ir tomando cuerpo la historia de vida y cada una de las personas que contribuyó con su testimonio, se fueron constituyendo en algo así como conceptos (o categorías sociales). Y debe de ser así, ya que cada uno e íntegramente de todos los signos y señales de cada una de las autobiografías, indefectiblemente están determinados por un indiscutible elemento: su representación de realidad.

Al ser este elemento surgido de las ideas, de la visión que tiene de la realidad cada uno de los individuos relatores, "las historias de vida no deben ser consideradas como experiencias borrosas, como fragmentos de masas desordenadas, sino, y más bien, como relatos moldeados en los cuales algunos incidentes fueron dramatizados, otros contextualizados y otros dejados en el silencio; a través de un moldeo narrativo en el cual ambos, conciencia e inconsciencia, mito y realidad juegan partes significantes"⁷.

Además de esto, cada uno y todos los relatores o informantes, cuya colaboración fue esencial en la realización de este trabajo, tuvieron durante las entrevistas o charlas, una autonomía traducida en un poder de modificación, que aunque no es fácil de percibir al leer la "historia de vida" final, pues no hay posibilidad de hacer una comparación individualizada. Se puede captar en el hecho de que el relato final está mediado por ideas correctas, "por una realidad que se define de acuerdo con lo que significa lo real para aquella persona que narra, que cuenta su historia"⁸ que es, al final de cuentas, la gigantesca fuerza material con que se elabora y transforma el mundo. "De hecho, la problemática de lo individual y lo social están inextricablemente unidas, solamente que uno las ve en una variedad de gamas de colores degradados, en distintos tonos".⁹

El relato, en últimas, es la condensación material de todos aquellos personajes que con infinita paciencia supieron relatar sus propias experiencias, su percepción de la experiencia de la vida de Edgar Joya, o de otra manera, el enriquecedor entrecruce de las dos. Nociones que son, en gran parte, la recreación de situaciones y circunstancias históricas, como el resultado del inmenso desplazamiento de campesinos hacia los centros urbanos, la apropiación de un espacio en las zonas urbanas, las rupturas y recomposiciones culturales a que fueron sometidos en medio de los procesos de industrialización, encubierta de alguna manera, por las distintas violencias en los últimos cincuenta años.

Así pues, los padecimientos de las primeras oleadas de inmigrantes llegados a los barrios de los centros urbanos, conformados por familias desmembradas que venían huyendo de la violencia desde los lugares más disímiles, el uso del tiempo libre por parte de los jóvenes, la imposición de nuevos roles y el papel de la mujer en ellos, la búsqueda incesante de posibilidades materiales e intelectuales son pues, grosso modo, la evidencia del establecimiento de unas relaciones profundamente desiguales por parte de un Estado debilitado y forzado a hacer una presencia apenas simbólica en la atención del grueso de la población nacional.

⁷ *Ibíd.* p. 14.

⁸ Víctor Córdova, *Historia de Vida, Una metodología alternativa para Ciencias Sociales*. Fondo Editorial Trópicos, Comisión de Estudios de Postgrado FACES U.C.V. Caracas, 1990. p.18.

⁹ *Ibíd.* p. 17.

Debilidad innegable que se vio vapuleada recientemente, primero por la introducción del cultivo y comercialización de la marihuana, y luego, potenciada “n” veces por el complejo coca-cocaína; con las consecuentes secuelas en lo político, económico y social, desencadenando las formas de violencia adoptadas por sus protagonistas: el enfrentamiento armado como única posibilidad de abrirse los espacios que siempre les ha negado el sistema social. Es ante todo esto, que no puede uno menos que sentirse apabullado por la cantidad de signos y señales de una vívida realidad; de tal forma que, en la medida que reflejan esa cotidianidad, se nos hacen más verdaderos, o como lo expresa Córdova “los relatos de vida, orales o escritos, no son más que el reflejo de la propia condición humana, constituyéndose así las autobiografías en elementos referenciales para la construcción de este método”¹⁰.

Por otro lado, la forma como se presenta el relato, es decir, en un solo cuerpo, busca esencialmente marcar la pauta que descubra la intención fundamental que tiene este trabajo, la cual es precisar un conocimiento traído de la experiencia humana y de la subjetividad. Como quiera que sea, esta primera apariencia, esta forma que se escogió para presentar la “historia de vida de un delincuente” es una propuesta, una alternativa posible de traducir y concebir el relato, como un sistema que concatena los relatos de los entrevistados en la condensación que resultó ser la vida de “El Joya”.

Siguiendo a Víctor Córdova, el objeto se fue construyendo durante las distintas etapas de la investigación, “en los distintos momentos de conocimiento empírico, haciendo un esfuerzo por ver y reconstruir esas dimensiones socio-estructurales, es decir, toda la vida social”¹¹ en un espacio de tiempo delimitado. En consecuencia, lo que se aspira a lograr con el relato es la producción de un conocimiento científico de lo que fueron y siguen siendo los resortes de las distintas violencias, metamorfoseados en los indiscriminados procedimientos criminales concretados por unos actores en emergencia, como bien lo muestra el estudio de caso presentado.

“Si bien el objeto de las historias de vida es conservar y transmitir los relatos, las descripciones de los gestos, de los oficios de la vida cotidiana, etc.”¹². Es posible que, durante la lectura del relato, lo que se vea a grandes rasgos, sean extracciones, trozos, como parcelas que pueden lucir en principio esquematizadas. Pero, a mi modo de ver, es ahí precisamente donde hay que hallar los lazos del discurso, que finalmente nos brindará esa gran visión que comporta una expresión con contenidos profundos; es decir, una forma de producir conocimiento, el cual está expresado en términos del significado de realidad para estos actores (colectivos o individuales) en emergencia.

Bertaux lo expresa “como un nuevo punto de vista biográfico, que posibilita admitir o poner en duda los cuadros conceptuales y epistemológicos del método. Representando una nue-

¹⁰ *Ibíd.* p. 29.

¹¹ *Ibíd.* p. 21.

¹² *Ibíd.* p. 41.

va posibilidad como reconciliación entre la observación y la reflexión; el método al mismo tiempo que posibilita la teoría, también posibilita los medios sociales”¹³.

Expresado de otro modo, la condensación en el relato de los distintos entrevistados en “*El Joya*”: *relato de vida de un delincuente*, está integrado por las situaciones de distinto tipo a que dio lugar, por sus caracterizaciones y por sus causas. Así, el relato no es la simple transcripción de una o varias entrevistas, sino la recreación de las imágenes generales de los procesos de cambio de valores tradicionales (como los arraigos políticos) y de códigos normativos, de la multiplicidad de conductas que no han encontrado un espacio de desarrollo legal, de otros criterios que regulen las actividades económicas, políticas, sociales, distintas al uso de la violencia. También lo es de la continuidad del uso solapado de actividades delincuenciales en la búsqueda de nuevos significados, de nuevos sentidos, que a la vista del lector aparecerán como un relato.

LA HISTORIA DE VIDA Y EL MITO LOCAL

Si bien el trabajo se inició con una desafortunada búsqueda de todo aquel detalle que permitiera reconstruir la vida del personaje central (Edgar Joya), durante el proceso fue siendo mediado por la necesidad de delimitar el objeto de estudio. El barrio Quiroga es la unidad espacial donde transcurre la vida de este personaje y donde confluyen los que tienen que ver con ella. Su historia social, económica y política fue complementada con los muy pocos documentos escritos que se encuentran, pero enriquecidos gracias a los datos aportados en las entrevistas, arrancados de la memoria individual y colectiva de los vecinos.

De estas mismas brotaron otros datos que permitieron la reconstrucción de aspectos tan variados como los orígenes regionales de las primeras familias habitantes del barrio, como de las causas de su inmigración, su vida económica, las relaciones sociales e interpersonales, religiosas, etc., facilitaron, al hacer el análisis, la comparación entre lo que fueron las vivencias rurales y las que se fueron gestando en el ámbito urbano.

La versión en conjunto halla su respaldo en las versiones independientes de cada uno de los entrevistados (no olvidemos que son parte integrante de alguna familia o grupo), entre los que se encuentra una gran variedad de edades que oscilan entre los doce (12) y los setenta (70) años de edad. Estoy convencido que al contrastarse los testimonios de estas personas se contribuye grandemente a la validez y confiabilidad de los datos.

A decir verdad, se realizó una primera selección ideal conformada por dos (2) familiares, cuatro (4) vecinos antiguos, cuatro (4) vecinos contemporáneos al personaje y, por último, al menos dos (2) colegas o personas muy cercanas a sus actividades delictivas. Aunque en rigor se cumplió así, durante los prácticamente dos años de trabajo de campo, fueron muchas más las personas cercanas a las actividades delincuenciales que las de los otros tipos ideales, los que finalmente colaboraron.

¹³ *Ibíd.* p. 39. Daniel Bertaux citado por Víctor Córdova.

Un rápido inventario nos dará una mejor idea: a través de las mismas familias, rápidamente se accedió, gracias a fuertes lazos de solidaridad y amistad, a miembros de “grupos” o “bandas”, dedicados a actividades como el robo, atraco, secuestro, sicariato, asalto, “apartamiento”, tráfico de armas, tráfico de droga, etc. Así mismo, a miembros pertenecientes a cuerpos de seguridad estatal (Policía, DAS, Aduana); como también a personas de no muy clara situación legal: intermediarios de instituciones oficiales, legales, administrativas, etc. Semejante gama de personajes y de actividades no pasa de ser una tenue muestra del estado de corrupción nacional. Sin embargo, a su vez, es muestra de la muy amplia franja de población que vive y se desenvuelve gracias a ella y, por ende, de su complejidad.

Para lograr una abstracción aceptable ante lo entreverado de las tendencias, me fue muy útil la observación directa, eventualmente concurrente, de la “banda”. De esta manera, tuve la oportunidad de acercarme a grupos básicos y ocasionales que podría ubicar para un mutuo entendimiento, como lo que corresponde a la categoría general de “juvenil”; y a una segunda categoría que me voy a permitir denominar “profesional”.

Sin embargo, debo decir que el contacto se realizó más que todo en términos individuales; ya fuera por causa de una invitación directa o “accidentalmente” por estar presente durante la planeación de un ilícito. El acercamiento facilitó, en ocasiones, el reencuentro con algunas personas que conocí durante mis etapas de crecimiento, personas que hoy en día aunque profesionales, sostienen actividades ilícitas alternas, y con las cuales no se rompieron definitivamente lazos de amistad y que, a propósito de este trabajo, a pesar de los años transcurridos, fueron rehabilitados.

La selección temporal estuvo determinada precisamente por el espacio de tiempo que hay entre la niñez de nuestro personaje central y su deceso, el cual aconteció habiendo cumplido los treinta y ocho (38) años de edad, para 1988. En el estudio de los años involucrados en esta franja de tiempo, transcurrieron paralelamente sucesos relevantes en la historia nacional como las violencias de mitad de siglo, la aparición de bandidos que se hicieron famosos, la formación del Frente Nacional, el sacudimiento de la sociedad por el auge del cultivo y comercialización de la marihuana y la cocaína. En fin, crisis profundas que vuelven más compleja la comprensión del diario vivir en nuestro país.

De manera pues que el relato pretende dar lo inmediato e integral de la vida de una persona dedicada a las actividades delincuenciales. Sin embargo, de suyo, su mayor penetración está dada por la ciencia social, contando por supuesto con la crítica aguda del lector que sabrá entender tanto sus pretensiones como las limitaciones.

Contrariamente a lo que podría pensarse, la ficción ha quedado superada por lo que Oscar Lewis llamó “el realismo etnográfico”. El personaje, de hecho, no es un individuo imaginado, sino una persona que realmente existió, al mismo tiempo, es una reconstrucción a través de la memoria social, de la evocación de distintas personas que lo conocieron o bien directamente, o bien de oídas. Por esto mismo, los hechos, lugares y acciones no son

compuestos, son reales. Elementos fundamentales en la constitución de este documento histórico que podrá ser utilizado para una posterior comparación, corrección e impugnación por parte de otras investigaciones.

Las entrevistas generalmente transcurrieron en un ámbito de amplia colaboración. Muchas veces caminando por ahí, otras en los lugares menos esperados, en alguna casa, en la esquina, la tienda, el parque, el sitio más cómodo y familiar. Generalmente, se impuso el uso de la grabadora, aunque no faltó la ocasión de grabar en video una entrevista. Otras veces, luego de realizar la entrevista, llegar a casa a escribir todo lo que pudiera recordar, pues no se me permitió de ninguna manera consignar directamente la experiencia.

Finalmente, al leer las líneas que preceden no puedo evitar observar en ellas las múltiples inquietudes presentes en todos aquellos que directa o indirectamente contribuyeron con sus relatos y experiencias. Digo, todos aquellos, puesto que el lector puede suponer fácilmente, dada la forma de presentación del relato, que se trata de un solo personaje, de una sola historia de vida, de una sola experiencia. En realidad, luego del registro sistemático de los datos y su relectura para tratar de reconstruir la historia de vida de "El Joya", encontré que en cada uno de los hechos y evidencias relatados por cada entrevistado había ciertas similitudes: lugares, acontecimientos, ambiciones, que tenían mucho en común.

Aunque muy distintos y variados, los rasgos comunes seleccionados y extraídos de otros personajes, de los momentos y circunstancias similares hicieron que se fuera condensando en un solo relato. Poco a poco fueron determinando que se le imputaran, por la naturaleza misma de lo común, a un solo personaje. Es cierto que el personaje existió, como es cierto que las líneas que siguen son la historia de su vida. Pero, también es cierto que a un tiempo, esta es la historia de los muchos que no dudan en abrirse un camino. Por ello, la voz que relata podría ser la de cualquiera que conozcamos de cerca, que tengamos de referencia al ir ligando, a lo largo de la lectura, los distintos visos de los contenidos sociales que nos va revelando.

Es por eso que parte del trabajo, después de obtenidos y seleccionados los relatos se dirigió a la ordenación de las situaciones buscando lograr una mayor coherencia del discurso a la integración de las entrevistas, vigilando minuciosamente las palabras enunciadas por los protagonistas. Lo que mereció un cuidado especial, pues exigió la precisión, exploración y mejora de las expresiones, para poder recrear lo que Alfredo Molano define como la tonalidad percibida (la cual, no queda registrada en la grabación) sus sensaciones, sus posibilidades, toda la cadencia y toda la sustancia que realmente vive en la gente¹⁴. Necesariamente se respetaron elementos muy importantes para transmitir el colorido y el matiz, al convertirse a la vez, en la clave que media la comprensión y el conocimiento de los resortes activadores del fenómeno y objeto fundamental de nuestra mirada.

¹⁴ Alfredo Molano. "Reflexiones sobre Historia Oral". Texto de la intervención en el Seminario de Historia Local de Mompox. Revista *Gaceta*, mayo y junio 1990. p. 11.

El establecimiento de un eje principal del relato que en este caso es el personaje protagonista, es decir, “El Joya”, implicó la eliminación de los signos propios de otros personajes reales, como también las del entrevistador. De esta forma, surgen personajes semi-ficticios como “Oscar”, “Saúl”, “el Loco Alberto”, etc. De seguro con la historia oral de cada uno de ellos, se podría sin dificultad desarrollar cualquier dimensión, aspecto o matiz, de la vida cotidiana en la delincuencia, en tanto todos recogen la vida real de la gente real.

Consecuentemente, el relator guarda la misma característica de semi-ficticio, facilitando así demarcar la posición del narrador como de antivaloración que demanda un personaje de su importancia, evitando caer en vicios como la manipulación de la información, o de prejuicios frente a hechos difíciles de digerir por el horror, repugnancia o simpatía que puedan despertar. Finalmente, la atención a estos puntos busca lograr la captación de la unidad estructural que corresponde al género aquí escrito, las historias de vida.



■ La transformación de la arquitectura de las casas y el cambio de su uso es más evidente en las últimas etapas del barrio Quiroga, donde se ha impuesto el uso comercial.

Vidas, imágenes y relaciones sociales

“EL JOYA”: RELATO DE VIDA DE UN DELINCUENTE

LOS PRIMEROS “LANCES”

Querer agarrar por un camino que no es el de uno es lo peor que puede sucederle a alguien. Y claro, mi hijo tenía que cogerla porque el pendejo no había nacido para eso. Él había nacido para ser un tipo honrado. Tanto así que si él, de pronto, pensaba ir a *levantarse* esta botella, y ya lo tenían en la cárcel. Sí, es decir, no estaba predestinado para ser un bandido como yo, más bien un hombre honrado y a la prueba que toda la vida lo fue. Estuvo en la cárcel por pendejadas, porque creía que las emociones fuertes eran muy satisfactorias. Para tener algo que contarles a los amigos... no, no, él no sirvió para eso: todo le salió torcido. Todo, hasta su último viaje.

Este destino no lo quería para Édgar Joya. Admito haberme desilusionado cuando lo vi detenido por algo sin importancia en la inspección del Restrepo por allá en abril del setenta y dos. Yo sabía que no era un ladrón cualquiera, era un ladrón fino, sí. Él atracaba negocios, caía con su gente donde había plata, mucha plata. No tenía porqué estar ahí, menos en Semana Santa, con lo católica que era su familia. Días santos como el jueves y viernes que hasta las putas respetaban. Porque eso sí todo será, pero por tradición han tenido que hay que descansar o de lo contrario les va mal el resto del año. ¡De que respetaban, respetaban! Por ser buen cliente me decían: “Déjese ver por allá, Saulito, el Jueves Santo”. Y le daban a uno siete platos de comida: lenteja, garbanzo, arroz, pescadito y no sé qué más. Claro, era otra época. Quizás por esto a Édgar le iba yendo mal. Aquella vez debió quedarse tranquilo en su casa de techo abovedado, echado a la vista del retrato del General Gustavo Rojas Pinilla en la sala como era costumbre en todas las casas de por aquí. Bien, eso le sirvió para que aprendiera que hay cosas sobre las que uno no puede saltar.

Entonces vestía *bluejean*, camisa blanca y chaqueta de cuero negro, recuerdo. Como siempre muy simpático, tenía su pinta y era ya un duro. De buenas para las muchachas. Lo perseguían. Tuvo familia con la hija de Marcos, tan bonita que era, y con la hija del sastre. Inclusive tuvo una niña con una novia que tuvo en la veintidós con veintisiete donde quedaba la panadería La Sultana, al lado de la San Marino. Y tenía que ser así: un hombre que se pone

aquí su cadena de oro, su reloj fino, bien vestido y rueda en moto o su buen carro y sabe bailar, atrae mucho a las muchachas; luego esa sucia inspección no era sitio para Édgar.

Conocer a Édgar Joya por allá en el año sesenta y cinco era ver la oveja negra de una familia que vivía junto a los Calderón, que tenían de mamá una vieja alcahueta. Un pelado talentoso que ya cometía fechorías como robar a la gente, atracar, y que de empezar robando cositas, ensayando conejos en las cafeterías, rompiendo vidrios, para terminar como terminó, con siete balazos por allá en la quince, al norte, junto a una discoteca, luego que se hiciese todo un profesional en secuestros y en asaltos a bancos.

Invadía la calle jugando a la casita con las niñas cuando yo lo conocí. Sí, todavía un niño que pasaba el día diseñando las ventanas, las puertas, delimitando espacios con hileras de piedritas sobre el asfalto: Aquí es la sala, aquí es la entrada, y daban la vuelta para entrar por la puerta y no meterse por encima de las paredes, y decían aquí es la ventana, mientras las chinas se ponían a hablar como vecinas y acababan jugando al papá y a la mamá.

Otras veces eran las rondas como "El puente está quebrado", "La gallina ciega". O amarraban un lazo a un poste de los teléfonos del parque e impulsándose le daban vueltas al poste hasta agotar el lazo para después devolverse a toda velocidad. Jugaban también a "El soldado libertado", "Las escondidas" y de esta manera pasaban las horas y horas, las tardes enteras.

Y elevar cometas era otro juego que por cada agosto no podía faltar. Los sitios preferidos eran los potreros, pero una vez con los hermanos mayores, Édgar decidió subirse al tejado. En esas tropezó con el buitrón de la casa de los Calderón que se zafó, se enredó con el hilo y se vino a la acera de cabeza con buitrón y todo. Antes de caer puso las manos de modo tal que sólo se raspó la cara y los brazos. Ese día, el papá y la mamá habían ido a la matiné y al llegar a las seis de la tarde, la mamá de los Calderón los estaba esperando para ponerles la queja. Eso sí, tocó al día siguiente instalarles de nuevo el buitrón después de la pela.

Doña Ana Rita los castigaba casi siempre con un palito forrado en cuero del cual colgaba una trenza del mismo material que remataba en un nudo. No era una dictadora, pero les andaba duro. Imagínese, sino hubiera sido así, de los ocho hijos que tuvo, ¿cuántos más no se hubieran torcido?

Y a eso de los doce años, Édgar ya jugaba "Cinco-Huecos", "Picaba Calles" que consistía en llevar un trompo a punta de golpes que se daban con el trompo propio hasta el final de la calle. El que perdía tenía que pagar con un trompo o si no sufría la pena máxima que era recibir el "Seco Alemán". Se aprovechaba que estaban por esos días pavimentando las calles, para arrojar el trompo debajo de la rueda más grande de las aplanadoras.

Más o menos para ese tiempo se organizaban en galladas de cinco, diez, veinte o más "chinos". Se iban a caminar por los despoblados del barrio, por los lados donde queda hoy el Colegio San Luis Gonzaga y el Polideportivo del Quiroga, que lo pudieron construir años después con plata que regaló Carlos, un traqueto de aquí del barrio. Ahí existía una zanja

enorme cubierta por pasto combinado con barro que parecía un gran colchón de resortes como de doscientos metros de largo.

Se botaban desde arriba y caían como sobre algodón. Y al poco tiempo le cogieron gusto a la cacería; armados de caucheras se iban al Castillo, cazaban pajaritos, culebritas, lagartijas y la tarde con el sol siempre encima, cosechando uchuvas y unas pepitas que llamábamos manzanitas muy buenas para la sed y niguas de perro.

Me gustaba verlos disfrutar de los últimos rincones de campo que todavía quedaban de aquella hacienda grandísima que hacia 1950 vendrían a urbanizar con el nombre de Urdaneta Arbeláez. El nombre de Quiroga fue posterior. Ya uno llegaba al paradero de buses urbanos ubicado en el parque frente a la iglesia del Olaya. Al pasar la veintiocho, dos cuadras hacia el sur, uno llegaba al barrio. Cuando los Joya armaron trasteo para venirse, las calles estaban aún sin asfaltar. Las pavimentaron como a los dos o tres años de estar viviendo acá. Sembraron arbolitos y la urbanización quedó muy bonita.

Los Joya como los Peña, los García y todas las familias que vinieron a estrenar barrio procedían casi siempre de los pueblos. Los Joya, por ejemplo, eran del Líbano, Tolima. Una familia traída por la violencia, por ser liberales gaitanistas; pudo respirar un poco de paz primero en una pieza del barrio Centenario y luego en el Restrepo, para que por último el Instituto de Crédito Territorial les adjudicara la casita en 1954, durante el gobierno de Gurropín. Al papá no le alcanzó la plata para comprar en la octava etapa, que era la mejor, y a los chinos les pusieron de sobrenombre los “Coca-colos varados”.

Casitas de un solo piso y en teja. Así fueron éstas, las de la primera etapa, entre la veintitrés para arriba, hacia la Caracas, la quinta etapa: casi todas las casas tenían una fachada parecida a las bóvedas, por lo que se les conoció con el nombre de “El cementerio de los vivos”. La sexta, séptima y octava etapa fueron en su totalidad de dos pisos, algunas en forma de bóveda y las otras con placas de cemento. Y los techos habitados siempre de golondrinas que vagaban por ahí de mañana a tarde. Vinieron luego las bandadas de pajaritos, de palomas que embadurnaban de caca los tejados, y la invasión posterior de gatos y ratones.

La gente construía poco a poco según fueran mejorando sus ingresos: una pieza atrás en el patio, echaba la plancha, un segundo piso, la escalerita y luego la de adelante: una sala grande para bailar cómodamente, instalaba las puertas y completaba los muros. La necesidad de construir apremiaba porque había mucha familia.

La Caracas era una avenida angosta. Del río la Albina para allá, hacia las laderas de las colinas se apreciaba un paisaje de bosques. Aquello era una finca grande donde aún sobrevivían cultivos de cebada y trigo hasta llegar a Santa Lucía y San Carlos. Barrios de una que otra casa. Bogotá no iba más allá. Del Tunal para el sur sólo eran bosques y potreros.

Según dicen el Quiroga fue construido sobre un lago o un pantano, sobre un relleno. Pasaba un arroyo por donde ahora es el barrio Las Lomas y ahí nos bañábamos porque sus



- Los antejardines fueron un espacio con distintos usos. En el mejor de los casos fueron zona de jardín, en otros menos afortunados se volvieron garajes y en el peor de ellos se incorporaron como habitaciones adicionales de la casa. Su uso como escenarios para el recuerdo hace justicia a su concepción.

aguas eran cristalinas. Había una casa abandonada en la mitad de la loma, lo que hoy día es El Pesebre, que llamábamos El Castillo.

Al subir Rojas Pinilla al poder, buena parte del barrio estaba construido y él lo continuó. En la primera etapa, que es en la que yo vivo, sobre la veintiocho, se instalaron las primeras familias para poblar el barrio. En 1955 ya estaban los Peña en la esquina occidental, la mamá, doña Julia, tenía una tienda de láchigo que atendía con siete hijos. Enseguida los Camargo, unos nueve chinos que no se metían con nadie. Luego la casa de un policía, el papá de Carlos, Inés y seis pelados más. Los Calderón y después como ya dije los Joya que eran ocho hijos. Y en la esquina los Salazar. En la acera de enfrente quedaba la panadería Boyacá, la del viejo Díaz, junto a la que llamaban “la casa de los pobres”, la de los Sánchez que

eran unos once y donde todos llegaron a ser albañiles. Enseguida los Mora que eran otro montón, pero a diferencia de los anteriores, todos son hoy profesionales que hace tiempos abandonaron el barrio. De ahí en adelante los Romero que tenían miscelánea, la familia de un policía que contaba con ocho hijos, los García en la esquina posterior.

Y toda esta gente que he nombrado tiene su historia. Aunque si de historias de duros se trata, ahí están los Echeverri. El papá era un carpintero, borracho, que salía a media noche a lanzar vivas a mi general, y la mamá una señora de bien, pobrecita, murió de un ataque al corazón, luego de pasar su vida frente a una Singer. Catorce hijos, no todos nacieron en Bogotá. Los mayores ya venían enseñados, campesinos resabiados. Entre ellos mismos jugaban a desarmarse a puntazos de ruana. Ellos sí que sabían maniobrar un cuchillo. Muchos aprendieron a manejarlo por aquí gracias a esos artistas. Pero no todos eran bravucones, sólo dos o tres a quienes se les puede reconocer algún mérito.

Muy al contrario de los Murcia que si fueron más parejos: Ricardo estuvo varias veces en la cárcel y por ahí anda fumando. El Nene desde nené era ya un ratero: entraba a la panadería Tayrona y salía con las bandejas de huevos. Jaime sí fue menos cascarero: mataba, asaltaba, atracaba. Había hecho de eso su oficio. Recuerdo que una mañana, al frente de la Tayrona amaneció muerto, a los pocos años de casi haberse llevado al tapicero de una puñalada en la ingle que lo tuvo dos meses en cama. Se recuperó para irse del barrio.

Los Peña sí eran sanos. David era el más callejero: el día que lo mataron en la carrera veinte con calle veintiséis, yo venía del centro, me bajé del bus y ta-ta-ta, mataron a uno por

aquí cerquita, me dije. La gente corría, claro, habían matado al David. Me estuve hasta que lo recogieron, como a las doce de la noche. Vámonos nosotros también, –le dije al *chino* Édgar– que andaba metiendo por allí las narices como era maña suya, y nos vinimos para la casa. Édgar era apenas un *sardino*.

Y esa costumbre de andar fisgoneando donde hubiera líos, lo llevó cierta tarde a ver el operativo que el ejército montó para capturar a Efraín González. Coge veintisiete arriba, más allá de la Caracas, con William Echeverri y uno de los Murcia, se meten entre la gente, que no es poca, y ven cómo disparan los cañones, las bombas lacrimógenas, las metralletas, y cómo Efraín se les alcanza a salir de la casa donde lo tienen acorralado y a duras penas logran matarlo en la calle a la vista de una multitud que está de su parte y rechifla a los militares y les grita, cobardes, asesinos.

Efraín González estaba por aquí de paso. Una tisis producida tal vez por un balazo lo había traído a tratamiento al hospital San Carlos. Pero él no le estaba haciendo mal a nadie y la gente lo quería. Por eso se indignó, se alborotó, cuando ésta vio volcado todo el ejército, toda la tropa de Bogotá, y tanta vaina para matar a un hombre. Édgar vino todo emocionado a contarnos lo que había visto. Dijo que de pronto no hubo más disparos. La tropa ya cansada esperaba y la gente como si se hubiera puesto también de acuerdo esperaba en silencio. De repente se oyeron disparos hechos desde la casa y los reflectores que iluminaban la fachada se fueron apagando uno a uno. En esas Efraín salta por uno de los boquetes hechos por los mismos cañones y el ejército hace una descarga. A él lo mataron ahí, y creían que era mentira y le seguían dando. Con las ráfagas, el cuerpo sin vida parecía que se levantaba y volvía a vivir.

Esos muchachos cogieron la costumbre de irse por ahí, a hacer conejo en las tiendas, a romper vidrios por los barrios vecinos, y a armar broncas. Ya a esa edad Edgard Joya jugaba muy bien fútbol, era muy ágil, a veces duraba un buen rato con el balón sin que se lo pudieran quitar. Salían a dar vueltas, a cranearse las travesuras en el barrio. Como la vez que entraron a la panadería de la treinta y una, la Tayrona, y mientras los otros distraían al panadero, Édgar agarró una canasta repleta de pan y salió a perderse. Los otros *chinos* salieron uno por uno y no los pillaron.

Una tarde de domingo les dio por tomar gaseosa gratis en una cafetería del Olaya. Al terminar la gaseosa salieron en desbandada, a correr. Echeverri se quedó atrás. ¡Chinos hijueputas! –gritó el tendero, y disparó. El pelado quedó tirado cerca a la otra esquina con un tiro en la nuca.

Entonces eran los tiempos de las fiestas y las barras. La fiebre por la música y las muchachas. Fiesticas sanas en las que se bailaba con “Los Corraleros del Majagual”, con Elvis Presley. Bailar, echarnos gomina en el pelo, tomar Ron con Coca-Cola. De ahí el nombre que en esa época se les dio a los muchachos. Y claro, los encontrones que no podían faltar. Como ya se habían consolidado algunas barras, si alguien daba una fiesta y alguno de los invitados pertenecía a tal barra, no podían entrar miembros de otras. Pese a esto, no faltaba algún colado de otra barra y ahí teníamos el enfrentamiento de los cuales quedaban

apuñalados a chuzo, golpeados con cadena, con chacos, rayados con doble cadena de donde pendía un gancho de acero.

A Edgard debió marcarlo la pelea aquella casada entre la barra de la veintiocho, la de nuestro lado, y la X-Y que era la de la octava. Una pelea fuerte. Ahí, con Hugo Salazar, los gemelos y Alberto estaba Édgar, que para entonces era un muchacho. Cuchillo y bala hubo esa vez. Cuando estaban en lo mejor rompieron las bombillas y a oscuras no sabían quién le daba a quién. Muchas veces el *viaje* iba ya por el aire y reconocían al contendor que resultaba ser un amigo y ...!Ayl, Perdone hermano, ¿cómo le va?

Por gajes de mi oficio conocí la banda de Cerebro que se colocaba un triángulo con una "C" en la mitad. Así era la marca. Esa banda se formó debido a las aventuras de Dick Tracy. Había otra en el Olaya. Se enfrentaban a cadena, con chacos. Les gustaba a esos muchachos usar pantalones apretados y chompas de cuero, imitando a los Rolling Stones. Claro, la influencia de la música. Aún no existían grabadoras y por la radio se oía lo que grababan los de "El Club del Clan" que veíamos cada tarde por televisión: Vicky, Harold, Oscar Golden. La música de Paul Anka se traducía al español y la cantaba César Costa y Enrique Guzmán. También dio palo "La Pollera Colorá" y "El Merecumbé" y el Rock and roll, aunque no hubiera mucha gente a la que le gustara; sólo si lo oían en español, ahí si decían, póngale volumen. En fin, La Nueva Ola. Fiesticas sanas, como lo dije, de dos o tres horas en ocasiones, sin marihuana, sin droga, ni siquiera Rock. Todo bien.

Es que hasta la cárcel era sana. Yo que ingresé a ésta desde muy joven puedo dar razón que no fue sino hasta un poco después que empezó a verse por allá la marihuana, la toma de pepas y esas cosas, y ahora este otro cáncer: el bazuco. No he sido hombre que me haya dejado llevar por el vicio, pese a que me han llamado para consumir esa mierda. Y este es el momento que no sé a qué sabe la marihuana. Cervecita, sí. En la cárcel he sido enfermo para buscar el medio de que me entren cerveza y aguardiente. Ese ha sido el vicio, la debilidad mía, el trago y las viejitas. Pero que me haya dejado carcomer de una vaina de esas, no, ni loco que esté. A ese respecto he sido de muy sanas costumbres. La primera vez que caí, a los catorce años, y me llevaron a las autoridades de menores fue en el cincuenta aquí en Bogotá. La cárcel era tan sana que hasta los delincuentes eran sanos.

A partir de ese momento comencé a integrarme a bandas, agrupaciones. Eso tiene que ser así. Hay que unirse cuatro, cinco, seis tipos. Gente con capacidad, con seriedad, con un modo de comportarse que no vaya a ofrecer un peligro a los compañeros. Y que compaginen en el genio, que no vayan a ser tipos que dos dicen negro y otros dicen verde. No, no. Hay que conocerse, entenderse en el trabajo; o no se llega a nada. No trae sino pelea, ruina, sangre. Y suele suceder que se encuentran muchachos que se entienden muy bien y duran tiempos. Ahí hay grupos que han vivido diez o quince años los mismos. Se arman grupos duraderos, en parte porque era otra época, otra gente.

La generación mía fue una generación de mayor madurez. Se definían con claridad los diferentes renglones: uno eran los pistoleros de vida diáfana, más corta porque están enfrentados a la cuestión de las armas. Otro, al que yo pertencí: los rompелones o estucheros.

Es el renglón donde no se ejerce violencia, sino sobre las cosas y no sobre las personas: romper candados, violentar cerraduras, abrir cajas fuertes. Todo en silencio y sin ofrecer peligro a la integridad de alguien. Ese es quizás el ramo de la delincuencia que tiene mayores enigmas, mayores misterios que resolver. Donde todos los días se presentan situaciones inesperadas, imprevisibles, superables con el estudio. Porque ese tipo de delincuencia no es que llegó, vio el objetivo con facilidad y se fue metiendo como loco. No, al tipo en cuestión se le estudia hasta los últimos detalles. Se llega de esta manera a conocerse hasta la marca de los cigarrillos que fuma el dueño del negocio, a dónde va, cuándo sale, a qué hora llega, la marca del carro, la cantidad de gente a su disposición en su negocio. Un trabajo meticuloso. Una ciencia, diría. Una carrera profesional.

Ahora, el escapero es el que entra a las joyerías, a los almacenes y voltea las personas. El de las mentiras, el que para a cualquiera, diciéndole que es la autoridad y le esquilma el bolsillo. Los descuideros son los que aprovechan la puerta abierta de la casa, entra y se lleva las cosas. Se presentan problemas... si los hay en los seminarios y en las congregaciones de monjas, porque no los ha de haber en los círculos de delincuentes. Hay separaciones, se abren por temporadas y después se reconcilian, porque todo tiene solución.

Al nivel de jefatura, aquí no se ha trabajado nunca a ese nivel. Aunque hay quién se encarge de coordinar, sí. Pero dentro de la amistad, de la cordialidad. Se acata lo que fulano dice, y se acata inclusive el criterio, el concepto de todos los que forman el grupo. Se llega, pues, a la conclusión de que dos cabezas piensan mejor que una y cuatro u ocho mucho mejor. Y cada cual va saliendo con mejores ideas cada vez: no, que este detalle que está en contra se puede arreglar de esta o aquella forma para salvar una situación o la otra, en fin. Salen ideas brillantísimas. Y si alguien trae un negocio, sí señor lo vamos a discutir, lo vamos a conocer. Se expone, el grupo entra en contacto con el asunto. Si vale la pena se acuerda o en caso contrario se rechaza. Si esto último sucede es porque es muy riesgoso o como lo decíamos antes: “No, es como para Mandrake, mijo, ta’ luego”.

Ahora bien, si en un trabajito nos caía la policía y daba de baja a alguno, se respondía por el paciente. Se contribuía y así respondíamos por la desgracia del otro. Sí, sí, muchas veces, sino en su totalidad, sí en parte. Hay grupos que han llegado a tener una caja menor. En las reparticiones quedan excedentes que se destinan para lo que se pueda necesitar. Los problemas tienen solución. Ciertos problemas al menos: que de pronto coja más de lo que le corresponda, que le guiñe el ojo furtivamente a la señora del otro o que ocasionalmente le haya faltado el respeto por alguna razón... todo tiene solución por la vía pacífica. Pero la delación no, no lo permite. Gravísimo. Le cuesta la vida. Al estar en juego la integridad de todos, ha atentado contra todos y hay que eliminarlo. Tales decisiones se toman en conjunto. Las medidas suelen ser drásticas. A un tipo así se le puede mandar eliminar aun adentro, en la cárcel. Eso tiene su código.

Es apreciable, pues, la diferencia entre banda y barra. Una banda es ya una organización, mientras que una barra la componen fanáticos. En la banda delincencial se persiguen fines lucrativos. En la barra los fanáticos llegan a tener un color. Por ejemplo, la barra roja, la que va por Santafecito lindo. Bueno, aquí hay que aclarar términos. Sí, por ejemplo, la

barra del cerebro, la del triángulo, que eran amigos jóvenes se corrompió. El poder corrompe. Siempre hay un líder, hay como jerarquías, y el duro para pelear era de modo infaltable el jefe. El mejor para dar cadena. Y el sitio adecuado para definir las cosas eran las fiestas. Empezaron a ser frecuentes los heridos y los muertos. Se sabe que cuando ya se tiene poder se quiere más y más. Las peleas eran por el poder. Eso se veía al llegar al barrio una mujer bonita. Siempre por una mujer, por ellas, hay conflictos en todo lado, desde Eva. Ahí está el loco Alberto que no se aguantó las ganas y terminó violándole la mujer a Édgar, a las malas. Un demente, un bravo que no se cansó de medirle el temple al Joya. Muchos fueron los atentados que se hicieron por eso.

Pero otras veces se peleaban porque en tal esquina se hacían presentes los del otro barrio. Se sentían invadidos. Necesitaban decir, estas calles son nuestras, este es nuestro barrio. Cuestión de imponer un orden, el orden de ellos. Las mujeres se convertían en una propiedad de la barra. Una propiedad a medias, claro, porque a las fiestas llegaban perteneciendo a una barra, y al salir, eran ya de otra. ¿Quiéren pertenecer a la nuestra?, –Les proponían–. Sí, había muchachas en las barras, aunque la mayor parte de ellas lo eran por el día. Era que en esa época las mamás cuidaban con más esmero a las niñas. No las dejaban salir con facilidad. Ya que se volaran era otra cosa. La más bonita era la dura, la mujer del jefe. Otras no permanecían. Muchas de ellas tomaban parte activa en las peleas, hembras berracas para los golpes. Esto, en parte, debido al paso de las barritas por casas de lenocinio. Pasan a hacer parte de tales grupos, muchachas de la vida. Las que enseñaban, las que apretaban, ¿ya?; las que ayudaron a darle a las barras forma de banda delincencial. Ellas, el señuelo para el pendejo de turno que cayera a sus pies, y tenga, lo crucificaban. Sí, a eso se debió.

Esas muchachas apuñalaban no con la marcada intención de matar, sino de robar. Pero chuzaban al que fuera si era el caso. La víctima se iba con su cortada, pero se iba caminando porque, como lo decía, hasta el delincuente era más bueno. El respeto por la vida del otro era mayor. Si acaso lo herían, una sola puñalada, ahí como para asustarlo y adiós. El hombre se podía curar y escarmentaba.

DE “COCA-COLOS” A ASOCIACIONES DE LEALTAD.

La formación de un grupo es importante. Recuerdo habérselo dicho a Édgar cuando vi que el muchacho tenía madera para eso. Fue un poco después de que se escapara de la casa. Hacía tercero de bachillerato y una noche empacó la ropa y se voló. Su familia duró como un mes sin saber de él. Hasta que una mañana su mamá, doña Ana Rita lo encontró durmiendo donde era la cooperativa del barrio. Él se había acostado ahí la noche anterior con el propósito que cuando la señora saliera a comprar lo del diario, lo viera y lo recogiera. Y así fue: lo bañaron, le cortaron el pelo, le pusieron la pinta y por fin recuperó la buena presencia que se gastaba. Entonces se organizó con un grupo de muchachos y empezaron a robar bicicletas. Me había oído.

Él era quien craneaba los tumbados. De los primeros que lo acompañaron a achacar fue Óscar, quien era un poco mayor. El Joya los entrenaba, les decía camine hermano, vamos,

de amistad. Se cargaba la bicicleta más bonita que las otras, la exponía; pero, los que lo acompañaban le tenían que demostrar que eran capaces, que no se la iban a dejar quitar, porque si no, además de que se la debían pagar, se encargaba de crearles fama de faltones, de flojos, y ya quien iba a querer salir con ellos.

Aprovechaba su buena pinta para engatusar a los pelados del norte. Salían a diferentes sitios de la ciudad, preferiblemente a los barrios bien, y de allí se traían las bicicletas que vendían en el barrio. Llegaban con una *Chooper*, de esas ciclas finas y bonitas, a provocar a los pelados.

– ¡Ah, que cicla tan bonita!

– Tome, dé una vuelta. - Les iba dando confianza.

– Ahora déjeme montar en la suya. - Se tomaban más confianza.

En ese momento debía aparecer el acompañante.- ¡Ah, qué hubo!

– Les presento un primo. - Los engañaba.

– Al rato,- apostemos carreras. - Les proponía.

Primero se iba el acompañante con el pelado que estaban enredando. Luego, Édgar. Así, no desconfiaban. Se repetía varias veces la operación, hasta que a la final apostaban los dos, y hasta luego.

Óscar, cuando llegó de la primera vez, estaba tan sorprendido de lo fácil. Él creía que había que arrinconarlos con un cuchillo. Estaba equivocado. Iban de una sola, de amistad. Cualquiera la soltaba, le daban una vuelta a la manzana y luego se largaban.

Fueron sus primeros pinitos de vivos. Hubo ocasiones en que se llevó hasta ocho socios. Ponían de base, por decir algo, la setenta y dos con veinticuatro. En una tienda se sentaban a tomar cerveza. Salía Édgar con el primero, y al rato ya tenía una bicicleta. Salía con otro, y ya tenía dos. Se iba con el siguiente, y ya eran tres mitades. Hasta que no había bicicleta para todos, no se regresaban. Edgard siempre se reservaba la mitad para sí, de las ocho, cuatro eran para él. Cuando llegaban al barrio guardaba en su casa, o en algún garaje todas las bicicletas. Las vendía, y el mismo repartía la plata. Ese era el negocio. Abastecían la bicicletería de un señor, allá en el Centenario. Este señor les compraba todas las bicicletas. Compraba cantidades: “monaretas” finas, costosas. De esta manera, ese señor llegó a tener en su negocio más de doscientas bicicletas que alquilaba y vendía hasta el día que lo sapearon. Al tipo le cayó la policía, le pescaron la mercancía y lo metieron a la cárcel. Lo perdió todo.

El Joya y su bandita: cinco o seis pelados entre los catorce y dieciséis años. Empezaron a manejar buena plata. A usar ropa de moda, costosos relojes, a tomar buen trago, a frecuentar sitios caros. Tal vez, por la ambición todos a los que Édgar les enseñó a robar terminaron haciendo lo mismo que él. Comenzaron a envenenar a otros pelados y a hacer negocios cada uno por su lado. Ya no lo necesitaron más. Incluso, Óscar que tanto le admiraba, en alguna ocasión le sacó prestada una bicicleta muy fina para usarla como

gancho, en el camino le concedió una vuelta a una pelada, para coquetearle, y no la volvió a ver en su vida. Cuando el Joya se enteró, se ofendieron mutuamente, llegaron a amenazarse feo, su primer disgusto serio.

Joya comenzó a sonsacar una muchacha muy bonita. Ella era la hija del dueño de la panadería La Boyacá. Aunque la controlaban, siempre conseguía la forma de salir a encontrarse con él. A él, las peladas le llovían. Édgar primero las rondaba, les hallaba su ladito y ellas terminaban loquísimas por él. Al punto de que a muchas las utilizó para sus trabajitos. Las usaba como cebo para cazar incautos y estos caían antes de comérselo.

Tenía una fascinación especial por las mujeres bonitas, y aun por encima de ellas, por las motos. Tenía Édgar una vieja buenísima por allá en el barrio Quinta Paredes y una tarde salieron a caminar. Le iba contando un sueño que según él le auguraba buena suerte, cuando al doblar una esquina se toparon de manos a boca un grupo de picaditos tratando de acelerar una moto de 250 c.c. en la rueda trasera.

– ¡Qué, hermano! - Le dijo Édgar a uno de ellos - ¿No han podido levantar esa vaina?

– No. No sabemos qué será. - Respondió el otro mientras los demás se volvían a mirarlo de arriba a abajo.

Como Édgar era tan "pintoso" y la muchacha bien bonita, los pelados no sospecharon nada.

– Yo si sé, venga y verá - dijo Édgar. Tomó la moto y se montó solo. Comenzó a acelerarla poco a poco. La carreteó con suavidad primero y llegando a la otra cuadra la aceleró lo suficiente para levantarla sobre la rueda de atrás y en esta posición, como todo un experto, iba y venía.

– ¿Se dan cuenta lo fácil que es? - Les preguntaba riendo cada vez que pasaba. Los muchachos volvían a ensayar y no podían.

– ¿Pero cómo le hace usted? - Preguntaban.

– Pues yo acelero - explicaba - con el clutch metido. Luego se lo suelto de una y la moto pica.

Se volvía a montar y les decía lo mismo. Se alejaba otra vez y regresaba.

– Es cuestión de "cogerle" el tiro ¿Ya?

Así los mantuvo más de media hora. Los muchachos se turnaban y no podían.

– Pero si es fácil - Y volvía a explicarles.

– Yo ya entendí - dijo la muchacha.

– Hasta mi novia entendió - Les reprochaba - Y eso que no le ha puesto mucho cuidado.

Por un instante Edgard los observó y los notó a todos concentrados en el aparato. Totalmente confiados.

– Es que puedo hasta con pasajero - Aseguró.

– ¡Ya dijo! - Exclamaron los muchachos - Y lo desafiaron:

– ¡A ver, hágalo!

– Venga, mamita. - Invitó a la muchacha.

Ella se subió y Édgar aceleró y picó, levantando la moto un poco. La llevó así, levantada sobre la trasera unos veinte metros. Los muchachos se rieron y algunos aplaudieron. Vieron la moto alcanzar la esquina pero, esta vez a diferencia de las anteriores no se detuvo para regresar. La motocicleta seguía una, dos cuadras y no parecía mostrar intenciones de volver. Vieron, entonces, que Édgar levantaba un brazo y se despedía.

– ¡Nos vemos, chao! - Alcanzaron a oír.

Empezó a vérselo por el barrio en moto. El tipo era muy hábil para maniobrarlas, era todo un malabarista. Y ya fichado por la policía, esta le montaba redadas hasta con seis hombres en moto. Se les escabullía con increíble agilidad por entre los callejones del Quiroga. Claro, tenía la ventaja de conocer como la palma de su mano los laberintos que forman esos callejones. En cambio, los policías venían de otros barrios, o de algún pueblo, y debían de andarse con lentitud y preocupación.

Los policías que vivían en el barrio –por lo menos uno por cuadra– le sacaban el cuerpo en el momento de prestar servicio en la estación de acá o en las cercanas. Preferían ser trasladados fuera de la ciudad con tal de evitar problemas.

Édgar evolucionaba. La plata que ganaba le era insuficiente, razón por la cual sus negocios eran cada vez más serios, más peligrosos. Optó, con el paso de los días, por irse para el norte. Allí congeniaba con los pelados más jóvenes. Iba bien vestido, con buena ropa y la pinta que tenía le ayudaba. Jugaba con ellos fútbol... o intercambiaba laminitas, o la chaqueta de moda, mientras los encarretaba para sacarles información.

– ¿Y dónde trabaja su papá? - les preguntaba, mascando chicle con la mirada un poco vaga. Parecía no interesarle las respuestas.

– Mi papá es dueño de una fábrica y también de tres almacenes.

– Entonces, deben tener una finca bonita para ir a pasar vacaciones.

– Sí, pero casi nunca vamos. Nos gusta ir más a la casa que tenemos en San Andrés, aunque mi mami prefiere ir a Miami. - respondían desprevenidamente.

Y así los trabajaba y poco a poco se los ganaba. Los chinos le tomaban confianza y aflojaban la lengua. De esta manera se informaba quiénes eran los papás, si tenían plata, qué lugares frecuentaban, inclusive llegaba a detectar qué tanto los querían y qué tanto los cuidaban. Entre más amor y plata hubiera, el asunto era más prometedor. Un día con cualquier pretexto los invitaba al Centro a comprar una raqueta, unos patines, y se los llevaba. En ese tiempo era muy fácil engañar a un pelado. Los metía en un hotelucho, pagaba la pieza y le decía al coime que le recomendaba ese primito mientras volvía. Iba y llamaba a

los papás y hacía la negociación. Por ejemplo: ¡Bueno, tenemos a su hijo Andrés Camilo, nos tiene que dar un millón de pesos.! ¡No, no puede ser!; era lo primero que exclamaban. Si no cree, decía Édgar, verifíquelo. Dejaba que transcurrieran las horas. El silencio los destruía. Entonces, tomaba de nuevo el auricular y se dejaba por fin oír. ¿Ahora sí creen? Suelten el millón así o asá en tal sitio y listo, el niño estará con ustedes antes de tal hora. De lo contrario... regularmente no lo dejaban terminar la frase. ¡Sí, sí, lo que usted diga, pero por favor que no le pase nada, nada al niño, por Dios, ¿sí?! Édgar, feliz, colgaba. De pronto no daban el millón, pero terminaban pagando los setecientos mil que para la época era mucho billete.

La primera vez que se ganó una suma como ésta, puso el plátón de jugar la ropa de los hermanos, que era bien grande, en la mesita de centro de sala y echó la plata ahí, y como loco la botaba para arriba. En tanto, policías y detectives estaban convencidos que era una banda peligrosísima de secuestradores. Pero los primeros siete secuestros los efectuó él solo, hasta que casi se cae.

En ese entonces, yo estaba bajando carros al Valle con Oscar. Nos los achacábamos aquí en Bogotá y los vendíamos allá. Íbamos a Pasto, a Cali, Buga, Tulúa, al Quindío, a la Costa. Había tanto trabajo que le propusimos a Édgar. Comenzamos llevando dos Renault cuatro y uno doce. Vendimos los dos primeros en Ibagué. A Manizales llegamos con el doce. Édgar se enamoró de una moto, y se la achacó de *sol/ao*. Nos tocó bajarnos con los dos aparatos para Tulúa.

Luego, comenzó a aparecer por el barrio con unos carrazos último modelo. Se fue metiendo en cosas más comprometedoras. Estuvo, por ejemplo, en el asalto al Banco Cafetero del barrio Restrepo. El atraco lo planeó con dos tipos más. Se robaron esa vez un poco de millones. Su fotografía y la de otro permanecieron pegadas durante meses en las puertas de este banco. Un muchacho, como dije, de alcance y de mucha madera.

Me había radicado a causa de unas faldas en Buga, y viajaba de cuando en vez a Tuluá a encontrarme con Óscar. Bajé en una moto 500 c.c. y nos encontramos en el hotel de costumbre. Esa noche nos emborrachamos. En la madrugada le dio por salir a Óscar a dar vueltas en la moto con la peladita que traía. Yo me devolví para mi casa. Al día siguiente no me dieron razón de él en el hotel. Extrañado, llamé a su suegra. A esa hora iba camino para la cárcel de Bella Vista, en Cali. El Joya me prestó la plata que le giré inmediatamente a Óscar. Al mes, cuando salió libre nos citamos los tres en Ibagué. Me llamó aparte, para proponerme una vuelta en Popayán, junto con unos tipos que conoció en la cárcel. Me explicó que no quería llevar en esa a Édgar. No me gustó, y me negué a ir. Sobre todo, porque había que tumbar a unos tipos para recuperarle el "perico" a un "duro" de Cali. El Óscar empezó así, se volvió un traqueteo, un "duro" con el tiempo.

Pasó un tiempo que no supe de él. Estaba yo guardado en una cárcel del Ecuador, viviendo apenas de las noticias que me llegaban de los amigos: que aquél se acomodaba muy bien, que aquél otro compraba esa y aquella propiedad, que este otro rodaba en un BMW. La

harinita daba. Se hacían millonarios, señores en un momento. Gente que anduvo conmigo, rompiendo puertas a diestra y siniestra. Pero después de seis años, que fue lo que yo permanecí allí, era ya más fácil hablar con el Papa que con ellos. Estaban en una posición económica brillantísima. Y yo, perdiéndome del negocio, de este gran negocio. No alcancé a conectarme y cuando salí era tarde. En el Ecuador había un sistema de acumulación de penas. Tenía una condena máxima de ocho años y otra de cinco. Allí se acumula sobre la mayor y se paga la mayor. De los noventa y seis meses que son los ocho años, pagué cincuenta y tres meses. Bueno, en parte porque logramos localizar al juez. Le hicimos una propuesta que no pudo resistir. Quinientos mil sucres y la tranquilidad de su familia, a cambio de que tramitara la libertad y nos entregara los prontuarios originales. Cumplió a medias porque todo ese tiempo encerrado me jodió. Cuando llegué aquí, ya la cuestión estaba por otro lado. Los amigos estaban muy arriba. Eran muchachos tan inteligentes que hoy nadie los persigue, ni están entre los perseguidos con Pablo Escobar, ni con ningún otro narco. Así que de los muchachos de mi generación, los divido en tres grandes grupos: los que están muy bien, los que han matado, y los que están muy pobres. De estos últimos, muchos se han retirado del todo porque han tenido el valor suficiente de retirarse a ser nadie en la vida. Totalmente nadie.

LOS NUEVOS SENTIDOS DEL “NEGOCIO”

Una vez libre, volví a organizarme con otros muchachos y nos fuimos para Europa. No en plan de placer, sino de rebusque. Aún no he podido darme ese lujo. Pero eso sí, con papeles en orden y dinerito suficiente para todo lo básico y poder uno metérsele al Mediterráneo sin estar pensando en qué se ha de almorzar o de cenar. Bien, eso Europa nos iba quedando chiquita. Recorrimos Italia y toda Grecia. ¡Grecia es divina, divina!. El mar Egeo, Atenas y ante todo Pireos, todo es costa. Hermoso Pireos. Donde más mal nos trataron fue en Alemania. Por ser colombiano en el aeropuerto de Frankfurt me empelotaron cuatro veces. Me requisaron, desnudo, tres veces. Me tomaron cuatro radiografías, creyendo que iba con el estómago lleno de vainas, y eso que no iba para ahí, sino de paso para Grecia. De placer he viajado aquí en Colombia. Me he bañado en el Atlántico, el Pacífico, he tomado cerveza en cada municipio del Huila y me he gozado todos los balnearios de Cundinamarca. Y a propósito, fue en uno de estos sitios, donde muchos años después, tal vez unos diez, volví a ver al Joya.

– Qué, echao, ¿no? - le pregunté.

– Pues, sí, bien... - me respondió. Eso se notaba.

– Todo en orden, ¿ah?

– En orden!.. - y se reía tranquilo.

Yo estaba con mi familia y nos invitó a comer.

– ¿Un traguito? - Me preguntó después de comer. Pidió una botella de ron oscuro. Riquísima.

Bajaba suavemente, recuerdo. Estábamos en Tocaima y hacía un calor sabroso aunque serían ya las once de la noche, y me asombraba de lo duro que las chicharras cantaban y esto nos permitía salir al otro lado de los silencios que de cuando en cuando se empozaban. Natural, había cosas que no resultaba elegante tratarlas en el momento. Prefirió hablar de los negocios que lo ocupaban y lo tenían por allí de vacaciones.

– Dalia es mi novia. – Dijo en voz baja. Se refería a la muchacha que lo acompañaba. – Es hija del alcalde de este pueblo. La cara limpia de algunos asuntos que adelanto en Bogotá. Sí, voy por allá, coordino, arreglo y regreso... ¿ya?

Al día siguiente volvimos a encontrarnos por los lados de la piscina a eso de las diez de la mañana. Me llevó de nuevo a la mesita que ocupábamos la noche anterior. La tenía de nuevo cubierta de jarras y de copas. Édgar entonces era un tipo maduro, independiente, que manejaba el dinero a su antojo y siempre con inteligencia y discreción. Sabía de licores, preparaba cocteles y los llamaba por su nombre con la misma propiedad que si se tratara de motos o de autos. Todo un señor. Un tipo bien.

Dalia me saludó cariñosa desde otra mesa, donde estaba con una amiga. Édgar pidió “daiquiri congelado” para nosotros y un par de “besos sicilianos” para ellas.

– ¿Conque “la cara limpia” de sus negocios? - Le pregunté buscándole la lengua.

Entusiasmado como estaba por los “daiquiris” me contó todo. Era novio al mismo tiempo de la hija de un senador de Bogotá. Este era dueño de una finca por los lados de Sasaima con todas las comodidades posibles. Vivían invitándolo a cada rato, al punto que él llegaba cuando quería. Pues bien, veinticinco días antes había llegado con un grupo de amigos a hacer camping. Armaron la carpa y a la novia le dieron plata para pagar la comida. Hacía parte del grupo un muchacho bastante distinguido, un poco callado, pero activo y colaborador. A él en Bogotá le habían dicho: “vámonos a pasear dos o tres semanas, hermano”. A los veinte días, cuando el muchacho llegó a su casa, lo bombardearon con preguntas:

– Nano, ¿dónde lo tenían?

– ¿Lo maltrataron mucho?

– ¿Cómo lo secuestraron?

Y él todo azorado, pero como así, si yo estaba paseando con unos amigos. Lo habían secuestrado y él convencido que estaba de vacaciones. Por su rescate el Joya había exigido cien millones de pesos, pero no les alcanzaron a dar sino treinta. Era hijo de un industrial de buen billete. Y la joven, la hija del senador, inocente, todavía quería que no se fueran. “Quédense un poco más”, les rogaba. Por esos días el lío estaba caliente. La policía había caído sobre la finca y al senador le había tocado desaparecer con hija y todo. Y Édgar, en tanto, aguardaba que el problema se enfriara a la mampara de su Dalia.

No resistí la tentación y le pregunté por Óscar. Un poco incómodo, me comentó su resolución de no volver a hacer negocios con él. Se le había metido la loca idea de quedarse con Nelly, la mujer que ahora vivía con Édgar. Luego que levantó a los tipos de Popayán se

volvió un diablo. No le perdonaba a Édgar su suerte con las viejas. Por Nelly, en el último atentado, resultó herido de un balazo por la espalda un muchacho de nombre Germán, que tenía rasgos bastantes parecidos al Joya. El sicario se equivocó. Por lo que había decidido no permanecer mucho tiempo en Bogotá. Y todo, todo por una mujer.

Ellos dos llegaron a hacer muy buena pareja. Sin embargo, después de Édgar enseñarle, el otro se la montó de un mundo más pesado. Achacaron todo lo que quisieron, tanto así, que luego del primer gran cruce de cocaína que realizaron juntos, Óscar le regaló un Renault doce, el mismo año que llegaron esos carros al país.

Ese mismo año, el Joya me regaló una pistola, una “Llama 380”. Una noche, tomando cerveza en el barrio Olaya, con el loco Alberto que era un bandido de categoría, y Raúl que era un tipo con fama de secuestrador y de bravelo, pero muy bocón, se enfrascaron en una discusión mientras yo permanecí callado, porque a uno le va mejor si no abre la boca. Si lo hace es para decir lo necesario. Lo único que recuerdo es haber oído un balazo. Alberto, por debajo de la mesa, le soltó un plomazo con el Magnum plateado que nunca abandonaba. Raúl quedó tirado en el suelo agarrándose las tripas con las manos. El Joya, en la dedicatoria me escribió “Déle por mí”. Sin querer, me tocaba defenderme. El loco me la sentenció. No quería testigos, y yo no me iba a dejar cascar, así porque sí; a él se le olvidaba que todos éramos también braveros.

Irónicamente, Óscar fue el que vengó la doble la ofensa a “El Joya”. El loco, no contento con la primera, se le metió a Nelly, y como se resistió al abuso, la pateó, le rompió la cara, le destrozó el apartamento, hizo fiestas esa tarde el gran abusivo. Siempre buscó a “El Joya”, porque decía que él podía ser más grande, más berraco. Los dos llegaron a enfrentarse, se tiraban a acabarse a tiros, pero el loco era un demente. Como digo, se vieron *shows*.

Cuando el traqueto se enteró, se volvió como loco. El hombre se encerró tres días en su cuarto y no salía para nada. Al cuarto día se subió a su campero, y para el atardecer había pagado un billete grueso a los mismos que andaban con el loco; unos tiras del F-2.

A la semana encontraron al loco Alberto a medio incinerar por la vía que va a Fusagasugá. Las fotos y el informe del periódico decían que presentaba signos de tortura múltiple. Le metieron un balazo en cada articulación de los brazos y de las piernas. Le fracturaron cada hueso largo de todo el cuerpo, le arrancaron las uñas, y con una rama incandescente le hundieron los ojos. En la herida que dejó el cuchillo con el que le tasaron el cuello, enterraron la rama. No obstante el suplicio, luego de que lo abandonaron en un bache de la carretera, el tipo duró como seis horas agonizando.

Esto me lo contó él sin vanidad, sin mostrar siquiera un solo gesto de burla, sino como algo inevitable, como se cuentan aquellas vainas que uno apenas ve, apenas oye. Algo bonito en él, una actitud muy profesional. Un tipo bien.

El negocio funcionaba. Iban de acierto en acierto. El último secuestro fue el de un italiano dueño de varias industrias aquí en Bogotá. Por este paciente les hubieron de cancelar una enorme cantidad de billete, pero fue a la larga por el que le metieron a Édgar siete plomazos:

los de la cabeza, uno le entró por la sien derecha y el otro por la frente, en el entrecejo; los dos del pecho fueron ambos al corazón, a ese corazón por el que tuvo que llorar tanta muchacha; el del abdomen, el que le atravesó la palma de la mano izquierda y el que le voló los dientes inferiores.

Había permanecido todo el día en su apartamento del norte con una “pelada” muy linda. Juntos habían estado llevando dólares falsos a España, donde en una ocasión llegaron a tener problemas en el aeropuerto de Barajas. Tiraron a pasar un kilo de oro en joyas. Ella le era muy firme en los trabajos que adelantaban. A ella le comían cuento por el porte de reina, angelical; las vueltas así resultaban más fáciles. La misma que sirvió de intermediaria para el asunto del secuestro. Consiguió el contacto, les entregó la información y negoció el rescate. Lo que me parece extraño es que los que participaron de ese negocio ninguno está vivo.

Esa misma noche, al bajar por la sesenta y tres, en su carro para coger la carrera séptima, ella se saludó con unos tipos que se movilizaban en otro carro. Pareció entonces recordar algo y se volvió hacia Édgar preguntándole: –“¿Te acuerdas del negocio que te comenté?, ¿El del container de electrodomésticos? –ellos son los que lo tienen, están como encartados. Son tipos firmes, lo están vendiendo barato. Hablemos con ellos de una vez. –Afirmó.

Édgar no sospechó ninguna celada y *comió*. De pie, junto a los carros, hablaron por unos minutos. Acordaron ir a ver la mercancía en un mismo carro. Mientras, la flaca conduciría el de Édgar. Desaparecieron de Chapinero, y a la madrugada lo encontraron cerca de la discoteca de salsa donde acostumbraba tomarse sus tragos, por la quince al norte. Se habían pagado de esta manera la presunta mala repartición del dinero obtenido del secuestro del italiano. “Esto le mandan por faltón”, le gritaron los tipos mientras le disparaban. Édgar se fue encogiendo y ellos, sin detener el carro que habían ya echado a rodar, lo botaron contra el sardinel.

Sí, dijeron que era un faltón y que por eso lo habían mandado matar. Pero yo que lo conocí, no creo eso. Édgar no era así. El Joyita era un muchacho bien.

LAS IMÁGENES Y LAS RELACIONES SOCIALES

IMÁGENES DE LOS REGISTROS OFICIALES

A Hugo Barragán¹⁵ lo encontraron en el cruce de las dos calles que forman, la que llaman los vecinos del barrio Santander, “la esquina de la muerte”. No porque en ese sitio mataran a la gente a tiros o a puñaladas frecuentemente, sino porque ahí precisamente los buses acostumbran a coger la cerrada curva a velocidad, llevándose por delante lo que encontrarán.

Con la cámara pegada a su cara y una rodilla puesta en el suelo, el fotógrafo hace esfuerzos por lograr de las tomas cercanas una copia fiel de los detalles más minúsculos. Prime-

¹⁵ Hugo Barragán fue un bandido muy reconocido en el barrio Quiroga, allá por los años 1960 y 1970.

ro del rostro y la cabeza toda, acto seguido del tronco y luego de las piernas. Incorporándose enseguida, se estira sobre el cuerpo para tomar unas fotos más de cada una de las perspectivas pertinentes; acto seguido se aleja unos pasos, para meterse entre el grupo de los curiosos y lograr otras tomas capturando en el celuloide la horizontalidad, la linealidad del cuerpo inane.

En un seco contrapunteo entre el accionar de la cámara de fotografía y la máquina de escribir, afanosamente el secretario registra lo que le va dictando el médico legista. Éste, mientras se calza un par de guantes de cirugía, escudriña con la mirada de pies a cabeza el cadáver.

- ¡Posición del cuerpo: decúbito dorsal!
- ¡Extremidades superiores: flexión de brazo izquierdo, con dirección a línea media. Pronación de su mano izquierda.
- Brazo derecho: Extensión total, recibiendo peso del tronco, con supinación de la mano
- ¡Extremidades inferiores: Pierna izquierda ligeramente flexionada, y puesta ligeramente sobre la derecha.

Acto seguido, el legista procedió a despojar de las ropas al occiso, ayudado por el conductor de la camioneta de medicina legal; cada prenda fue recibida por la fiscal de turno, quien con las manos metidas entre guantes de plástico las revisó minuciosamente, para luego dictar cada detalle al secretario.

- ¡Chaqueta en paño, color gris, con etiqueta en inglés, con algunas manchas de sangre, pero en perfecto estado, casi nueva.

Pantalón en paño, color gris, del mismo material y marca que la chaqueta, algo embarrado, casi nuevo. Camisa en seda, color vinotinto, marca “Zeta”, de manga larga, con mancha de sangre en la parte del cuello. Interiores en seda, color vinotinto, con la marquilla deteriorada. Medias en seda, elásticas, color vinotinto, no tienen marquillas. Cinturón en cuero, color negro, con hebilla, parece estar enchapada en oro, con una “Z” estampada en su centro. Zapatos mocasín en cuero, color blanco, con una correita sobre el empeine que sostiene cada una, una moneda de un centavo de dólar

En medio de la lacónica descripción, el investigador del DAS que acababa de llegar, dejó escapar un desprevenido comentario:

- De seguro fueron profesionales, miren, no se llevaron la billetera con la plata. Hay \$37.200 en ella. Ahora observen el peso de la cadenilla, el solo Cristo debe pesar sus buenos gramos. El reloj es un Tissot que cuesta bastante. Observen el vestido, puro paño inglés, bien cortadito, no le hicieron un solo hueco, como si no le hubieran querido dañar nada.

Mientras, los otros que habían interrumpido su trabajo para observarlo, se miraron de reojo, para luego continuar su labor.

En ese instante el grito del planimetrísta sobresaltó a técnicos y curiosos:

- ¡6,30 metros a la esquina occidental!

Este caminó ligeramente, dibujando una diagonal invisible entre las esquinas, sin recoger la cinta del decámetro, la levantó con su mano izquierda por sobre los curiosos.

– ¡5,90 metros a la esquina sur! –dictó.

A brazadas recogió la cinta, mientras se dirigía hacia el cadáver. Se inclinó un poco sobre él, al tiempo que estiró la cinta con los brazos.

– ¡1,09 metros, al portón esquinero en corte transversal! –Dicto de nuevo.

Dio un paso sobre el cadáver, pasando por encima, y tomó la última medida.

– ¡0,77 metros, al vértice del andén!

– A éste lo acribillaron aquí mismo. –Comentó socarronamente.

– ¡Bueno! –Alzando la voz el médico preguntó: –¿podré continuar con mi trabajo?

– ¡Claro que sí! –replicó la fiscal, –Ustedes los médicos son más morbosos que cualquiera de nosotros, ¡siga, siga!

El legista doblado en tres sobre el cadáver, empuñó una manguera de agua y a presión comenzó a lavar la cara del occiso meticulosamente.

– ¡A ver, secretario!. Llamó la atención el médico, –por favor escriba: individuo de tez blanca, con algunos lunares regados por su cara, teniendo uno prominente cerca al lóbulo de la oreja derecha. Estatura aproximada: 1,75 metros. Peso aproximado: 75 Kilogramos. Edad 46 años según cédula que portaba. Pelo negro ensortijado. Más bien delgado pero de músculos prominentes.

– ¡Bien alimentadito! –Comentó la fiscal que se encontraba a su lado.

– Y le practicaron la circuncisión ya de viejo, –Aseguró el médico.

– Este tipo se daba buena vida, –Anotó el dactiloscopista, –mientras manchaba de tinta los dedos de las manos del occiso para tomar las impresiones necrodactilares.

– Fíjense bien en sus uñas, –Continuó diciendo mientras mostraba los dedos de la mano del muerto a los otros que lo observaban.

– Tiene un delicado manicure, y podría apostar que en los pies también. –Añadió.

– ¡Pilas! –le voceó nuevamente el legista al secretario, quien se hallaba distraído hablando con unas muchachas entre los curiosos.

– ¡Descripción de heridas:! Una herida en ángulo de 12 grados al ojo izquierdo, a 4,5 centímetros de línea media y 6 centímetros al vértice. Segunda: herida de 5 centímetros de diámetro en mandíbula derecha a 3,5 centímetros de la línea media, y 17 centímetros al vértice. Tercera: herida de 0,5 centímetros de diámetro en el cuello derecho. Cuarta: herida de 2 por 1 centímetros de diámetro en parietal izquierdo.

– Parece que lo querían matar, ¿no? –Comentó irónicamente el investigador que regresaba de entre los curiosos.

– ¿Qué dice la gente del caso? –Le preguntó la fiscal curiosa.

– Unos dicen que nunca lo habían visto, como siempre. –Respondió con cierta frustración el investigador, –pero un muchacho asegura que era un “duro” que venía del barrio Quiroga, a visitar una “mocita” que vive por esta cuadra. –agregó con voz animada:- siempre llegaba o salía en carro o en taxi, eso es lo raro. Dice que los tiros los oyeron a eso de las cinco de la madrugada, y luego la carrera de unos tipos.

– ¡Se acabó, damos por terminada la diligencia! –se dirigió con voz fuerte la fiscal a todos, mientras se despojaba de los guantes de plástico.

– ¡Métenlo a la “paletera” y vámonos! - Ordenó a su vez el legista.

La camioneta con su carga mortuoria fue seguida en caravana por los otros carros oficiales, cuyas llantas iban quedando pintadas por la sangre sobre el asfalto, como cintas rojas entrecortadas hasta irse haciendo invisibles.

En el diálogo que se establece entre el investigador, el médico legista, el secretario, el fotógrafo, la fiscal, el dactiloscopista, etc., hay una elaboración, una síntesis de elementos que nos dan las dimensiones temáticas que envuelven lo vivido: las imágenes, los valores, los conflictos de roles, la historia psicológica, las trayectorias de vida, los modos de vida, e incluso, las estructuras de producción. Inventario de correspondencias, a partir de las remembranzas que surgen de la charla desprevenida, que por demás, son la “punta del iceberg” en la comprensión de los complejos sistemas de valores y representaciones que se ven expresadas primordialmente de forma colectiva, coadyuvados por lo personal, por lo subjetivo.

De manera pues, que siempre encontraremos que está predominando una escritura conservada ya sea en los historiales médicos, en los prontuarios judiciales, en los inventarios de una vida política, profesional o de la cotidianidad en la memoria individual y colectiva. En ese departir entre los funcionarios que tienen a cargo el levantamiento del cadáver, hay, de hecho, una combinación, o mejor una superposición sutil de las percepciones históricas y la biografía mítica del personaje en cuestión, que aparentemente se encuentran en oposición, puesto que las dos tienden a fundirse.

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES

Se recogen pues las imágenes del “bandido” que surge de entre las gentes anónimas de un barrio como el Quiroga, en una ciudad como Bogotá, que puede ser cualquier barrio de cualquier ciudad de Colombia. Imágenes que no son las mismas en los relatos del policía, del médico legista, del campesino, del empleado, de los protagonistas mismos, en la óptica de los científicos sociales, o en la memoria inquieta de aquellos que vienen creciendo.

En la espiral que constituye la historia de vida de “El Joya”, se incorporan muchas historias reales, por lo que para el lector no habrá sido difícil encontrar una historia real; encontraría un universo de imágenes del mismo personaje, es decir, del mismo fenómeno observado, que coexisten, se complementan o se contraponen.



■ Algunas zonas del barrio debieron esperar varios años para ver sus calles pavimentadas.

Representaciones que se han venido construyendo en los últimos cincuenta años en medio de unas violencias con sus propios rostros, pero que, al final de cuentas, han arrojado las figuras, los “unirrostrós” idealizados y rápidamente difundidos en el tiempo del bandido, convirtiéndolo en el símbolo de la retaliación y la reivindicación, como fuerza oculta de los sectores sociales que han ido siendo marginados.

Es tal vez, esta característica la que le da actualidad a la mirada que tratamos de hacer al “delincuente común” de nuestros días; ya que encontramos prácticamente los mismos elementos mitificadores que hicieron que quedara grabada en la memoria como símbolos populares a todos aquellos que constituyeron la historia del “bandidismo”, del bandolerismo en nuestro país. Los que indistintamente se reproducen en la memoria de la gente, en la estructuración mítica de estos personajes actuales (por locales que parezcan).

Son estos elementos que, en su devenir histórico, han venido siendo incorporados, adaptados o desechados, en un proceso de comprensión de nuevas circunstancias y de nuevas exigencias. De hecho, al ser incorporados a la memoria popular, los personajes son despojados de su existencia histórica, y se los ha convertido en “arquetipos”, en “héroes”, poseedores de un corolario de especificidades propias; es decir, determinados por unas circunstancias socioeconómicas y políticas dadas.

Emile Durkheim definía que un acto es criminal “cuando ofende los estados fuertes y definidos de la conciencia colectiva”¹⁶, lo que significa que los caracteres objetivos del acto no son los que conforman un crimen, sino el juicio que la sociedad emite sobre ese acto; “no cabe duda, pues, que la naturaleza de los sentimientos colectivos es la que da cuenta de la pena y, por consiguiente, del crimen”¹⁷.

Ajustándose aquello que se conceptualiza como criminal a nociones relativas y sociales, un acto puede ser o no calificado de criminal según el tiempo y el lugar. Así pues, en la Francia de 1789, se abolieron los crímenes contra la religión, y los de lesa majestad, pero surgió el crimen político. Igualmente, en otras culturas, desde hace mucho tiempo, es legítimo cuando los intereses por parentesco se sienten amenazados. El asesinato ritual o el incesto no siempre fueron considerados como crímenes. Si la Inquisición aún actuara, muchos “adivinos”, “clarividentes” y “pastores”, que tuvieran sus propias ideas, ritos y negocios ya habrían sido descuartizados.

El actual significado del delito sólo puede entenderse, entonces, con relación al carácter social y moral del desarrollo del capitalismo. De la misma manera que en diversas épocas del pasado los significados del delito han de entenderse de acuerdo con unas determinadas etapas de desarrollo. Consecuentemente, los comportamientos ilícitos actuales han mostrado una gran capacidad de adaptación a los cambios sociales.

En el pasado, la dinámica histórica produjo al bandolero político, que luego se transformó en el bandido social cuando su función dejó de tener significado para los intereses de ciertos sectores de la sociedad; hoy día, múltiples sectores sociales se han ido estructurando de tal forma que garantizan la aparición de sujetos capaces de adaptar modelos aparentemente tradicionales (siguiendo la imagen idílica del bandolero de ayer) a los desafíos continuos de las transformaciones sociales.

Metamorfosis en el contexto de un país donde parece insuperable el establecimiento de unas reglas de juego que, por debilidad en la afirmación del monopolio de la violencia legítima por parte del Estado, no permiten el desarrollo de espacios públicos y legales efectivos en la confrontación y resolución de conflictos. Más bien, aparece como una peculiar combinación entre lo viejo (el autoritarismo tradicional de la autoridad vertical) que logra su legitimación social del uso privado de la fuerza; y lo nuevo, como la capacidad de negociar esa legitimación, a través del desarrollo de dos códigos básicos: el prestigio (imagen), y el poder de gestión (relaciones instrumentales). No se pueden considerar tradicionales dichos códigos, en tanto que el prestigio o la imagen no son herencias de corte tradicional pues hoy están sustentados por la acumulación de capital, al facilitar éste a cualquier persona la imagen requerida. Además, las dos derivan de las intensas actividades económicas y las redes de relaciones políticas y sociales que logren establecer y cristalizar.

¹⁶ Emile Durkheim, *La División del trabajo social*. Bogotá. Planeta Agostini S.A. 1985. Tomo1. p.123.

¹⁷ *Ibíd.*

La capacidad de combinación de esos valores tradicionales y, digamos modernos, son el caldo de cultivo de ese “saber” que ha venido siendo reivindicado, reproduciéndose casi de forma inverosímil como práctica de lo ilegal: el delito.

La adaptación de los códigos culturales que exige esa práctica, haciéndolos coherentes con las conductas y las normas mediadoras del desarrollo social, sirven para adiestrar a individuos y grupos en la competitividad que demanda un mercado con características particulares (una de las cuales es estar regulada por la violencia privada), en una relación con la administración pública, especialmente útil en los procesos represivos en épocas de crisis estatal.

Más bien, podría afirmarse que la persistencia del acto delictivo se debe al hecho, desde su origen, de no ser simples residuos del pasado, sino una combinación entre lo tradicional y lo moderno; es decir, una mezcla entre violencia privada y violencia legítima del Estado, entre una furibunda competencia por la adquisición de recursos en el mercado y, sobre todo, por la ausencia de otro criterio regulador de las actividades económicas y sociales que no sea el propio uso de esa violencia.

Entre los intersticios de las relaciones sociales nacionales, se hace evidente la falta de una verdadera comunicación entre el poder central y la periferia. Lo que tiene como consecuencia la subsiguiente delegación de las funciones estatales en los grupos de dominio locales, atomizando la pretendida administración del poder público en sectores periféricos. Siendo así que la manifestación de la violencia privada como instrumento de dominio social ha desplazado cualquier otra posibilidad en el establecimiento de canales de entendimiento y de respeto mutuos.

La orientación de los programas económicos de los sucesivos gobiernos, a pesar de las reiteradas promesas de atacar la creciente corrupción (actos delictivos contra el Estado, la propiedad privada, la vida e integridad personal, etc.) no ha tenido el efecto prometido, ni mucho menos, de lograr bajar los índices de criminalidad. Lo que demuestran las cifras es un incremento significativo que va paradójicamente paralelo al desarrollo industrial y comercial. Más bien, el incremento de las actividades criminales parece haber tomado mayor importancia. Los valores y las conductas se han adecuado a las nuevas situaciones y han cambiado su sentido, su significado y sus objetivos.

En esta perspectiva es que se estructura este “saber”, los procedimientos violentos, como procedimientos triunfantes¹⁸, cuyas funciones básicas son servir de instrumentos para la reproducción de los valores que la sustentan y su expansión nacional (incluso internacional). En el contexto histórico, guardando las debidas proporciones, las profundas crisis económicas, sociales, políticas e institucionales, están relacionadas con fenómenos de oposición política, de bandolerismo, de bandidismo que a menudo los ha hecho aparecer como vagas manifestaciones de descontento; pero, a medida que ha pasado el tiempo, se

¹⁸ Fernando Cruz Kronfly, *El Despertar de la Modernidad en Colombia*. Bogotá. Compiladores Fabio G. Isaza, Fernando Viviescas. Ediciones Foro Nacional por Colombia. 1991. p. 385.

han constituido en el crisol de fuerzas sociales, de las que surgen grupos y actores con una personalidad propia. Es decir, cómo ha tomado forma en las personas, en los actores sociales mismos, el mito del “duro”.

Así mismo, es en esta fusión en la que se establecen las condiciones para una especie de legitimación moral de las actividades criminales¹⁹. Ese carácter “anárquico” del que se asume criminal configurado por una especie de rebeldía espontánea contra la injusticia del orden constituido determina, en torno a él, esa aura romántica de héroe popular²⁰.

Al irse construyendo el disímil proyecto de nación, todos sus prospectos parecen alejarse cada vez más de la realidad concreta de los problemas. Los contextos de la vida cotidiana de las mayorías no participan en mucho cuando se trata de fijar los derroteros en la planificación del Estado. En la medida que los intereses de los grupos hegemónicos se imponen, en muestra abierta de ese carácter autoritario mediado por la propensión a los mecanismos delictivos, se hace más dificultoso para la autoridad legítima el imponerse como tal.

Dificultades que se hacen más agudas cuando la difusión de tales procedimientos alcanza todas las capas sociales. La llamada delincuencia de “cuello blanco” ejercida por personas o grupos de clase muy alta, dada su posición muy elevada se aprovechan de su estatus (poder de gestión), para lograr la complicidad de otros sectores o individuos a través de unas relaciones que se concretan en protección y defensa de otros sectores subordinados que hacen las veces de ejecutores. Es decir, de una verdadera escala social descendente, siendo las capas medias un lugar especial de germen y manifestación de dichas conductas (quienes frecuentemente se apoyan en la gestión de abogados en un culto ambiguo a las leyes).

Conductas que acentúan, entre otras cosas, los valores subjetivos del individuo, como su osadía personal. Aunque en verdad estos comportamientos llegan a tomar forma generalmente a través de una organización. El carácter de las bandas, de las pandillas, profesional o no, es entrar en competencia con las normas del Estado; sus reglas generales demandan que no se recurra a la justicia pública, instaurando para ello códigos basados en el honor y la venganza privada. Lo que en realidad hay detrás de esto es una forma encubierta de subordinación distinta, a la cual logran arrancar una alternativa: la negociación de sus intereses particulares con alguna equidad. Esta es la base fundamental que le confiere vitalidad a las grandes y pequeñas asociaciones de delincuentes.

Marx nos recuerda que las relaciones personales se convierten necesaria e inevitablemente en relaciones de clase. Este “saber” que conlleva la dinámica del delito en nuestra sociedad, así aparezca en ocasiones como equívoco o pasado de la cuenta, ha sido asimilado y usado como el instrumento eficaz, como el paradigma que permitirá, a través de su manipulación, ascender en la escala social. Para ello se sirven de cuanto elemento esté a su

¹⁹ Roberto Matta, *Conta de Mentiroso. Sete ensaios de antropologia Brasileira*. Río de Janeiro. Ediciones Rocco. 1993. p. 182.

²⁰ Erick Hobsbawn. *Rebeldes primitivos*. Barcelona. Editorial Ariel. 1974. p. 11.

alcance, a fuentes claves y útiles que les faciliten el acceso amplio a los adelantos científicos y tecnológicos, y a los saberes de la política, de la jurisprudencia, etc. Pero, de un modo u otro, han puesto en contacto, en un contrasentido, los intereses de las distintas fuerzas de la sociedad, de los subordinados e insubordinados. Así, los procedimientos violentos, como procedimientos triunfantes, las conductas delictuosas son un instrumento para la acumulación de riqueza, para la adquisición de poder político, en aras de un mayor prestigio.

El obstinado discurso de la opresión, como defecto del tipo de relaciones sociales que impone el capitalismo que se desarrolla en nuestro país, resulta en orientaciones que como en la jurisprudencia esta prácticamente dirigido a tutelar cierto número de intereses particulares, tipificando una serie de hechos donde los legisladores determinan que se constituye en crimen, delito, en un atentado contra las instituciones; intento nada despreciable por aventajar aquello que se conceptualiza como subjetivo (el padecimiento de unas condiciones adversas y desfavorables de la mayoría de la población), convirtiéndolo en algo objetivo: la tipificación de lo punible. Lo que en otras palabras comporta "meter en camisa de fuerza" el fenómeno fundamental, por ejemplo la delincuencia.

La tendencia a introducir un cierto desorden, al recurrir a la violencia para obtener la ganancia (ilícita), pone en crisis el monopolio de la fuerza legítima, exponiendo a la duda su capacidad de actuar eficazmente como agente de control social. Mientras que las leyes diseñadas se preocupan por polarizar su complejidad en términos del "bien" y del "mal", la dinámica delincencial se presenta, al antagonizar con la rigidez de ellas, como un nuevo orden, el cual sí responde a las expectativas de los sectores sociales en competencia. Incluso, en épocas pasadas, cuando los bandoleros y los bandidos sociales estaban en conflicto abierto con las leyes y el Estado, la dinámica delincencial (aunque sus actores desprecien esas leyes y al Estado), se transforma en instrumento de represión del bandolerismo, atacándolos abiertamente; tal y como sucede hoy día al colaborar en la creación de chivos expiatorios, en la persecución a través de organizaciones paramilitares entregándolos vivos o muertos a las autoridades.

La actitud delincencial, de hecho, no propone directamente la ruptura y la protesta contra la justicia y sus disposiciones; la participación de las personas no llega a traspasar las fronteras del orden formal de la ley. Pero, si no entra a "colaborar" con el cacique, gamonal o candidato, con el burócrata, funcionario o autoridad de paso (en ocasiones forzado a hacerlo), es decir, entrar a participar en el engranaje de la corrupción, no tendrá posibilidad alguna de acceso a los beneficios que ello conlleva.

Los efectos de este proceder han sido altamente nocivos, pues lo que han producido es una gradual pérdida de la conciencia individual, histórica y social. En el momento en que el individuo se ha visto precisado a ejercer su derecho, éste ha sido subordinado a ese nuevo espacio, donde la vida de cada uno tiene una participación delimitada por los códigos culturales y de conducta coherentes con ese "saber". Su participación en la elaboración de un futuro está determinada, en buena parte, por las relaciones sociales que le han impuesto un estilo de vida que precisamente lo ha llevado a ser tal o cual otra cosa.

De tal forma que al adentrarse en la cotidianidad de un grupo de personas (barra, banda, gallada, parche, o como se les quiera llamar) uno se enfrenta a personas que por su humanidad, por su forma de ver el mundo, de sentirlo, están escogiendo una manera de vivir; de modo que las decisiones se adoptan de acuerdo con el momento en que el individuo decide ser una u otra cosa (estudiante, trabajador, hippie, delincuente...) porque está de por medio el cómo este individuo va a sobrevivir, toda vez que él es el único que sabe a ciencia cierta cómo es su situación y qué posibilidades tiene. Es en este sentido preciso, donde se hace más evidente la ausencia del Estado, en la ubicación, en la ayuda y orientación a través de proyectos económicos, políticos y sociales de gran cobertura, de encarrilar en un proyecto macro a la sociedad nacional.

Más bien, lo que se deja entrever, es que el aparato de justicia, a través de lo que llaman el perfeccionamiento de la ley, de las tecnologías de seguridad y de los tratamientos cada vez más eficaces en lo represivo, confluyen en un mismo objetivo: desviar de la verdadera base del conflicto hacia su reducción a un problema de simple punibilidad, y por tanto, al desarrollo de una terapia acorde con esta visión: El tratamiento policivo.

La desviación de instituciones impersonales como la justicia (sobre todo en lo social) hacia la tipificación en delito de toda manifestación que busque participar del desarrollo, se ve alimentada y potenciada por una tecnología concretada en la invención y sofisticación de los sistemas de seguridad en las cárceles, en los edificios, en casas residenciales, instalaciones industriales, en la especialización y profesionalización de cuerpos armados de “guardaespaldas”, (acaso paramilitarismo) en la creación de argumentos que sustenten una especie de “guerra sucia”, como forma de justificar que toda esta tecnología esté puesta al servicio, en la mayoría de los casos, de sectores de civiles, que sin medir los efectos sociales de esta administración al rivalizar con el Estado, sean los que desarrollen funciones para permitir y promover la reproducción de un tipo tan particular de relaciones sociales.

Por lo mismo, en muchos de los conflictos que se presentan en las comunidades, entre los individuos y al interior de sus relaciones más íntimas, los códigos y valores alternos son establecidos socialmente como respuesta a la necesidad de regular las relaciones entre los grupos sociales y los individuos. Mientras que la ley no reconoce en ello un movimiento de desorden y desequilibrio “sano”, si no que, en esa mirada que cuestiona la naturaleza de la distribución de la riqueza, que duda del sistema legal, no ve otra cosa, que la alteración de su “orden establecido”, para lo cual tiene como respuesta la acción represiva, antes que reflexiva.

Es precisamente allí, en los intersticios existentes entre lo que dice la ley (la imagen de autoridad, imponente, déspota, discriminatoria, que busca como efecto deshumanizar al criminal...) exactamente donde está el quiebre, el límite del sistema, donde se marca, digámoslo así, una deshumanización y la no democratización de las relaciones sociales; es en ese lugar donde empieza a fallar la justicia de los hombres²¹, y halla fuente una nueva verdad.

²¹ Véase Richard Quinney. *Clases Estado y Delincuencia*. México. Fondo de Cultura Económica. 1985. Capítulo I. pp.13 – 48.

Sonará seguramente paradójico, pero la mayor descomposición social está focalizada precisamente en los estamentos encargados de administrar la justicia (policía, ejército, fiscales, etc.), de administración de recursos (Senado, Planeación Nacional, ministerios, etc.), entre muchas otras en las que actúan en mayor proporción gentes de clase media. La razón tal vez esté detrás de las relaciones entre la maquinaria abstracta del Estado y los individuos concretos que la echan a andar.

Esta relación, que por principio es drástica, entre el aparato que juzga y condena, fiscaliza y demanda, y distribuye la riqueza discriminadamente; personificado en el juez, el fiscal, el empleado público, etc., es decir, en aquellos que padecen la relación con el expoliado y condenado, con el inculpaado y perseguido, son los que constituyen el campo subjetivo donde se produce el drama de la cotidianidad.

Precisamente, es en el hecho de juzgar y condenar, de vigilar e investigar, de acorralar y atrapar, donde se ejerce todo el poder conferido por el Estado. Sin embargo, es también allí donde se deshace la ley, donde se refleja su debilidad, pues es en ese ser que hace de juez, de fiscal, de usurero del Estado, en donde todos nosotros, como individuos que empezamos a perder fe en los elementos que nos identificaban dentro de una cultura local oficial, negociamos su sentido aprovechando ese esguince, ese intersticio, ese espacio.

Porque es allí, en ese espacio, en esa dramática relación, donde resulta imposible dejar por fuera a las personas como tales, con sus dramas y necesidades, sus egoísmos y sus exigencias. Es el momento, de acuerdo con situaciones específicas, en que el juego de intereses políticos, económicos, ideológicos, etc., puede entrar a ser negociado; es un mercado heredero de antiguas descomposiciones que se componen y recomponen continuamente, incapaces de controlar, dada la negociación, la corrupción que genera y se generaliza cada vez más.

En esa constante pérdida de elementos del contexto cultural local y nacional se ve reflejada la contradicción a que lleva la negociación vacía de sentidos estrictos, basados en la idea-concepción del respeto y la justicia: el dominio arbitrario sobre la vida de los otros, del diferente. Elemento macabro que ha caracterizado los periodos de violencia más prominentes de nuestra historia; resultando en la potenciación de figuras como el "sicario suicida", dada la capacidad empresarial del llamado "narcotráfico".

En esa construcción de nuevas percepciones del tiempo y del espacio (se vive el hoy, el mañana no importa), la muerte se asume como parte indefectible de esa administración. A un tiempo, es el elemento que le otorga un gran poder de negociación a los actores sociales en emergencia; por esto mismo no es patrimonio absoluto de las organizaciones de las drogas, grupos empresariales, o políticos. El ciudadano común y corriente, el vecino de esquina, el labriego asediado, es hoy día un usuario incondicional de ese código, el mismo que se puede constatar se está usando en todos los rincones del país, y del planeta entero.

El asumir el código ético alterno que necesariamente tiene que adoptar alguien como "El Joya", que hace del delito su devenir, carga entonces con el anatema que hace que "todo

su cuerpo pareciera tomar la figura de la maldad”²², pero que no es más que la expresión del drama que implica pasar de las puertas del ámbito legal hacia una instancia donde tiene la oportunidad de reinterpretar todos los aparatos, las tecnologías, todos los discursos del orden, las relaciones, toda la parodia de la legalidad, todo aquello que no ha logrado conquistarlo, someterlo, reducirlo, y convertirlo en un ciudadano “modelo”.

Reinterpretación que logra socavar los cimientos de las instituciones al revisar, con detenimiento, el choque de los discursos: “nadie es culpable, hasta que la ley pruebe lo contrario”, reza la norma de normas de la justicia. “No me pudieron comprobar nada”, dice el inculcado. “No me pudieron atrapar con tanta tecnología que invierten”, –versa el acorralado. “Les coroné bancos, secuestre gente, y hasta compré jueces, luego entonces yo no soy peor que ellos, soy igual que ellos,... sólo les gané en esta ocasión”...²³.

Manifestación de la renegociación obligada que, por igual, se ejecuta en espacios urbanos o rurales, que se da tanto con los estamentos como con sus representantes, entre particulares, al interior de las relaciones familiares, a través de las cuales podemos entender el sentido que la ha ido componiendo. La que finalmente va a darle forma a lo que estos actores en emergencia quieren, o tienen al menos, la esperanza de que se constituya en el instrumento eficaz de conquista del mundo.

²² Fedor Dostoyevski. *Recuerdos de la casa de los muertos*. Madrid. Bruguera. 1981. p.16 y siguientes.

²³ Párrafo de un testimonio cedido por uno de los entrevistados, quien fue negociante de cocaína en los llanos.



- Las primeras casas fueron pequeñas en su interior, pero en cierta forma generosas en sus espacios exteriores: antejardín y zona verde.

El país heredado por “El Joya”

El período de tiempo que cubre la historia de vida de “El Joya”, salvo por las diferencias marcadas por la aplicación de los desarrollos tecnológicos en el campo, sobre todo en la ciudad en las últimas décadas, es análogo al país en que vivieron sus ancestros, en términos de las maneras como se ha venido construyendo la sociedad colombiana.

¿No son acaso fenómenos preponderantes, como la aparición de un incipiente bandidismo, a finales del siglo XIX, luego de un exacerbado bandolerismo hacia mediados del presente siglo y, finalmente, como herederos de los anteriores las organizaciones empresariales del crimen, los lugares comunes que ponen en evidencia la configuración de las relaciones políticas, económicas y el entreverado social que nos constituye?

Es así como las primeras administraciones republicanas en las décadas siguientes a 1819, luego del proceso independentista, con el ánimo de garantizar una estabilidad económica interna, que las facultara para el desarrollo óptimo del proyecto de creación del Estado Nacional Moderno, la conformación de una identidad nacional, a través de la consolidación y maduración de los partidos políticos, buscaron articularse con los mercados internacionales.

No obstante lo que se consiguió fue el surgimiento de las llamadas “Economías de Exportación de Ciclo Corto” a partir de las cuales se intentó cuajar tales proyectos, que empero, no tuvieron mayor repercusión nacional, hasta la aparición de productos de tendencia secular, como el café.

Esto llevó a que se planteara, desde sus inicios, la necesidad de diseñar una serie de reformas que procuraran su progreso; aun cuando fueron muchos los intentos, a la postre las diversas reformas no lograron modificar en su esencia ni la estructura económica, ni aquellos espacios sociales (políticos, públicos y privados) heredados de la colonia.

Ciertas relaciones sociales, como las de esclavitud, después de sancionados los decretos de libertad, solamente cambiaron las formas de dominación esclavas por unas de servidumbre. Del mismo modo la estructura de la distribución territorial no sufrió mayores transformaciones; de hecho lo que se dio fue la formación y consolidación de nuevas economías de hacienda que, aunadas a los rigores de la religión católica, lograron imponerse por el periodo mejor conocido como de la hegemonía conservadora (1886-1930).

Período indignante en el que se desataron cruentas guerras civiles, se dio curso a distintos diseños y reformas constitucionales²⁴ con las que se intentó gobernar, y una de las cuales, incluso, llegó a regirnos hasta 1991, año en que se le dio lugar a una nueva modificación, la cual despertó grandes expectativas.

Todas, las más de las veces, han fracasado por no reflejar las realidades sociales, económicas y políticas de nuestra nación; más bien, lo que reiteradamente se ha puesto en práctica son políticas represivas a todo orden, siempre empeñadas en salvaguardar las demandas del mundo desarrollado.

Las múltiples y sangrientas guerras civiles vividas a lo largo del siglo XIX, y los distintos procesos de violencia padecidos durante el siglo XX son prueba del fracaso del Estado como gestor y árbitro de lo social, al no lograr su consenso en la resolución de los profundos conflictos nacionales.

Tenemos entonces que desde mediados del siglo XIX, se trata de canalizar los mayores esfuerzos en procura de la construcción del Estado-Nación. Sin embargo, lo que se evidencia, con distintos rasgos formales, es un proceso incompleto de formación del mismo, que se extiende infausto hasta nuestros días.

El proceso de inserción del país al capitalismo entonces implicó la adopción y rediseño de modelos de desarrollo que respondieran a los objetivos que las inspiraron, pero que fueron orientados desde un principio como única alternativa “hacia afuera” en un proyecto perpetuado, desde mediados del siglo XIX por la economía nacional, hacia los mercados consumidores del extranjero, profundizando así aún más los lazos de dependencia.

Si bien los proyectos económicos fueron pensados en un intento por sacar al país adelante, el ambiente de libertad económica y política siempre estuvo coaccionado por el despotismo político y religioso; la ciega tendencia a mantener y ahondar unas relaciones de dependencia y de dominación de unos sobre otros, la desbordaron pasando de ser una simple diferencia cuantitativa de bienes y posibilidades, a concretarse en una lucha que se abstrae en sus propias formas, pero, como expresión de una herencia histórica signada por el autoritarismo, a través de unas condiciones económicas y culturales que las facilitan.

Ciertamente, el desarrollo de las llamadas economías de ciclo corto, es decir, de los cultivos de monoexportación como la quina, el tabaco, el añil, al igual que el caucho, etc., que acompañaron la historia de principios de siglo y que recientemente conocimos como bonanzas “marimberas” y “coqueras” conforman apenas una muestra de los productos que, por una parte, llenaron las expectativas inspiradoras y, a un tiempo, sirvieron como nexos, aunque débiles, con la economía mundial. Y por otra parte, como prueba de los fracasos que han venido representando para la sociedad colombiana las ilusiones despertadas por las perecederas demandas de tales productos.

²⁴ Hernando Valencia Villa, *Cartas de batalla. Una crítica al constitucionalismo colombiano*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia - Cerec editores. 1987. pp. 40 y siguientes.

De tal forma que, los auges de estos productos se vinieron a convertir en base fundamental, pero artificiosa, en la ejecución del proyecto integrador y las aspiraciones nacionales de evolución social.

EL PAÍS DEL SIGLO XX

La consolidación y afianzamiento del capitalismo significó desde sus comienzos una larga y penosa transición que dio al traste con las viejas formaciones de la República Señorial: en términos económicos “el siglo XIX fue de ruptura de aquellas fuerzas que impedían la libre movilidad de la mano de obra, de la tierra y del capital, proceso que tuvo lugar a pesar de la resistencia de sectores significativos de la sociedad y de los retrocesos que experimentó en el terreno político”²⁵.

Las ideas de libertad de comercio y de libertad política, puntales básicos de las reformas liberales de 1850 consignadas en la constitución de Ríonegro en 1863 fueron adquiriendo mayor audiencia con el paso de los años, dando cabida a que irrumpieran formas cada vez más exigentes del capitalismo imponiendo ritmos que introdujeron la relativización de los viejos órdenes coloniales, produciendo, a su paso, la sensación de un clima generalizado e indiferenciado de desorden, rebelión y violencia.

Sin embargo, las fuerzas e ideas nuevas lograron desentumir en mucho las instituciones y la visión de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX²⁶, asumidas con la convicción por parte de algunos sectores sociales como suficientemente aptas para calmar a la nación de sus viejos males. Aunque, de alguna manera, sí facilitaron el surgimiento de nuevos argumentos que ayudaron a digerir los acontecimientos y, desde luego, a distensionar las relaciones con las demás fuerzas de la sociedad, en un propósito común por lograr cierta articulación nacional.

Ya desde los años siguientes a 1830 en que se iniciaron los levantamientos bolivarianos y antibolivarianos, pasando por revoluciones liberales e insurrecciones conservadoras, hasta agotarse en la revolución (liberal) de los mil días (1899-1902), una constante que atraviesa estos periodos de violencia es haber generado siempre dinámicas tanto en el ámbito de los sectores hegemónicos como entre algunos sectores agrarios que aprovechando el desorden que involucra la guerra constituyeron bandas para saquear, asaltar y efectuar venganzas contra sus enemigos políticos o contra antiguos amos sembrando el terror.²⁷

Esto también comporta, en buena medida, movilizaciones propias de aquellos que a lo largo de la historia se han constituido en la fuerza fundamental y dinamizadora, es decir, en los actores sociales “silenciosos y silenciados,” en los “transformadores y transforma-

²⁵ José A. Ocampo. “Reseña del libro *Economía y Nación. Una breve historia de Colombia*” En: *Boletín Cultural y Bibliográfico Banco de la República*. Volumen 23. No. 6. Bogotá. 1986. p. 78.

²⁶ Véase Daniel Pecaut. “La modernidad en Colombia”. En: *Revista Gaceta* No.8. Bogotá. Agosto - septiembre de 1990.

²⁷ Hermes Tovar Pinzón. *Movimientos campesinos en Colombia*. Bogotá. Ediciones Diana. 1975. pp. 13 –16.

dos" culturales, las "víctimas y usufructuarios" endeble de lo que fue más tarde el desarrollo del sector agrario e industrial, sin los cuales no hubieran sido posibles las guerras mismas, los procesos de desalojo políticos y económicos, etc.; singularidades que atraviesan diametralmente desde el siglo pasado, en forma ininterrumpida, en mayor o menor grado, perceptible o imperceptiblemente, pero sin pizca de abandono, la vida nacional hasta hoy día.

Si bien es cierto que la instauración y concentración de capital mostró limitaciones al no lograr una cobertura nacional, es cierto también que tal fue calando la estructura social hasta dar origen a una dialéctica compleja producida por el choque entre las nuevas fuerzas económicas y políticas que empujaron con vehemencia, y la estructura colonial, entendida ésta como las formas tradicionales socio-productivas que presentaron una porfiada resistencia al cambio²⁸.

Rasgo que, por demás, hace que muy pronto se revelen sus contradicciones expresándose en los múltiples procesos violentos, (guerras civiles del siglo XIX y principios del actual) con características altamente facinerosas en sus ejecuciones, ejercidas y encubiertas desde y entre sectores altos de la sociedad, pero proyectadas con irrefragable sevicia consecuente con sus ególatras intereses hacia los sectores sociales en competencia.

Establecimiento que como se advierte, no se dio en los términos más amplios y liberales; tanto los hacendados como el nuevo tipo de empresarios idearon e hicieron uso indiscriminado de formas fraudulentas en la apropiación de las nuevas tierras a explotar: con la intromisión del café "la lucha por el control de las tierras cordilleranas cobró plena fuerza entre 1910-1940, cuando a la manipulación del conflicto agrario se sumó la escasez de terrenos. En el plan del valle, debido al desarrollo de la industria azucarera, tenderos, comerciantes y propietarios de haciendas se disputaron estos terrenos utilizando diferentes recursos: alegando antiguos títulos más o menos dudosos, creando empresas explotadoras de baldíos, pleiteando a través de una cadena de abogados inescrupulosos, comprando a precios irrisorios por el pago de deudas y, en fin, utilizando influencias políticas e incluso violencia física"²⁹.

En consecuencia, en las zonas baldías donde se fundaron las primeras haciendas cafeteras "se inició una ola de rapiña en las adjudicaciones y un flujo permanente de población buscando acomodarse a cualquier precio a las zonas más próximas de los centros de mercado, agudizando y creando nuevas tensiones que hicieron propicio el uso privado e indiscriminado de la fuerza",³⁰ aprovechándose, además, de que el brazo del Estado aún no lograba hacer presencia eficaz en tierras tan lejanas.

En estas condiciones, es que en las primeras décadas del siglo XX el país logra consolidar un ciclo de larga duración con la intensificación en la producción y comercialización del

²⁸ Daniel Pecaut. "La modernidad en Colombia". En: *Revista Gaceta...*

²⁹ Darío Betancourt y Marta García. *Matones y cuadrilleros*. Bogotá. Tercer Mundo Editores 1991. pp. 40 y siguientes.

³⁰ Hermes Tovar Pinzón. *Movimientos campesinos en Colombia*. p. 32.

café, gracias a la creciente demanda de productos primarios en el mercado europeo, ampliando ostensiblemente los márgenes de exportación, pero revelando a un tiempo, que lo esencial del desarrollo de la dinámica del capital mundial permeó, sin duda alguna, las formas productivas y las relaciones sociales del conjunto de la sociedad nacional.

Así, nace pues “la hacienda cafetera” cuyo producto se convirtió en la base de las exportaciones colombianas, de la economía y del ordenamiento social. Esto connota algo que es una constante en nuestro devenir histórico: la concentración de “un tipo de empresarios que no se interesan en constituir verdaderas empresas de plantación, sino en el control de los mercados y la exportación, en vender y arrendar a colonos y peones pequeñas parcelas de tierra...”³¹ comportaron un anquilosamiento en el discurrir político y económico sin parangón alguno en nuestra historia. No podemos olvidar lo relevante de esto en tanto que la implantación del capitalismo en las distintas regiones significó sus propias formas de adaptación, reproducción y maduración.

Es esta mentalidad rentista y prácticamente los mismos artificios anteriormente expuestos los que fueron instrumento de una utilidad y eficacia irrefutables en la manipulación política, coacción y explotación campesinas, convirtiendo a estos empresarios en caciques, gamonales y amos omnipotentes; como era de esperarse, el producto de esta desigual relación hizo que pronto afloraran desavenencias y resentimientos obligando a mucha gente a buscar el desprendimiento de su original tutela.

Las circunstancias de violencia que se generaron al comenzar estas gentes a exceder los simples intereses económicos de los caciques, los incitó a conformar movilizaciones que se concretaron en pequeños grupos de hombres, en cuadrillas de salteadores que más tarde, y como resultado de la mentalidad caciquil, no hubo manera de dar cabida a la construcción de un espacio social y legal en el cual los conflictos pudieran manifestarse y desarrollarse.

A este fenómeno se aunó, además, lo abrupto del desprendimiento de estas gentes, agravado aún más por los marcados y diversos niveles de retaliación que caracterizaron a los incipientes grupos de entonces; el efecto muy por el contrario, los hizo oposición, los convirtió en el otro. Esto condujo, indefectiblemente, a su supresión tras el signo de enemigos, reduciéndolos a la impotencia, silenciándolos a través de su conversión en la figura de los llamados “bandidos”.

Las complejas situaciones que creó y los motivos bajo las cuales se realizó la colonización antioqueña, la cual estuvo cruzada por procesos de ocupación del suelo por gentes antioqueñas, además de boyacenses y cundinamarqueses, que en penosa inmigración³² llegaron a trabajar como peones, contribuyendo a su vez, de manera colateral a consolidar la gran propiedad terrateniente cafetera, a la transformación y expansión de las antiguas haciendas del valle en empresas capitalistas, a partir de pequeñas propiedades y fincas

³¹ *Ibíd.* p. 18.

³² James Parson. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Bogotá. Carlos Valencia Editores. 1979. p. 97.

ganaderas conformando ingenios azucareros, implicaron una irreversible descomposición del campesinado que en el plan del valle, por ejemplo, sobrevino mucho más temprana y directa que las de otras regiones andinas³³.

Las distintas guerras y la construcción de obras de infraestructura, amén a las economías de ciclo secular, aunadas a una resolución entre los partidos tradicionales, “al lograr un cierto consenso que los lleva a impulsar las exportaciones, atraer capitales extranjeros y desarrollar las obras públicas, apuntalando los elementos básicos para el desarrollo de la industria”³⁴, son, desde el siglo XIX, un factor preponderante en la ruptura de las estructuras campesinas y medio vital de vinculación del trabajador agrícola a la vida urbana, al impulsar la migración campesina y, factor multiplicador de los consecuentes períodos de auge urbano³⁵.

La adecuación de la estructura agraria a las nuevas necesidades que impuso su desarrollo industrial, encuentra como salida a las tensiones rurales creadas, paliativos como el impulso a los procesos de colonización con las consiguientes secuelas de expropiación de pequeñas propiedades, la destrucción de la vida social, económica y cultural del campesino, desolación y muerte. Tal desarrollo, comercialización e industrialización de la agricultura, trae aparejada además la ruina de los campesinos pobres, presionando a muchos a migrar hacia las ciudades, y a quienes se negaron a abandonar el universo que constituye integralmente su vida, la tierra, se vieron compelidos a colonizar selva³⁶.

LA PRIMERA PARTE DEL SIGLO XX

Es una agazapada criminalidad que se metamorfosea en multiplicidad de violencias la que se convierte en el actor central, en la forma sombría que toma el desarrollo de la agricultura comercial y el incremento de la productividad, a un tiempo, que redefine las antiguas relaciones de producción, de propiedad, de solidaridad política, de parentesco, de vecindario, grupo étnico, etc., determinando al interior de las relaciones sociales en su conjunto, la inoculación de un terror sin límites en todas sus tramas.

Algo muy significativo y que debemos tener muy en cuenta es que esas transformaciones del campesinado implicaron procesos bien diferenciados ya que están mediados, indudablemente, por el tipo de economía, la dependencia política, y la región donde se enclavó y se suscitaron tales cambios; sobradamente nos lo ejemplifica el proceso de industrialización del cultivo de la caña en el Valle, donde el pequeño propietario de una parcela pasó a ser obrero agrícola³⁷, de manera similar en las zonas montañosas con un desarrollo más tardío del capitalismo, el colono y ocupante de baldíos fue convertido en agregado o peón de fincas cafeteras

³³ Germán Colmenares. *Terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII*. Bogotá. Tercer Mundo. 1997.

³⁴ Salomón Kalmanovitz. *Economía y Nación*. Bogotá. Siglo XXI, Cinep y Universidad Nacional. 1985. pp. 169 – 227.

³⁵ Para mayor amplitud del tema véase Michael Taussig. *Destrucción y resistencias campesinas. El caso del litoral Pacífico*. Bogotá. Editorial Punta de Lanza. 1979.

³⁶ Ver: Alfredo Molano. *Selva adentro. Una historia oral de la colonización del Guaviare*. Bogotá. El Áncora Editores. 1987.

³⁷ Darío Betancourt y Marta García. *Matones y cuadrilleros*. Bogotá. Tercer Mundo Editores 1991. p. 42.

y lecheras. En tanto aquellos campesinos lanzados a colonizar selva, luego de haber invertido años de trabajo arrasando y adecuando las tierras inhóspitas a una incipiente agricultura de subsistencia, han venido siendo incorporados mediante las viejas prácticas de expropiación a las nuevas e inmensas haciendas de engorde de ganado o, siendo “convencidos” de convertirse en los productores primarios de las nuevas bonanzas agrícolas, o en casos peores, perseguidos por el terrateniente ganadero y el comerciante acreedor, empujando al colono a iniciar un nuevo ciclo alejándose cada vez más hacia la selva³⁸.

Esto, en cuanto a sus formas, ha significado posteriores y profundas repercusiones en las modalidades delictivas puestas en práctica durante los distintos y florecientes periodos de violencia. Unas prácticas sin límites de la fuerza por encima del dialogo cortés, como campo político donde dirimir los conflictos parecen ser la herencia centenaria de nuestros próceres militares, políticos y jurisprudentes. Diálogo de sordos, donde las formas locales de simbolizar los conflictos, el uso de las alianzas culturales para construir pactos sociales e impulsar y movilizar a la nación entera en un proyecto propio, han sido metamorfoseadas en la autonomización ilusa de las identidades locales y las lealtades informales, arrojando como resultado la figura imponente del gamonal o cacique, o como lo pudimos reconocer recientemente en las excentricidades en la manipulación caprichosa del poder por parte de los afamados “varones de la droga”³⁹.

Conforme la relación desarrollo capitalista–desarrollo agrícola el campesino no se integró directamente a la industria urbana, sino a la agroindustria. En el caso del Valle, los campesinos comportaban un arraigado espíritu de lucha colectiva que los llevó a hacer exigencias y reivindicaciones mucho más urbanas; en tanto que las relaciones de los campesinos del Piedemonte y regiones más altas estuvieron terciadas por desarrollos individuales que a la vez que facilitaron su manipulación electoral por los partidos tradicionales, imposibilitaron una lucha colectiva, favoreciendo el posterior surgimiento de la criminal y macabra modalidad que ya no nos abandonaría jamás: el “pájaro” en su forma más anticipada (1946) –como guardias cívicas del partido conservador⁴⁰.

El “pájaro” se originó básicamente en las tierras altas, donde se dio un tipo de relaciones mediadas por los conflictos agrarios, el gamonalismo y la contienda ideológica en términos de guerra santa: como abanderados de una lucha entre fuerzas del bien y del mal. Por tanto, la compleja mezcla entre un régimen político de corte autoritario, religioso, fraccionado y conservador y la inserción al mercado mundial reforzado básicamente por los productos de ciclo secular, no logra sin embargo, superar sus profundas contradicciones: por una parte, la expansión exportadora se manifestaba objetivamente y era concebida por la naciente burguesía colombiana como la única forma factible de desarrollo, dada la herencia colonial y las condiciones de la economía mundial; por otra, la articulación particular

³⁸ Alfredo Molano. *Selva adentro. Una historia oral de la colonización...* pp. 81 – 83.

³⁹ Néstor García Canclini. “Una discusión entre tradición y modernidad”. En: *Revista Fin de Siglo*. No. 8 Bogotá. 1990. pp. 35.

⁴⁰ Darío Betancourt y Marta García. *Matones y cuadrilleros*. pp. 45 y siguientes.

de Colombia dentro de la economía mundial limitaba fuertemente las posibilidades de un desarrollo estable de las exportaciones, tendiendo a generar formas de “producción–especulación”; estas formas de desarrollo exportador obedecían, a su vez, a una serie de condiciones internas cuya existencia es indisociable de su articulación a la economía internacional”⁴¹.

Por eso, el proceso de adaptación de la nación a los nuevos eventos, impuesto por las nuevas circunstancias, no pudo menos que reflejarse en la configuración de una sociedad fraccionada, carente de una base social moderna, es decir, con unas relaciones sociales con tendencia equidistantes, donde el otro sea reconocido debidamente, de unas relaciones salariales generalizadas, de un mercado interno consolidado o una eficaz integración económica sin la cual no es posible el control de la nación.

Falta de control que, en buena parte, descansa dentro de los marcos estrechos de las llamadas economías de archipiélago, que no logran trascender las fronteras de lo local, ni en lo económico, ni en lo político, en términos de lo nacional; procesos que al actuar sobre la vida política y sobre las instituciones del país manifiestan incapacidad para transmitir una “idea–concepción”⁴² de vida institucional y democrática, donde “no existe el ciudadano, un pueblo moderno, sino un pueblo tradicional ligado con lazos tradicionales, que se expresa en gamonales, caciques, compadrazgos y caudillos regionales”⁴³.

Estas redes o marcos, a su vez, colocan en una posición marginal y subordinada a la mayoría de la población y a las regiones nacionales, no logrando en modo alguno volver relativo el carácter autoritario de los regímenes políticos (locales y nacionales) adoptando así, como mecanismo efectivo de regulación la tendencia a la solución privada y violenta de los conflictos. De hecho, lo que se produjo “fue una serie de solidaridades regionales, locales, de base tradicional y no moderna, lo cual dificultó la implantación de una política de tipo moderno, de partidos modernos, de instituciones modernas. De tal forma que el Estado no tuvo otra alternativa que delegar en los partidos tradicionales el manejo de las relaciones con la sociedad, siendo así, que el peso de los gremios en la política fue excesivo, al punto que llegó a suplir al Estado–Nación.”

Esto se refleja claramente en la manera como se llevó a cabo la colonización y la lucha por la tierra en la cordillera occidental, lo mismo que en las tierras del Valle, donde los conflictos se caracterizaron por “no ser colectivos, ni organizados, ni autónomos, sino profundamente individualizados, marcados por la dependencia bipartidista y convertidos en recurso coyuntural de movilización electoral”⁴⁴, lo que facilitó, en buena medida, el surgimiento de fenómenos de violencia privada.

⁴¹ José A. Ocampo. *Colombia y la economía mundial 1830-1910*. Siglo XXI – Bogotá. Fedesarrollo Editores. 1984. p. 44.

⁴² Término tomado de Estanislao Zuleta. *Colombia: Democracia y derechos humanos*. Ediciones Altamir. Bogotá. 1991.

⁴³ El desarrollo de estas tesis puede consultarse más ampliamente en las publicaciones del Cinep: *Análisis*, Nos. 1 y 2, y en *Controversia* Nos. 151 y 152.

⁴⁴ Gonzalo Sánchez. “Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones”. En: *Análisis Político*. N.º 6. Enero – abril de 1989.

LA REPÚBLICA LIBERAL

Por los años de 1930, iniciada La revolución en marcha de López Pumarejo, se emprenden una serie de reformas dirigidas a apuntalar de manera más ordenada el desarrollo de la economía: readecuando las relaciones laborales agrarias, ocupándose de la propiedad del campo, del desarrollo industrial, del movimiento sindical, de las relaciones Iglesia-Estado, de la intervención estatal y de las finanzas, lo que genera diversas reacciones al interior de las distintas fracciones de los partidos, no tanto por los alcances que pudieran tener las reformas, sino por la sobre valoración que se tuvo de ellas.

Sin embargo, las aspiraciones de dichas reformas para el desarrollo no contaron con los enconados obstáculos que supieron interponer un no despreciable número de sectores que tras la reactivación de la lucha ideológica de Olaya Herrera, y su Concertación Nacional disimularon y acentuaron peligrosamente un sectarismo político, expresado fundamentalmente en el concurso del “otro”, como el enemigo, como el investido por el demonio, por el mal, al que hay que combatir y exterminar, negándole absolutamente toda posibilidad de existencia.

En realidad, la base de estos conflictos devela, en resumen, intereses de partido, pues los debates giraron alrededor del desplazamiento de los conservadores de los cargos públicos, la manipulación electoral de las luchas agrarias por parte de los liberales interesados en consolidar su electorado y, finalmente, la presión armada (violencia liberal) la cual persistió intermitentemente durante toda la República Liberal, agudizándose a finales de la misma⁴⁵. Aunado a esto, los dos partidos tradicionales no escaparon a la presión generada por las nuevas fuerzas sociales cayendo en un agudo debate ideológico y en la indiscriminada diferenciación de fracciones, sobre todo en las décadas de los años que van del treinta al sesenta del siglo XX.

Fue en el seno de cada uno de los partidos que se caldeó la desconfianza, pues no se fiaban ni siquiera de sí mismos, y a su manera, veían en el más mínimo movimiento del partido adversario sobrevenir las fuerzas del “mal”; por lo que se convirtió en activa preocupación la agitación agraria y el auge del sindicalismo organizado, que caprichosamente quisieron percibir como fruto de las reformas lopistas.

En consecuencia, las aspiraciones de las reformas de López provocaron la iniciación de la acción armada a partir del ascenso de los conservadores al poder (1946) sobre diversos sectores rurales, para concentrarse en determinadas regiones generando toda la serie de particulares prácticas criminales que caracterizaron y volvieron complejos los procesos violentos utilizados como mecanismos para la consolidación de la nueva hegemonía conservadora.

Las tensiones creadas entre las muy distintas y disímiles fracciones, abren unos espacios en los cuales se pone de manifiesto una serie de modalidades violentas desbordadas en lo

⁴⁵ Darío Betancourt y Marta García. *Matones y cuadrilleros*. p. 57

delictivo, imponiendo un terrorismo sin límites como procedimiento triunfante⁴⁶ bajo la complacencia de las autoridades municipales y los directorios de partido, determinando en los años cuarenta el fracaso de las reformas que se venían cumpliendo, dando paso a lo que los teóricos de hoy llaman la "Gran Violencia". "Los hacendados se las ingeniaron para crear sus propias 'policías privadas' fuera del control del Estado; tal práctica fue potencialmente abolida en 1945, pero reforzada en el apogeo de la crisis de la sociedad que conocemos como la Violencia. Las policías privadas o bandas asalariadas se utilizaron para promover la defensa de los intereses de hacendados y capitalistas, como también de inescrupulosos políticos, pasando de defensores de la propiedad a instrumentos del ejercicio del poder a modo de hacer política"⁴⁷.

Los enfrentamientos entre los partidos tradicionales son, a menudo, vistos como el proceso que condujo a la Violencia en una lucha solapada por la hegemonía del Estado; donde el partido liberal en el poder no encontró formas que mediaran el conflicto con los conservadores, degenerando éste en una guerra civil no declarada: "el conflicto no se presentó entre ricos y pobres, entre los campesinos y terratenientes, entre los empleados y los patrones, sino entre dos partidos heterogéneos. Por ninguna parte aparecieron los argumentos socioeconómicos particulares, en su lugar fueron las reivindicaciones y los temores políticos, de un partido contra otro, lo que caracterizó el contexto de las demandas. El punto de la discusión fue, esencialmente, cual partido ganaría el control permanente del gobierno"⁴⁸.

De tal forma que las pugnas políticas constituyen la personificación de las fuerzas socioeconómicas y culturales que entran en choque desde las primeras décadas del siglo, pero que se recrudecen desde los años treinta, extendiéndose hasta más allá de los cincuentas, delineados por el cada vez más creciente espectro de la impunidad.

Ante la solución terrateniente al problema agrario en que se resumió la Revolución en marcha de López Pumarejo, que los convirtió en empresarios capitalistas, y más tarde, con la Unión Nacional de Ospina Pérez como reagrupación de las clases dominantes más allá de las fronteras bipartidistas, quedó claro cuál sería el papel de las clases subalternas en el proceso social económico y político: "todo intento de organización popular autónoma sería reprimido a través de mecanismos como la anulación de la protesta urbana, los despidos masivos, y la destrucción del sindicalismo"⁴⁹.

⁴⁶ El término es tomado del ensayo "El intelectual en la nueva Torre de Babel" de Cruz Kronfly, precisamente para refutar el término "cultura de la muerte" o "cultura de la violencia", por cuanto parece que éstos no ayudan a clarificar el fenómeno delincriminal en nuestra sociedad. Por el contrario, al tender un manto sobre sus especificidades y complejidad hacen ver el fenómeno como algo incomprensible. Unas prácticas, así sean frecuentes, de metodologías y estilos, las más de las veces "desviadas" o "delincuenciales" que se legitiman al convertirse en métodos procedimentales al ponerse en boga, en ciertas coyunturas históricas, no son de hecho, constitutivas de una cultura en su acepción más amplia. Fernando Cruz Kronfly, *El Despertar de la Modernidad en Colombia*. p. 389.

⁴⁷ Gonzalo Sánchez. "Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones". En: *Análisis Político*. N.º 6. Enero – abril de 1989. p. 14.

⁴⁸ Paul Oquist en su libro *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá. Biblioteca Banco Popular. 1978, cita el trabajo de James Payne titulado *Patterns of conflict*. p. 23.

⁴⁹ Gonzalo Sánchez. "Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones". En: *Análisis Político*. N.º 6. Enero – abril de 1989. p. 33.

VIOLENCIA DE MEDIADOS DE SIGLO

Gaitán, al enarbolar la bandera de la inconformidad y apelando a la “Unión Popular” contra las oligarquías liberales y conservadoras, crea un peligroso clima de agitación política y social jamás visto en la historia nacional; como punto de culminación de la ola represiva iniciada en 1945 por Alberto Lleras y continuada por Ospina Pérez en un lenguaje reiterativo de negación a la apertura de espacios políticos, éste es asesinado el 9 de abril de 1948.

El efecto, además de la insurrección general de vastas proporciones, tuvo su más alta expresión en la conformación de juntas revolucionarias, gobiernos populares y milicias campesinas, multiplicadas por las distintas regiones, otorgando, por una parte, carta abierta al gobierno para aplastarlas militarmente; y por otra, un símbolo de unidad e identidad a las clases dominantes. Lenguaje que corrobora la ausencia de una voluntad por el respeto y el reconocimiento del otro, en la mentalidad de las partes en conflicto.

El panorama a mediados de nuestro siglo es pues la violencia como expresión de los profundos cambios que introduce la explotación latifundista, el desarrollo industrial y la mayor secularización, que, de conjunto, desborda el marco político y adquiere ritmos que son ampliamente independientes, convirtiéndose así “en una mezcla heterogénea de choques electorales, acción política y militar, terror ejercido por mercenarios de toda clase, venganzas locales, espíritu de cruzadas religiosas, venganzas individuales, desalojo de poblaciones, transferencias de propiedad, extorsión económica, formación de guerrillas organizadas, grandes temores campesinos, bandolerismo social”⁵⁰.

Es así como las luchas partidistas, en su conjunto, tienen como efecto perverso el debilitamiento arbitrario del Estado. En términos de Paul Oquist⁵¹, al extenderse éste al ámbito nacional, local y regional, toma como manera y expresión la simultaneidad de las múltiples luchas físicas coercitivas que, en buena parte de los casos, desbordan los conflictos políticos y entran a operar en un terreno distinto: el bandolerismo y la delincuencia común.

Por esta razón, los conflictos que han venido caracterizando estos procesos se confunden históricamente con toda suerte de conflictos sociales, concretados en las múltiples y variadísimas formas y maneras adoptadas por el ejercicio delictivo inmerso tras los no pocos enfrentamientos entre grupos étnicos (indígenas, negros, etc.), también en los conflictos entre localidades y regiones y, no por azar, la infinidad de peleas desatadas entre familias en terribles venganzas de sangre encubiertas flagrantemente detrás de las guerras bipartidistas⁵².

Aunque para los años cincuenta el país no había realizado su tránsito completo, ni llegado del todo ni a todos hacia la vida “moderna” impuesta por los nuevos eventos, en esencia sí se evidencia una asimilación que se reflejó en los mecanismos de reproducción económica

⁵⁰ Pecaút, Daniel. *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá. Cerec - Siglo XXI editores. Volumen 2. 1987. pp. 491 – 492.

⁵¹ Paul Oquist. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá. Biblioteca Banco Popular. 1978. p. 23.

⁵² María Victoria Uribe. “Matar, rematar y contramatar”. En: Documentos Cinep N.º 158 y 159. Bogotá. 1998.

ca, en la lógica del mercado y, consecuentemente, en la reorganización de lo sociocultural por cada grupo al ser subordinados al mercado transnacional⁵³.

Para una mayor comprensión, diré que la óptima revelación de tal lógica la podemos concebir fácilmente si observamos la figura del sicario de hoy día, quien halla sus raíces en el antiguo pájaro, a su vez, producto directo de las viejas Guardias Cívicas en reiterada y diversa práctica de privatización (a falta de construir espacios públicos donde dirimir los conflictos) de las funciones que son patrimonio exclusivo del Estado; tanto el pájaro de ayer que conocimos durante la Violencia, como el sicario de nuestros días, son verdaderos profesionales de la muerte para quienes la vida es un bien económicamente tasable al igual que cualquier objeto disponible en el mercado.

La cosecha de las subsiguientes generaciones como se puede apreciar ha sido “La empresa del crimen”, como elemento básico para la consecución de capital y prestigio en nuestro medio: así, los pájaros forman parte de una próspera empresa con, incluso, una específica división del trabajo expresada en sus respectivos niveles jerárquicos, teniendo entonces:

- a) Aquellos que planifican desde las ciudades, oficinas, cargos públicos y directorios, que nunca aparecen directamente involucrados. Son éstos los autores intelectuales que pagan para el sostenimiento permanente de la “empresa” o para la ejecución de “trabajos especiales”, bajo promesas de posterior protección, traducidas en garantías de impunidad y fuga.
- b) Agentes e intermediarios de los anteriores, quienes tampoco actúan en la materialización de los “trabajos”, pero son los que fijan las condiciones y asumen las responsabilidades frente a sus superiores.
- c) Los verdaderos ejecutores, o lugartenientes de los intermediarios⁵⁴.

Como cabe esperar, es una estructura que difiere muy poco de las existentes hoy día; de preferencia, aunque no exclusivamente, los “pájaros” actuaron a partir de adhesiones partidistas o movidos por lealtades personales a dirigentes regionales; sus acciones se ejecutaban a nombre de un orden político-económico, que se sentía amenazado o que se quería imponer. La relación monetaria, por lo general, se subordinó a la adhesión personal del ejecutante a su amo y señor.

La forma actual, en cambio, tiende a omitir tales consideraciones al despojarse de dimensiones políticas o éticas y a convertirse en un oficio cuyas motivaciones se subordinan al carácter empresarial que tiene el ejercicio de la práctica de los procedimientos violentos, pues hay una marcada división del trabajo, profesionalización, especialización mediado por la cantidad de dinero (traducido en salario) que llega a pagar⁵⁵.

⁵³ Néstor García Canclini. “Una discusión entre tradición y modernidad”. En: *Revista Fin de Siglo*. N.º 8 Bogotá. 1990, p. 37.

⁵⁴ Gonzalo Sánchez. “Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones”. En: *Análisis Político*. N.º 6. Enero – abril de 1989. p. 15; Véase también Darío Betancourt y Marta García. *Matones y cuadrilleros*. 1991. pp. 10 y siguientes.

⁵⁵ Darío Betancourt y Marta García. *Matones y cuadrilleros...* p. 32.

Evidentemente, todo este discurrir no incluyó únicamente un proceso de acumulación de capital, sino también, que tal proceso al verse trabado en muchas regiones en la consolidación de sus relaciones capitalistas, despertó indistintamente procesos tanto de acción como de resistencia, por lo que la violencia no se constituyó en una ruptura, sino que más bien, se inscribió en un proceso de continuidad, mediado sin embargo por la voluntad de preservar algún orden político.

Así pues, las acciones represivas con vistas a salvaguardar un orden se llevaron a cabo a través de aparatos de defensa muy peculiares a su región de procedencia como “la policía Chulavita” en Boyacá, los Pájaros en el Valle y Caldas; complementados con organizaciones paramilitares como los Aplanchadores en Antioquia, los Penca Ancha en Sucre, responsables de miles de víctimas. Del ejercicio del terror en los campos, de despojos, amenazas, asesinatos, incendios, violaciones, apropiación de cosechas y semovientes, coacción y destrucción⁵⁶, y como un fantasma detrás de todo esto “un profundo reordenamiento de las clases sociales en el campo y del liderazgo y la hegemonía política y económica regionales”⁵⁷.

Siendo así que la violencia desborda la correlación de las distintas fuerzas rompiendo los lazos de solidaridad política, aunque no se independiza completamente del enfrentamiento de los partidos tradicionales: “ante el dilema perecer o resistir, surgen rudimentarios mecanismos de resistencia, de defensa y apoyo”⁵⁸, donde la resistencia en realidad no apareció como una combinación a gran escala de las diversas expresiones políticas, y los diferentes niveles de conciencia de clase, repercutiendo en una fragmentación que dificultó darle una proyección social y no sectaria a sus programas, a su ideología, y a sus acciones.

Lo que causó, no obstante, una gran inquietud al conjunto de las clases dominantes, pues hubo una ruptura entre los hacendados y las guerrillas liberales en los llanos, aunada al pacto de los hacendados con el ejército contra los campesinos en armas. Pacto mediante el cual por primera vez se califica de Bandoleros a los rebeldes desde las filas de su propio partido y protectores; la materialización del proyecto de organización o coordinación nacional de los principales frentes de resistencia, y el cambio en la correlación de fuerzas a comienzos de 1953 se efectúa cuando el movimiento guerrillero pasó a la ofensiva militar.⁵⁹

Tales hechos contribuyen a la formulación obligada de un nuevo pacto de élites en el poder que debía cobijar no sólo los aspectos básicos de la dirección económica, sino también, la dirección general del estado, y el ejercicio de la política⁶⁰.

En medio de esta crisis del Estado, alterado en lo político y sometido a la fragmentación social, el elemento mediador lo vinieron a constituir las Fuerzas Armadas en la persona de Gustavo Rojas Pinilla, tras el llamado Golpe de Opinión. Esta crisis no hace surgir entre con-

⁵⁶ Gonzalo Sánchez. “Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones”. p. 15.

⁵⁷ Gonzalo Sánchez. *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá. Áncora editores. 1984. p. 39.

⁵⁸ *Ibíd.* p. 40.

⁵⁹ *Ibíd.* pp. 40 - 45. Para una mejor recreación de estos hechos véase a Alfredo Molano. Siguiendo el Corte. *Relato de guerras y de tierras*. Especialmente el relato del capitán Everardo Giraldo, llamado el Tuerto.

⁶⁰ Gonzalo Sánchez. *Bandoleros, gamonales y campesinos*. 1984. p. 42.

servadores y liberales una disputa sobre las orientaciones del modelo de desarrollo, proyectar una propuesta cultural nueva, o la construcción de una identidad nacional, al punto que, los partidos, al menos hasta el Frente Nacional, no presentaron diferencias en el manejo económico del Estado, pero sí concepciones muy distintas del manejo político y de la manera como las amplias capas sociales debían entrar a participar en el aparato de Estado.

El resultado de todo esto para 1956 es el pacto encabezado por Alberto Lleras y Laureano Gómez acerca de la alternación en el poder de los partidos tradicionales cada cuatro años, durante 16 años, incluyendo la repartición paritaria de todo el andamiaje burocrático del Estado.

Además de la intervención y modificación de la naturaleza de los conflictos gracias a la violencia, la contradicción entre las fuerzas de la industrialización y la estructura agraria logró solventarse, al menos temporalmente y por un lado, dado el desarrollo de la agricultura comercial y la conformación del Frente Nacional, y por otro, por la expulsión de la inmensa mayoría de la población de sus tierras.

Con la caída en 1957 de Rojas Pinilla, decae la fase de la Violencia, "por arriba (del dominio de la superestructura)" ejercida desde los directorios de partido, por políticos, autoridades, terratenientes, etc., apoyados en los pájaros profesionales, en los asesinos urbanos a sueldo, en los sicarios de este periodo, generando su desbandada y descomposición que fue reforzada por la pérdida de la autoridad, influencia y control que sobre ellos ejercía León María Lozano, El Cóndor. El mayor de los pájaros⁶¹.

Al tiempo, se inició una violencia por abajo (dominio de la infraestructura) que llega hasta 1965, es decir, por la tierra, el café, por el lucro personal, una violencia desatada por cuadrillas de antigua filiación liberal o conservadora, que a su vez, tuvieron como origen descompuestas cuadrillas matrices, las cuales a medida que sus jefes eran eliminados, fueron siendo remplazados, y así, se iban recomponiendo y fraccionando cada vez más"⁶².

La cuadrilla bandolera fue la base de un complejo proceso de rupturas y recomposiciones ideológicas que, partiendo de una sujeción partidista inicial y pasando por el bandolerismo social, llegaron a la guerrilla con ideología alternativa y proyecto político propio, o bien dieron el campanazo de alerta en la mayor descomposición de una ya arraigada experiencia delincencial con sus propias especificidades, pero tal vez cruzada por cierta herencia de la ya antigua práctica del denominado bandidismo.

De cualquier forma, el ejercicio de la violencia como procedimiento triunfante⁶³ no es pues una simple serie de acontecimientos, ni exclusivamente la irrupción del capital en el agro y el desarrollo de la industria, sino, y en esto se centra mi planteamiento, la inserción de una nueva modalidad en el reflexionar público y privado que, por supuesto, tiene relación

⁶¹ Darío Betancourt y Marta García. *Matones y cuadrilleros...* pp. 20 – 24.

⁶² *Ibíd.* p. 38.

⁶³ Fernando Cruz Kronfly, *El Despertar de la Modernidad en Colombia.* pp. 385 y siguientes.

con los procesos de acumulación, pero que los supera: al recurrir a la violencia como procedimiento triunfante, es decir, al ser labrado este nuevo espacio, la sociedad termina sustituyendo al Estado tanto en el uso de la fuerza, como en la autosatisfacción, en la asistencia social y económica que el Estado no alcanza a suplir; al tiempo que busca legitimarse a través de los objetivos que logre alcanzar, formal o informalmente⁶⁴.

La práctica de los mecanismos violentos como ejercicio de presión para posibilitar realizaciones personales, empresariales o de partido, no es por lo tanto, un acontecimiento (la irrupción del capital en el agro y el desarrollo industrial), sino una de las modalidades constitutivas y fundamentales que adopta la dinámica social; de manera similar, el bandolerismo social como expresión de esas prácticas violentas, como procedimientos triunfantes, que luego son tachados de bandidismo, (vale decir, las distintas formas de delincuencia en que después degenera) no es el producto de un simple acontecimiento, sino que es a su vez una modalidad, un producto de la coyuntura histórica específica dada por las relaciones sociales puestas en práctica en Colombia⁶⁵.

Así como desde sus orígenes, la violencia aparece como una estrategia a través de la cual se sustituye al Estado para controlar la problemática social, dislocando de paso toda la imagen de unidad nacional; el bandolerismo social es un fenómeno que va un poco más allá de la protesta endémica de la gente contra la opresión y la pobreza: “es un grito de venganza contra el rico y los opresores, un sueño confuso de poner algún coto a sus arbitrariedades, en un enderezar entuertos individuales”⁶⁶.

De manera más amplia, la delincuencia nuestra contiene una cierta iniciativa y poder de resistencia a modo de una estrategia surgida de la inventiva popular, que pugna por abrir espacios donde se han cerrado arbitrariamente las posibilidades económicas, sociales, políticas, etc. Es un espacio propio, en esta medida, de reivindicaciones logradas al calor de procedimientos violentos por aquellos que no han sido articulados (más bien marginados del reparto social, aunque no de la producción de riqueza socialmente generada) a los procesos de desarrollo de la nación; pero es esto mismo lo que explica, a su vez, que siempre se encuentren dentro de una interacción conflictiva con los grupos hegemónicos⁶⁷.

Al decir de Pecaut: “la violencia nacional no tiene que ver tanto con los excesos de un Estado omnipresente, sino, más bien, con los espacios vacíos que el Estado deja en la sociedad”⁶⁸. Las solidaridades regionales y locales que le ganan al Estado las relaciones con la sociedad, aislándolo, no encuentran otro criterio regulador que los procedimientos violentos, al no lograr trascender su miopía política, imponiendo su propio código de valores para poder manipular los elementos necesarios a sus intereses particulares.

⁶⁴ Daniel Pecaut. *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. p. 490.

⁶⁵ Álvaro Camacho Guizado. “La violencia de ayer, la violencia de hoy en Colombia”. En: *Memorias del Foro Nacional para, con, sobre cultura*. Bogotá. 1991.

⁶⁶ Eric Hobsbawn. *Rebeldes primitivos...* p. 11.

⁶⁷ Néstor García Canclini. “Una discusión entre tradición y modernidad”. En: *Revista Fin de Siglo*. N.º 8 Bogotá. 1990. p. 36.

⁶⁸ Daniel Pecaut. *Crónica de dos décadas de política colombiana*. Bogotá. Siglo XXI editores. 1988. pp. 18–24.

EL PAÍS QUE LE TOCÓ A “EL JOYA”

Los problemas que heredó el Frente Nacional fundamentalmente se derivaron, más que por la presión de las diversas fuerzas de oposición, por las secuelas y efectos de la violencia: desempleo, marginalidad, pobreza, pérdida de identidad política de las masas con los partidos tradicionales, y una apatía por parte de la sociedad a verse y sentirse expresada en y por el Estado.

Ciertamente, el problema ya no se limita como en los años treinta a la conformación de un proletariado, ni a la incapacidad de la estructura agraria para impulsar el desarrollo industrial, es decir, que la fuente de donde provienen los principales malestares sociales ya no está anidada en la relación entre agricultura, industria y comercio, que caracterizó los períodos anteriores, sino en la escasez de recursos para infraestructura, en la impotencia que acusan éstos para integrar dentro de su dinámica a la población expulsada violentamente del campo, con una cobertura suficiente de la mano de obra, la precariedad de la presencia del Estado en muchas regiones, pero, y sobre todo, “por la falta de desarrollar una mentalidad de lo público, que se evidencia en la debilidad de las instituciones impersonales (por ejemplo, justicia y burocracia) que caracterizan a un Estado moderno; es una sociedad casi abandonada a sus propias fuerzas”.

Esto explica también el hecho que en la vida política nacional no se hayan implantado instituciones impersonales propias del mundo moderno (la masonería, las cofradías, clubes políticos, sociedades de artesanos, etc.) ni se haya constituido plenamente un espacio público donde se diriman los conflictos, constituyendo esto el trasfondo de la crisis de la justicia, de la tendencia a la solución privada de los conflictos, a la resolución de muchos de integrarse a los azares de una trayectoria inserta en la ilegalidad, y de la ausencia inminente del monopolio estatal de la fuerza legítima.

Los cada vez más especializados desarrollos del proceso de acumulación de capital en el campo, y la consecuente crisis de la economía campesina están ligadas, por lo tanto, al crecimiento del desempleo, a los procesos de colonización, y a la radicalización política del movimiento campesino, a la aparición del bandolerismo social y su recomposición en las distintas modalidades de ilegalidad, al fortalecimiento y expansión de la guerrilla organizada durante los años que siguieron a la Violencia en el país.

En términos generales, las reformas y modelos de desarrollo que asumieron los primeros gobiernos del Frente Nacional, más que asegurar el proceso de acumulación de capital, buscaron retener a la población en el campo, con el propósito de reducir la tasa de desempleo en las grandes ciudades y de atenuar, por lo menos en parte, la dinámica de los conflictos agrarios. La Reforma Agraria se propuso por eso integrar al campesinado pobre dentro de la circulación capitalista a través de un programa de redistribución de la tierra y al mejoramiento de sus condiciones de producción en términos de crédito, asistencia técnica, capacitación para el trabajador agrícola, etc. “La ley 135 de 1961 buscó aumentar la productividad del sector mediante los cambios que introdujo a los derechos de coloniza-

ción y reversión de los baldíos sin explotar al Estado, a la extensión de las relaciones de aparcería y pequeño arriendo a la utilización más adecuada de la tierra⁶⁹.

Las propuestas sociales del reformismo agrario, mediadas por la coyuntura de la revolución cubana, persiguieron evitar igualmente que dicha experiencia tuviera impactos desestabilizadores en el país; por ello el programa de la política económica durante estos años incluyó, además, un progresivo fortalecimiento del sindicalismo, reforma laboral, y una expansión apreciable del gasto público⁷⁰.

De manera similar a lo sucedido con la Ley 200 de 1936, la ley de Reforma Agraria produjo resultados contrarios a los que inspiraron a las autoridades: los grandes propietarios de tierras se protegieron de la figura de la expropiación contenida en la ley 135 de 1961 expulsando a los pequeños propietarios. Diez años después, en 1972, el acuerdo de Chicoral enterró definitivamente a la Reforma Agraria al garantizar la no expropiación de los terratenientes; ello se reforzó luego con las leyes de aparcería y con la puesta en marcha de la política de desarrollo rural integrado del presidente López Michelsen⁷¹.

Consecuentemente, al finalizar la década de 1960 la población campesina continuó huyendo, integrándose a la guerrilla, probando suerte en nuevas áreas de colonización, o migrando hacia las zonas urbanas apiñándose en barrios como el Inglés y el Santa Lucía en Bogotá, recrudesciendo aún más los problemas de marginalidad, pobreza y desempleo⁷².

La transición del país rural al país urbano, mediado por el fenómeno de la violencia metamorfoseada en la práctica ahora mucho más común de lo delictivo, determinó igualmente una transformación no menos profunda de los antiguos valores basados en la religión, la familia, la identificación política con los partidos tradicionales, engendrando una ética de la desesperanza y de la corrupción sin límites, donde los incipientes proyectos político–sociales de antaño estarán cada vez más lejanos.

La tentativa como alternativa de espacio político en que consistió el Frente Nacional provocó la pérdida definitiva de los restos que pudieran sobrevivir del sentido político de los procesos electorales, forzando al clientelismo y a la abstención.

Por otro lado, el proceso de corrupción se fue generalizando convirtiéndose en indicador de la crisis y base tradicional de la organización del Estado, al decir de Camacho Guizado, desempeña un conjunto de funciones aparentemente “positivas” para algunos sectores de la población: se han ido implementando mecanismos eficientes de redistribución del ingreso, se han agilizado multitud de trámites administrativos, alimenta una burocracia que se constituye en un pilar fundamental del Estado y el régimen, no sólo como presencia

⁶⁹ Salomón Kalmanovitz. “Evolución de la estructura agraria en Colombia”. En: *Cuadernos colombianos* N.º 3. Bogotá. 1974. p. 366.

⁷⁰ Varios. “La consolidación del capitalismo moderno 1945 – 1986”. En: José Antonio Ocampo. *Historia Económica de Colombia*. Bogotá. Siglo XXI editores y Fedesarrollo. 1988. p. 262.

⁷¹ Salomón Kalmanovitz. “Evolución de la estructura agraria en Colombia”. 1974. p. 456.

⁷² Ramiro Cardona. *Migración y desarrollo urbano en Colombia*. Bogotá. Ascofame y Organización Corona. 1970.

diaria, sino coyuntural, en la que el orden mismo institucional demanda una afirmación explícita como en las elecciones⁷³, no empero, profundizando las relaciones del clientelismo y la corrupción, a la vez que impide una democratización de los recursos.

Como lo señalara con gran perspicacia el profesor Zuleta: "El Frente Nacional con sus artificiosas instituciones de la alternación presidencial y de la paridad en los cargos públicos y en los cuerpos colegiados hicieron perder el sentido propiamente político a los procesos electorales que habían restaurado. Los partidos perdieron su identidad política y programática. Ya no podían servir para canalizar la opinión, ni representar los intereses de sectores y clases, ni simbolizar matices ideológicos atávicamente conservados. ¿A cambio de qué podían, entonces, llamar a la población a votar por ellos? -Evidentemente a cambio de beneficios inmediatos, de cargos políticos, de ofertas por parte de los candidatos de interponer sus buenos oficios para que ciertas regiones accedieran a los servicios del Estado, o simplemente de dinero. El resultado fue, como no podía dejar de ser, abstención y clientelismo"⁷⁴.

Además de esto, aunque tal alternativa política restituyó en algo la imagen de unidad nacional, volviendo de importancia relativa la violencia y logrando ajustar un modelo de desarrollo tecnócrata, creó también las condiciones para que en la siguiente fase de la evolución social colombiana la nación cayera indefectiblemente en el resquebrajamiento del conjunto de valores que conforman el código ético que en grado variable venía desempeñando un papel de legitimador de la forma de mandar y reclamar obediencia por parte de las clases dominantes⁷⁵. Lo que se manifiesta, a un nivel más íntimo, en la unidad social al estar sus relaciones interpersonales mediadas por la ausencia de respeto hacia el otro, concretándose en la frecuente práctica de los procedimientos violentos como procedimientos triunfantes.

La debilidad del Estado (y de derecho también) finalmente se deja entrever con crudeza. No lograr formar un consenso ciudadano sobre las reglas fundamentales del juego de la convivencia en igualdad de posibilidades y garantías; no conservar el monopolio de la fuerza a través de la creación efectiva de los espacios legales en el que pudieran resolverse, sin recurrir a la violencia, los innumerables conflictos por intereses económicos, políticos e ideológicos, propios de la sociedad civil, nos permite ver cómo, en su fragilidad, cede con facilidad ante las grandes presiones de los grupos de poder económico, y sobre todo, de los centros de poder económico y políticos locales y en la dificultad de controlar, incluso, a sus propios agentes.

CIUDAD, BARRIO Y DELINCUENCIA

En Colombia, a partir de la crisis de los años treinta, el desarrollo de las ciudades se ve impulsado por el éxodo masivo de campesinos hacia ella buscando la felicidad. Muchos

⁷³ Álvaro Camacho Guizado. *Droga y sociedad en Colombia. El poder y el estigma*. Bogotá. Editorial Cerec. Universidad del Valle. CIDSE. 1988. p. 34.

⁷⁴ Estanislao Zuleta. *Colombia: Democracia y derechos humanos*. Bogotá. Ediciones Altamir. 1991. p. 118.

⁷⁵ Álvaro Camacho Guizado. *Droga y sociedad en Colombia. El poder y el estigma...* 1988. p. 35.

de ellos se vinieron a asentar, y más tarde, a conformar los barrios bogotanos, entre ellos los todavía habitantes del barrio Quiroga, donde crecieron y se formaron los personajes del relato. Dicho crecimiento, al hacerse eruptivo, rompió todas las marcas naturales de la ciudad. Los lindes de ésta, que antes eran el bosque, o el río, se borraron. Los cerros se cubrieron de barriadas miserables, carentes de los servicios públicos más elementales. En lugar del cinturón verde que antes rodeaba a la ciudad, aparece el “cinturón de la miseria”, mezcla de chozas hechas de latas, restos de tablas, cajas de cartón y guaduas.

Así pues, el fenómeno preponderante para las décadas del cincuenta y del sesenta, que se observa sin mayor esfuerzo, es que las barriadas se constituyen en sitios de recepción obligados para miles de familias y gentes expulsadas del campo, todo ello debido al recrudescimiento de la violencia rural y a la atracción ejercida por la industrialización en las grandes urbes. Con el tiempo, fueron las ciudades de mayor tamaño los principales centros de recepción de migrantes; los municipios cabecera con más de 10.000 habitantes, en el periodo del Frente Nacional contenían las cuatro quintas partes de la población total urbana. “El número de habitantes de este tipo de cabeceras se triplicó en 26 años, mientras que el de las cabeceras de menos de 10.000 disminuyó en un 4%”⁷⁶.

Por consiguiente, hacia los años cincuenta y sesenta el país sufre un profundo cambio en la distribución demográfica de su población, de manera que hacia el año de 1938 la tasa de población rural era del 71%, y ya en 1973 la población urbana alcanzaba fácilmente el 61%⁷⁷. Las ciudades de Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla parecen ser los mayores centros urbanos, superando para 1964 el medio millón de habitantes. Característica que por demás, hace que atraigan una mayor población especialmente de las ciudades intermedias y pequeñas; “estas urbes, que son las mismas que concentran la producción industrial nacional, llegan a reunir en 1973 el 42% del total de la población urbana y el 25,4% de todo el país”⁷⁸. Bogotá se constituye entonces en la mayor receptora de emigrantes del campo durante el Frente Nacional, debido a la singularidad de ser el centro que aglutinaba gran parte de la vida económica y política del país.

En general, las calles en Bogotá ya no se construyen para los peatones, sino para los vehículos, devorando todos los restos de naturaleza que quedaban. Un urbanista colombiano decía: “la ciudad es una gran estructura de circulación vehicular. No es una ciudad de hombres. Es una ciudad de vehículos, de aire viciado y de intenso ruido”⁷⁹.

Cuando el Estado logra, por fin, tomar conciencia de la magnitud del problema migratorio y la explosión demográfica en las ciudades, es cuando comienza a preocuparse por el nuevo acomodamiento del espacio urbano y la planificación de las urbanizaciones informales que fueron surgiendo paralelamente al proceso migratorio. Veamos como un fun-

⁷⁶ Alfonso Torres Carrillo. *La ciudad en la sombra*. CINEP. Bogotá, 1993.

⁷⁷ Rodrigo Parra Sandoval. *Ausencia de futuro*. Bogotá. Editorial Plaza y Janés. 1982. p. 28.

⁷⁸ Alfonso Torres Carrillo. *La ciudad en la sombra*. 1993. p. 20.

⁷⁹ Danilo Cruz Vélez. “La Deshumanización de la ciudad”. En: *Revista de Poesía Golpe de Dados*. Bogotá. Volumen 10. N.º 58. Agosto de 1982.

cionario concebía tal planificación: "la mayor urbanización creó, a su turno, las bases para una transición demográfica más manejable en términos de desarrollo; la menor reproducción de los individuos que tiene lugar en las ciudades, como producto del mayor grado de 'civilización' que estas brindan, genera una tasa de crecimiento demográfico mucho más moderado y, como tal, mucho más fácil de administrar económicamente; el menor ritmo de crecimiento poblacional alcanzado por la dinámica de la urbanización es un mecanismo básico para el desarrollo y bienestar económico. La atención integral de la población y el ofrecimiento de un mayor y mejor número de oportunidades se amplió, la aplicación del modelo de desarrollo de las Cuatro Estrategias en el cual se planteó abiertamente con razón, que en la urbanización acelerada se encontraban las mejores posibilidades para atacar la pobreza"⁸⁰.

Es por lo que en principio, Bogotá, como muchas otras ciudades del territorio nacional, están constituidas como colchas de retazos, por las diferentes culturas regionales salidas de las profundas fragmentaciones culturales, como producto de las distintas coyunturas económicas y políticas: "son colchas descosidas de culturas pueblerinas que no encuentran en el espacio urbano elementos de identidad ciudadana"⁸¹, creando así una amalgama de culturas superpuestas constituidas por mezclas interregionales, es decir, interculturales dentro de espacios urbanos que sirven de polos de migración⁸².

Con la implementación de programas de planeación urbana aparecen en el paisaje bogotano barrios como el Quiroga, Muzú, Ciudad Kennedy, planeados, financiados y finalmente construidos a través de entidades oficiales, como el Instituto de Crédito Territorial, ICT, con el propósito de solucionar los problemas de hacinamiento de una incipiente clase media que se había venido conformando y aglutinando en las ciudades. Sin embargo, la gran mayoría de barrios se fue conformando a través de la acción y la gestión desarrollada por empresarios piratas, que vendieron lotes a la mayoría de migrantes que llegaban buscando un espacio donde vivir.

Migrantes que, por la fuerza de las circunstancias, se vieron compelidos a exorcizar su origen, sus arraigos ancestrales, su cultura, a olvidarse de aquello que constituía el cultivo al origen de la autenticidad mítica. En una paradoja ininteligible, difícil de entender por estar rodeada de terror, convertir el fundamento de su poder cultural basado en la territorialidad, de referentes simbólicos en lo social y político, en la desterritorialización y la ingravidez de imaginarios.

Este nuevo "ciudadano", ancestro consecutivo de "El Joya", de Óscar, Saulito, y de otros muchos, no solamente perdió sus raíces en la naturaleza y su propio ser, sino que en la gran ciudad no encontró cómo arraigar un sentido estricto de referentes, quizás porque

⁸⁰ Véase Fabio Giraldo Isaza. "Presentación" del libro Lauchlin Curie. *Urbanización y Desarrollo*. Bogotá, Camacol Editores. 1988. p. 20.

⁸¹ Héctor de los Ríos y Jaime Ruiz R. "La violencia urbana en el Medellín de los 80". En: Revista de la Universidad de Antioquia No. 21. 1987. pp. 24 – 44.

⁸² Rodrigo Parra Sandoval. *Ausencia de futuro*. Bogotá. Editorial Plaza y Janés. 1982. p. 28.



- La dimensión de las casas originales de una sola bóveda es un verdadero contraste si se las compara con los “edificios” construidos en sus cercanías.

no hay más raíces que las naturales, y asimilar a medias el que ella le ofrece. Un horizonte urbano de hierro y cemento, sus símbolos supremos, “y todo cuanto toca del mundo natural se le transforma en sustancia urbana: la tierra, en el solar para la construcción; los ríos, en energía eléctrica; la vegetación en la “zona verde”, rodeada de redes de servicios y de vías de circulación, o en el parque domesticado y polvoriento que se muere de sed entre dos avenidas”⁸³.

En simultánea a este proceso, el habitante urbano también se transforma. Como su vida se desenvuelve entre cemento, hierro, aparatos, automotores, y máquinas de diversa índole, sus instintos y sus sentidos se atrofian. Ya no están entrenados para leer en las plantas, en el olor a tierra, en la lluvia, ciclos de vida. Se han adiestrado para leer únicamente los códigos del consumismo. El marco rural que le caracterizaba se le desvanece en el ámbito urbano.

La gran movilidad de población, las colonizaciones, las migraciones, representa la experiencia única de una conmutación idealizada de los valores, tronchando el destino de los antiguos valores, por otros regidos por una estructura diferente; en la ciudad de hoy lo que

⁸³ Danilo Cruz Vélez. “La Deshumanización de la ciudad”. En: *Revista de Poesía Golpe de Dados*. Bogotá. Volumen 10. N.º 58. Agosto de 1982. p. 10.

prima es la inteligencia, la razón, la facultad calculadora, que es todo lo que necesita el individuo para moverse en un mundo artificial. Es lo que Spengler llama el “nómada intelectual”, el hombre que no se siente atado a nada, que puede cambiar de Estado, de ciudad o de barrio, sin el menor menoscabo de su ser, porque esté donde esté, allí estará siempre moviéndose en un medio que le es conocido y familiar: en el medio creado por él mismo mediante su inteligencia como una red invisible de esquemas, símbolos, convenciones y artificios mentales de toda índole, los cuales le permiten cuantificar todas sus relaciones con la realidad y someterlas a cálculo y medida”⁸⁴.

Muchos individuos, como los personajes evidentes y encubiertos de nuestro relato, terminaron volviéndose, a lo largo de las constantes crisis de valores, hacia unas formas de vida que usan aquellos signos que nos pueden parecer la coreografía estereotipada de una película de gánsteres norteamericana que abusan del poder, hacia aquellos que gracias a las rupturas geográficas y mentales de la migración, concibieron crear de pies a cabeza, su propio mundo. Pase lo que pase, y sea cual sea la idea que se tenga del mundo de la delincuencia, local, nacional o transnacional, son unas formas de vida que han terminado fascinando (mundialmente) a los mismos que las padecen; y ello, seguramente, se debe a la convicción íntima y delirante de haber materializado todos sus sueños.

Cuestión que no se basa tanto en los recursos, técnicas y armas, como en el presupuesto milagroso de tal utopía, encarnada en la mente de alguien como “El Joya”, o en una sociedad carente del sentido de justicia, instituyéndose sobre la idea de que a través de esa práctica logrará la realización de todo lo que los demás han soñado, justicia, abundancia, rectitud, riqueza, libertad. En verdad creen en ello, lo saben y, finalmente, muchos otros han acabado también por creerlo.

Quizá, en el fondo todos los migrantes a la ciudad y los hijos de éstos han ido almacenando un resentimiento, un poder de resistencia que se opone a sus contendores, desde sus nuevos códigos, desde sus nuevas formas simbólicas. No cabe duda de que la migración ha sido una cuestión candente; en sí, la presencia de los millones de migrados ha venido marcando el modo de vida en las ciudades, al tiempo que altera de manera subrepticia la configuración del país.

En cada uno de sus barrios, por ejemplo, no es difícil de encontrar cierta “promiscuidad”, cierto “mestizaje cultural”, y también rivalidad y heterogeneidad. Esto resulta evidente en las calles, en los barrios, donde sucesivamente cada barra o gallada dominan; lo mismo, las más de las veces, algún grupo étnico. No obstante, el conjunto no nos ofrece la idea de confrontación racional del conflicto, sino que no hay unidad o pluralidad y, en cambio sí hay una intensa rivalidad de fuerzas antagónicas, creando una complicidad que atrae al colectivo, por encima de espacios públicos, a la violencia privada como procedimiento triunfante.

Allí, en la ciudad, lo que se da es una violenta mezcla de múltiples regiones y culturas, al enfrentar las distintas lógicas de acción, de actitud de encerramiento y autonomización,

⁸⁴ *Ibíd.* p. 8.

originando las peculiares situaciones tratadas aquí. Esta mezcla múltiple transforma al país y le confiere su complejidad característica. Son las secuelas de una situación intrincada de exclusiones políticas, económicas y sociales en las que persisten la mala fe, el apoderamiento de lo simbólico y sucesivamente de la supremacía.

LAS “BONANZAS” Y EL NUEVO CICLO DE TRANSFORMACIONES

Durante el conflicto Estados Unidos–Vietnam, la demanda de marihuana alcanzó altos índices, dejando entrever, nuevamente, el contorno y las formas de subordinación económica de nuestra sociedad al mercado transnacional al ser seducida, una vez más, por la alternativa económica de un nuevo e intermitente ciclo corto especulativo.

Con el incremento y desarrollo de los cultivos de la hierba hacia los años setenta, se introduce un nuevo factor que confiere una significación muy especial a las subsecuentes tipificaciones de los nuevos delitos. La nación entera se ve sacudida y empujada a nuevos y profundos cambios: se inicia así una escalada sin precedentes de transformaciones prácticamente en todos los términos de las relaciones políticas, económicas y sociales al interior del país, a una velocidad tan intensa que no admite restricción alguna; apenas los acontecimientos permiten un mediano acomodamiento se hace necesario enfrentarse de inmediato a nuevas e infinitas transmutaciones haciendo cada vez más difícil su percepción.

Es tal vez esta sensación de vértigo, nos dice Álvaro Camacho G., que se arraiga principalmente en los jóvenes entre los que se generaliza su consumo; concomitante a una conciencia y práctica de repudio al ejercicio de la fuerza, a la práctica de la guerra, a las políticas económicas y de intervención militar nacionales y extranjeras, y lo que es más fundamental, un no rotundo a la obediencia ciega, como cuestionamiento implícito a la autoridad-autoritaria, a la estructura del poder imperante⁸⁵.

Ya pasado el año 1975, dada la declinación del ejército norteamericano en la guerra de Vietnam, la cocaína se convierte en objeto de una cada vez más creciente demanda, desplazando a la hierba en los mercados internacionales; “si la guerra del Vietnam le abrió el mercado a la marihuana, el fin de la guerra lo sustituyó por el de la cocaína”⁸⁶. Ahora bien, los efectos de estos cambios, vistos en el ámbito nacional, sí que son dramáticos, pues si la demanda de la marihuana revolucionó como nunca la sociedad colombiana, sí que es cierto que como continuidad de este ciclo corto, el de la cocaína va a rebasar todo límite.

La extrema metamorfosis de las distintas violencias como procedimientos triunfantes, por ejemplo los delincuenciales, que ha padecido Colombia desde los años cuarenta, nos recuerda la sentencia del poeta nadaísta Gonzalo Arango, la cual plasmó en la tumba del Capitán Venganza, “en uno de los ocho agujeros que abalearon el cuerpo del bandido, deposito mi rosa de sangre. Uno de esos disparos mató a un inocente que no tuvo la oportunidad de serlo. Los otros siete mataron al asesino que fue... Yo pregunto sobre su tumba

⁸⁵ Álvaro Camacho Guizado. *Droga y sociedad en Colombia. El poder y el estigma...* 1988 p. 46.

⁸⁶ *Ibíd.* pp. 45 – 47.

cavada en la montaña: ¿No habrá manera de que Colombia, en vez de matar a sus hijos, los haga dignos de vivir? Si Colombia no puede responder a esta pregunta, entonces profetizo una desgracia: Desquite resucitará, y la tierra se volverá a regar de sangre, dolor y lágrimas". Gonzalo no vivió para conocer la fatalidad de su profecía, como también seguramente nunca supo de la observación que le hacía un diplomático en tiempos pasados al expresidente Alberto Lleras sobre el "extraño paralelismo que encontraba entre las líneas rojas de la violencia y las doradas de la prosperidad... parece ser que coincide con la marca alta del crimen, la guerrilla, la anarquía de los campos, la desolación de las tierras, con los índices económicos favorables"⁸⁷.

Sin duda, es este ambiente moral y social derivado de cuatro o cinco décadas inscritas dentro de una excesiva ocurrencia a la violencia (política, económica, social, etc.) que resulta particularmente propicia para el surgimiento del llamado narcotráfico. Se configuran así, situaciones en las cuales la capacidad de adaptación, combinación y reproducción de los códigos culturales que vienen a mediar las relaciones sociales como respuesta a las demandas de los nuevos órdenes económicos, políticos, y de participación ciudadana, arroja nuevos valores que permearán ciertas fuerzas sociales propendiendo a una rápida transformación de la sociedad en la que se descomponen las costumbres ancestrales, centradas en la familia patriarcal y la religión católica, no dando tiempo alguno a la formación de una nueva ética laica.

La larga historia de luchas políticas y la descomunal competencia por la adquisición de recursos, constatan en primera instancia el incremento cada vez más acelerado y variado de los delitos en los últimos cincuenta años. Corroboración que se hace más evidente en términos de la enorme ausencia de otros criterios reguladores de las relaciones políticas, económicas y sociales, que no necesariamente impliquen el uso de la violencia como procedimiento triunfante.

La ausencia de otros mecanismos reguladores es la que hace percibir los fenómenos como algo muy entreverado, casi que incomprensible; el desarrollo económico está acompañado de un quehacer político que se bate entre la violencia privada y la violencia legítima del Estado, una leve idea de democracia con una participación ciudadana que ha buscado sus propios medios de superación (adaptación de valores, pero que siguen regulados por la violencia privada como justicia privada), completando un cuadro donde la opulencia desproporcionada riñe con la pobreza absoluta. Donde las tradicionales prácticas cristianas se desenvuelven en una cultura del prestigio sustentada por la acumulación de bienes de capital, y un culto a la virgen.

La mayor competitividad entre las diversas fuerzas sociales pone en carencia a muchos creando las condiciones para que en distintos niveles se desarrolle una intensa hostilidad hacia las normas de obediencia a las reglas de juego de la convivencia, y donde, desde luego, no cabe esperar una interiorización de las normas y prohibiciones de lo que llama

⁸⁷ Citado por Estanislao Zuleta. *Colombia: Democracia y derechos humanos*. Bogotá. Ediciones Altamir. 1991. p. 143.

Álvaro Camacho “los rasgos culturales *tradicionales, mecánicos, sagrados*, que dan paso a la institucionalización de prácticas sociales modernas, orgánicas y seculares”⁸⁸.

De otra parte, la tradicional hoja de coca no fue siempre un producto clandestino, pues su cultivo fue controlado desde la fundación del Imperio Inca, a través de la creación de sistemas laborales y formas administrativas que luego el estado colonial aprovechó, articulando, incluso, nuevos espacios. “De hecho, no había clandestinidad, sino que la coca se convirtió en símbolo de riqueza y de poder de las familias terratenientes que abastecían a trabajadores mineros de Cerro Pazco”.

Proceso que recorrió el siglo XIX durante la colonia, para desembocar en la fundación de la Corporación de Productores de la Coca de Bolivia S.A., creada en 1940; ente que controlaba la producción de más de 500.000 Kilogramos de la hoja, que países como Argentina demandaba para el consumo de los indios braceros que laboraban en su territorio. Es así como los empresarios argentinos hallan en la coca un medio de acumular riquezas, ampliando el espacio mercantil de las rutas de la hoja. Tradición que por demás motiva al gobierno boliviano a utilizar tales recursos en proyectos de desarrollo económico. Sin embargo, para salir a otros mercados más “civilizados”, la coca, debía ser transformada en cocaína, y así superar los mercados internos y el masticado de los naturales.

Hacia el año de 1975, la coca circula libremente por entre los espacios internos de los Andes Suramericanos, articulando mercados extendidos desde la selva a los Andes, a las costas peruanas, a tierras bolivianas, y colombianas; cubriendo mercados, traficantes e intermediarios, entre consumidores nativos, trabajadores de las minas, los hacendados, los obreros y los mercados populosos.

A lo largo de los últimos cien años, se abrieron ciertos mercados internacionales satisfaciendo necesidades farmacéuticas y, en menor escala, para atender exigencias de grupos excéntricos”⁸⁹.

Casi que abruptamente, la coca transformada en cocaína se convierte en un producto de circulación internacional. “Iniciando un ciclo de exportaciones con efectos deformantes sobre la estructura interna en los procesos de selección de los espacios a explotar, la distribución de las tierras de cultivo, la formación de mercados de trabajo, la aparición de intermediarios y comerciantes locales, la formación de grupos financieros vinculados al capital extranjero, y la redistribución del capital acumulado entre sectores modernos de la economía”⁹⁰.

Siendo este producto de exportación el primero que llega a ser manejado por grupos marginales de la sociedad, es el que logra, a un tiempo, poner en escena a estos actores de clases bajas y empobrecidas, habitantes del desempleo y de la ausencia de oportunidades, incorporándolos a los mercados subterráneos e informales con el fin de lograr el ascenso que la

⁸⁸ Álvaro Camacho Guizado. *Droga y sociedad en Colombia. El poder y el estigma...* 1988. p. 23.

⁸⁹ Hermes Tovar Pinzón. “La coca y las economías exportadoras en América Latina: El paradigma colombiano”. En: *Análisis Político*. Bogotá. N.º 18. Enero – abril de 1993. pp. 9–15.

⁹⁰ *Ibíd.* p. 13.

sociedad en general les niega. De esto surge un contrasentido, que es el que hace ver a la sociedad nuestra como una complejidad casi que incomprensible: de un lado está la relación que se establece a raíz del complejo coca-cocaína, es decir, entre países ricos y países pobres y, de otro lado, las relaciones que surgen al interior de nuestra urdimbre social.

Es en el marco de nuestro capitalismo dependiente y la naturaleza de nuestras economías, siempre dispuestas a satisfacer demandas externas en términos de un desarrollo periférico, pues al nutrirse sólo de espejismos, al colocarse frente a la aventura de participar de todo tipo de efímeras ventajas económicas, sin reparar en los efectos que pueda ejercer sobre el ordenamiento social, es en el que podemos leer el trasfondo de las precedentes deformaciones sociales, políticas y económicas.

Dice Estanislao Zuleta que "la premisa del narcotráfico es, pues, la creación de una poderosa fuerza armada que haga posible un funcionamiento que sirva además para proteger a los grandes empresarios o 'capos' contra la amenaza de secuestro y extorsión por parte de delincuentes comunes, o de grupos políticos alzados en armas y contra la persecución de las autoridades; por lo que se hace difícil deslindar la llamada delincuencia común, que es la gran causa de la mayoría de los crímenes que hoy se cometen en Colombia, de los efectos del narcotráfico"⁹¹.

Si bien esto es cierto, no podemos olvidar que aunque el narcotráfico arrastra consigo componentes de violencia, no es el único que la genera. Lo que ocurre es que la fuerza de su riqueza y poder ha encontrado un clima contaminado desde hace décadas, dónde practicar su propia justicia, en una dinámica que implica entrar en el juego de otras fuerzas económicas que en el pasado han actuado del mismo modo⁹².

El alto índice de delitos que se contabilizan, incluidos los cálculos de los que no se denuncian, venidos del mundo informal de nuestra sociedad en general, contribuye a dimensionar la capacidad criminal de este sector.

No son sólo estos actores sociales en emergencia, sino, incluso, los sanos empresarios del transporte aéreo, de los sistemas financieros, los contrabandistas, los empresarios de alimentos y los empresarios multinacionales de la química, los que llegan a ser las unidades capaces de ser el campo social de la historia concreta⁹³. Pero paradójicamente, a un tiempo, es el elemento que suministra a las clases dominantes la oportunidad, a través de un discurso trasnochado y moralista, de legitimar su ejercicio del monopolio estatal de la fuerza.

Aquellos que otrora se atrevieron a desprenderse de la tutela del gamonal de su localidad, fueron convertidos hábilmente por éste en bandidos; de igual modo, los que rompieron relaciones de dependencia bilaterales con caciques y directorios de partido, fueron convertidos en bandoleros, en guerrilleros, que luego de un proceso complejo de composiciones y

⁹¹ Estanislao Zuleta. *Colombia: Democracia y derechos humanos*. Bogotá. Ediciones Altamir. 1991. p. 152.

⁹² Hermes Tovar Pinzón. "La coca y las economías exportadoras en América Latina: El paradigma colombiano". p. 41.

⁹³ Néstor García Canclini. "Una discusión entre tradición y modernidad". En: *Revista Fin de Siglo*. N.º 8 Bogotá. 1990. p. 37.

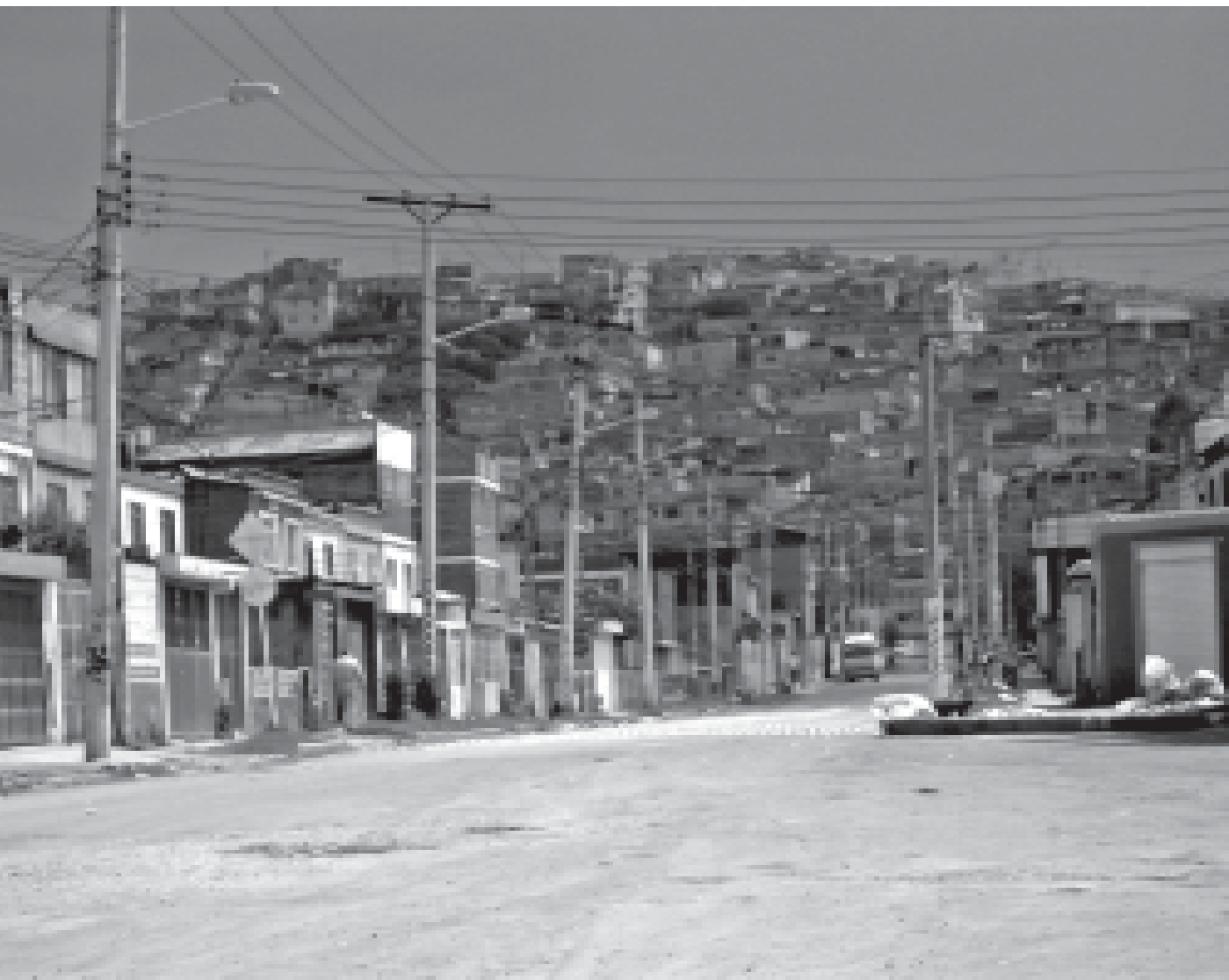
descomposiciones terminaron en prácticas de terror criminal, traicionando toda la base social que antaño habían construido al calor de una lucha cruzada por tenues rasgos ideológicos.

El complejo coca-cocaína, al pasar de las manos de los poderosos y entrar a ser operado, administrado y usufructuado por los marginados de los procesos de desarrollo, es el anátoma que ha caído como relámpago divino sobre los segundos, convirtiéndolos en los temerarios malhechores de nuestros días, recordándonos a través de los confusos elementos, característicos de una gran movilidad social, las especificidades propias de las viejas luchas de nuestros viejos bandidos y bandoleros⁹⁴.

La historia como construcción narrativa en sí misma, nos ha dado la oportunidad de contrastar dos caras de la realidad: el anterior texto es una síntesis de la historia extraída de los hechos y evidencias recogidos en los libros por los especialistas. La historiografía que constituye el relato se liga a éste a través de los testimonios individuales que no son otra cosa que un conocimiento traído de la experiencia humana.

Cada una de las dimensiones socio-estructurales de los fenómenos pertinentes al documento la podemos encontrar en cualquiera de los dos testimonios con la diferencia que, en el segundo, se introducen las emociones, los miedos y fantasías, que al fin de cuentas son la fuerza con la que se construye el mundo material, y aquí nos son entregados como un cuadro muy completo de toda la vida social al recrear la historia nacional.

⁹⁴ Álvaro Camacho Guizado. *Droga y sociedad en Colombia. El poder y el estigma...* 1988, pp. 38–47.



- El barrio Quiroga creció y se transformó, teniendo como punto de referencia la colina de enfrente. Allí, agarradas de las uñas se fueron apiñando unas casas encima de otras. Muchas veces desde el Quiroga fueron evidentes los deslizamientos de aquellas precarias construcciones del Pesebre, Las Colinas y otros barrios.

Familia, barrio y delincuencia

PERTURBACIÓN EN LAS RELACIONES FAMILIARES

Los condicionantes mismos de los acelerados cambios en los valores y códigos de comportamiento de la sociedad han vuelto relativos, sin duda alguna, los patrones generacionales; así, lo joven se ha establecido en el espacio, más bien tenue, que queda entre la infancia y lo que se concibe como lo viejo, que no es muy claro.

Las líneas de ascendencia y descendencia de abuelos, padres, hijos, nietos, etc., independientemente del tiempo cronológico que pueda haber entre las generaciones, han sido caracterizadas desde las perspectivas biológicas, culturales, psicológicas y sociales; por tanto, susceptibles de responder a las exigencias de cada disciplina; e incluso, desde puntos de vista demográficos como grupos de edad entre los 15 a 24 años. Por otra parte, a fenómenos sociales y políticos enmarcados por los procesos históricos de una sociedad dada, en las instituciones que socializan al niño y al joven, como posibilidad de participación que la sociedad genera y ofrece a sus jóvenes⁹⁵.

El concepto juventud expuesto así, nos lleva a pensar que un fenómeno tal como la delincuencia es patrimonio exclusivo de los jóvenes, ya que no nos permite ver con claridad la complejidad del problema, pues la visión que nos ofrece no va más allá del elemento constitutivo de un modelo de desarrollo que tiene que ver con la modernización rural-urbano-industrial.

Tal noción, por su interrelación con los términos pre-funcional y pos-funcional, independientemente de lo cronológico, precisamente determina que el joven sea parte de lo que la sociedad ha llegado a considerar como pre-productivo; mientras los no funcionales, son hombres y mujeres (no solamente chicos) que no realizan una función que los aprisione en un estatus u otro dentro de la división social del trabajo. Lo que lleva a suponer, que lo pos-funcional es lo viejo, lo que ya no puede participar del mercado de trabajo. Por tanto, un estudiante que sobrepase los treinta años de edad podría ser fácilmente un pos-funcional⁹⁶.

⁹⁵ Aldo Gurrieri. *Estudios sobre la juventud marginal en Latinoamérica*. México. Ed. Siglo XXI. 1983. Cap. I.

⁹⁶ Agnes Heller. "Los movimientos culturales como vehículos de cambio en Colombia" En: *El Despertar de la Modernidad*. Bogotá. Ediciones Foro Nacional por Colombia. 1991. p. 135.

Al interior de lo que podríamos llamar el mundo de la delincuencia, estas formas de polarización de la división social del trabajo y los individuos no son tan marcados. Por el contrario, se tiende hacia una visión que no considera la juventud en esos términos, sino que tal relación es más flexible, es mucho más intergeneracional que en cualquier otra actividad de la vida diaria.

El ser joven en la delincuencia no es sinónimo de inmadurez, incapacidad, o inexperiencia. Su integración a actividades delictivas no está determinada por criterios de edad funcionales. De hecho, lo que se da es una intensa interacción generacional, reforzada por el culto a la imagen; el parecer joven cumple una doble función: de un lado, contribuye a que el adulto sea aceptado por todos, incluidos los jóvenes de su propio medio.

Recordemos que para la época de la Violencia de los años cincuenta, las personas buscaban aparentar más edad de la que se tenía. Luego de la Revolución de 1968, esta idea se transformó progresivamente, dirigiendo las personas todos sus esfuerzos a parecer más jovencitos. La imagen toma así un significado social muy importante: el parecer mayor era sinónimo de recibir un trato y una expectativa de adultos responsables. Ser joven, en cambio, es ser tratado de manera abierta a cualquier opción, puesto que aún no se es un "fósil"⁹⁷.

El debilitamiento de la autoridad de los padres, la desacralización y racionalización de los valores y normas que rigen el comportamiento familiar y ciudadano, aunado al incumplimiento de los roles familiares asignados por la cultura y la ley, están asociados indefectiblemente a la disfunción de lo formal en la división del trabajo al interior de las relaciones que se concretan en la delincuencia; mientras los padres se enfrentan a una sociedad que no garantiza alternativas laborales suficientes y remunerativas⁹⁸, los jóvenes los desplazan porque no están dispuestos a hacer suyas las normas sociales de la generación anterior, al darse cuenta que éstas no responden a sus expectativas, acudiendo a las formas alternas que sí le ofrecen posibilidades en la mayoría de los casos.

En lugar de ocurrir un acercamiento dentro de un debido respeto, las personas caen en una especie de competencia llevando sus relaciones a una crisis, la cual es confrontada a manera de competencia. De manera que, los roles al interior de la familia se ven atenuados al individualizarse las responsabilidades, recayendo en el más "capaz". Si, por ejemplo, el hermano menor ha tenido algún éxito en sus actividades económicas termina desplazando al hermano mayor. Lo mismo ocurre si es el hijo mayor el del éxito, quien reclama su autonomía, e incluso desplaza al padre en sus funciones.

Contexto en el cual no cabe esperar una interiorización de los valores y los códigos de manera pasiva. Su adaptación se ve sometida a los códigos que demandan las actividades delictivas, en tanto éstas si responden a sus necesidades, a un tiempo que le exigen una ruptura con las tradicionales.

⁹⁷ *Ibíd.* p. 136.

⁹⁸ Véase Ligia Echeverri de Ferrufino. *Foro: Juventud, Familia y Crisis Social*. Mimeo. Bogotá. 1993. p. 12.

Es a falta del estrecho contacto entre las generaciones, que el proceso de la pérdida de la tradición cultural parece acelerarse de modo angustioso, ya que el tipo de familia no cuenta con un clima adecuado, dado que los modelos paternos y maternos aparecen como inconsistentes con la práctica cotidiana divergente de las normas⁹⁹. Ello arroja como resultado no sólo la perturbación de esas relaciones sociales, sino un profundo desprecio por la tradición; insatisfechos, “no se rigen por usos y costumbres de aquellos que ven como subordinados e incapaces. Tan pronto como pueden se independizan de su casa, y sus relaciones interpersonales, intersubjetivas, como el amor, están regidas por la mediatez y el culto al placer efímero, como expresión clara de la nueva escala de valores erótico-afectivas, sociales, económicas y ético-religiosas”, no mostrando la más leve inclinación a adoptar las normas de conducta de la anterior generación.



■ Los patios interiores de las primeras casas, demarcados por bajas paredes, fueron objeto de actividades varias como el cultivo de jardines, hortalizas o espacios dedicados al ocio.

Ese entusiasmo primero que lleva a los jóvenes a observar las normas sociales imperantes, o las de la tradición, ha sufrido un forzoso cambio que conlleva cierta agresividad hacia las mismas. Correspondientemente hacia las generaciones precedentes y todo aquello que las represente. En el adulto, el poseer una gran experiencia los convierte en personas que corresponden a una cultura con unos valores y normas ya establecidos e introyectados; mientras que los jóvenes de preferencia encuentran en los códigos alternos nuevas identificaciones. “Decididamente, la tradición no es una fuerza ciega e indeterminada que ata el pasado con el presente; la tradición se construye mediante el olvido y el recurso selectivo, la resignificación del pasado, y hasta el invento de nuevas formas míticas”.

De hecho, la familia colombiana ha sido, por un lado, víctima de la violencia política y social desde el pasado, y por otro, heredera inconsciente de esas relaciones sociales y familiares que han ido minando sus formas tradicionales provocando condiciones favorables para que entren a jugar un papel importante en su desestabilización otro tipo de valores. Estos han vuelto relativas las tradicionales simbolizaciones, los rituales de la vida social, que antaño controlaban y hacían que el individuo renunciara a recurrir a medios extralegales para resolver determinadas tensiones. Más bien, se alienta a que sucumba transgrediendo las normas de la convivencia y del estado de derecho, como medio para alcanzar sus deseos. A esto es necesario adicionarle el resquebrajamiento del sistema de sanciones legales, morales o religiosas, resultando inoperante e ineficaz, a lo que se auna-

⁹⁹ *Ibíd.*

rá sin remedio, la debilidad de la cohesión externa (Estado), creando así las condiciones para su reproducción y propagación a otras familias y generaciones.

Si bien es cierto que cada tipo de familia es producto de la sociedad, las posibilidades de estructuración de la personalidad que ofrezca a sus miembros dependerán no solamente de la sociedad como algo exterior a ella, sino también de los mecanismos de cohesión interna que logre desarrollar; éstos actuarán como modificadores adecuados de las posibles desviaciones que puedan presentar en un momento dado sus integrantes hasta llevar a los individuos a desarrollar una auténtica conciencia democrática.

También es cierto que el proceso de desarrollo que parte desde sus años más tempranos, pasando por los de pubertad, hasta llegar a la adultez, lleva a que un individuo se integre y se adapte a lo que la sociedad o una parte de ella espera de él. Es un proceso combinatorio, lleno de posibilidades, de salidas, en un transcurso conflictivo, lleno de dramas incontables que, dependiendo de su resultado, irán conformando la relación del individuo frente a los otros.

Así pues, el desarrollo que exigen los procesos de industrialización, del comercio, y la urbanización de la vida, con el rápido aumento de la población (Por ejemplo: los procesos de migración producto de las violencias, sobre todo, de los años 1940 y 1950) concentrándose principalmente en las ciudades, imponen a la sociedad colombiana profundos cambios (intensificación en la producción agrícola, acelerados cambios en el paisaje, altísimos rendimientos en lo económico, etc.), tan súbitos que las normas culturales de conducta pierden vigencia a ritmo acelerado.

Ciertamente, los jóvenes se han visto compelidos a someter a examen los ritos y normas de conducta heredadas para acomodarlas a la nueva situación; Facultad que de hecho, se ejecuta en forma cada vez más abusiva, y mecanismo mediante el cual las nuevas generaciones tienden a enterrar por completo las tradiciones.

Más bien, esos hijos buscan desesperadamente la forma de ascender en la escala social, provocando una deconstrucción en las relaciones tradicionales; es decir, una ruptura paulatina en la relación social que puede existir entre quien lo transmite (los padres en primera instancia, la comunidad a la que se pertenece, o la escuela) y quien recibe (la siguiente generación).

Evidentemente, los valores de una cultura sólo suscitan amor y entusiasmo cuando las generaciones posteriores se encuentran en contacto social estrecho con una o varias de las generaciones que las comportan, revelándose esa relación en la colaboración ecuatorial con ellas y, sobre todo, en guardarles respeto.

La misma etnología nos señala que para la observación de los usos y costumbres tradicionales, es necesario a falta de una verdadera relación de amor hacia ellas, por lo menos el temor de las consecuencias que podría tener quebrantarlas¹⁰⁰.

¹⁰⁰ Bronislaw Malinowski. *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Barcelona. Editorial Ariel. 1982. p. 87.

EL BARRIO, EL PRIMER ESCENARIO

Existe un dicho popular que dice “todo criminal vuelve al sitio del crimen”. Tal vez la necesidad de confrontación, de ver su “obra”, de observar el impacto en la gente, lo impulsa a volver al lugar. De algún modo, ocurre lo mismo con nosotros. Regresamos alguna vez al sitio de nuestro origen, o al menos al que consideremos que sea. Incluso “El joya”, en alguna ocasión pasó muy sonriente por el barrio, por la cuadra, como de paseo, a relativa velocidad montado en su moto de 500 c.c. con alguien de pasajero. Lo seguían de muy cerca por lo menos una docena de policías en motos y patrullas. Según dijeron, acababa de atracar un banco.

Algo que tienen en común todos estos bandidos es volver al lugar donde se iniciaron, donde están los viejos lugares, los viejos amigos, los recuerdos. El barrio es el lugar por excelencia, al que Édgar siempre regresó.

Hacia los años 1950, Jorge Gaitán Cortés como alcalde de la ciudad de Bogotá, afirmaba que era una “ciudad de refugio, en una época de inmigración en masa. Era como una voz de alarma que ponía en evidencia las múltiples dificultades de los miles de nuevos ciudadanos bogotanos, en su lucha por asegurar un derecho a vivienda, a servicios públicos y equipamiento básico. Reiterativo fue oír hablar de el drama de los barrios fantasmas, marginales o subnormales, y de los problemas ocasionados por el crecimiento urbano”¹⁰¹.

En contraposición al crecimiento longitudinal, en dirección norte–sur hacia 1950, de las tradicionales barriadas coloniales (Egipto, Belén, La Peña, San Diego, etc.) y a las surgidas a comienzo de siglo (Perseverancia, Las Cruces, Ricaurte, etc.) se habían sumado asentamientos nuevos hacia el sur (20 de Julio, Santa Lucía, Santa Inés, San Isidro) y hacia el noroccidente (Ferias, Estrada). Estos últimos alejados unos 10 kilómetros del casco urbano central y separados aún por unidades productivas agrícolas.

Contrasta con ello entonces el nacimiento del barrio Quiroga; El cual es resultado del primer experimento de vivienda popular organizado por el Instituto de Crédito Territorial, ICT. A partir del 20 de julio de 1952, el barrio guarda en sus calles los recuerdos de una juventud y de una historia que se inicia con la adjudicación que se realiza por sorteo de las casas a familias de bajos recursos económicos.

En principio, sus habitantes conocieron el barrio con el nombre de Urdaneta Arbeláez (nombre provisional entre 1951 y 1953), pues su bautizo fue manipulado por políticos que quisieron llamarlo así, en honor al entonces presidente de la república. En 1950 una familia de apellido Quiroga cedió los terrenos para su construcción, siendo tradicional llamarlo con ese nombre.

Luego de la entrega de las primeras etapas, el ICT construyó el proyecto que comprendió ocho (8) etapas. Hoy día se divide en tres partes básicas:

¹⁰¹ Alfonso Torres Carrillo. *La ciudad en la sombra*. Cinep. Bogotá, 1993. p. 25.



■ En contraste con las primeras etapas del barrio, las últimas entregaron casas generosas en espacios tanto interiores como exteriores.

- Primer sector: de la calle 28 sur a la calle 32 sur, entre Avenida 13 o Caracas y carrera 24.
- Quiroga Central: De la calle 32 sur a la calle 36 sur, entre avenida Caracas o carrera 17 y carrera 24.
- Quiroga sur: de la calle 36 sur a la calle 42 sur, entre avenida Caracas o Carrera 18b y carrera 24.

En él se materializa el sueño de muchas familias, entre ellas la de “El Joya”, de superar las precarias condiciones de vida que les impuso la migración desde el campo; no sólo por la descomposición producida por los procesos de industrialización, sino también como resultado de las violencias políticas de los años 1940 y 1950. Si bien es cierto que este intento atenuó las penurias de un buen número de gentes, los esfuerzos del Estado se vieron superados rápidamente en su capacidad, no pudiendo brindar un adecuado ordenamiento espacial y económico urbano que lograra fomentar empleos productivos y se ejecutara una recapacitación de la fuerza laboral. De hecho, buena parte de los hombres del barrio fueron incorporados a los cuerpos de policía durante el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, siendo así los principales adjudicatarios de las casas del barrio.

Otros tantos habitantes que convivían en el barrio, provenientes de todas las regiones del país, trabajaban como obreros, carniceros, carboneros, lustrabotas, vendedores de periódicos, y en menor número, empleados oficiales. Eran gentes desprovistas con lazos desgarrados de solidaridad y de identidad que quedaron abandonados junto con su comunidad originaria. Pronto se vieron arrojados al hacinamiento y a la reducción a un espacio mínimo; obligados a defenderse de otros vecinos extraños que competían por lo mismo. Sus hijos, a la vez, se vieron sometidos a convivir en la calle, a no traspasar el callejón y los antejardines defendidos por pesadas rejas metálicas.

Consecuentemente, es en este ambiente en el que se criaron estos hijos nacidos en el barrio, los ocho hermanos de Édgar y los jovencitos que llegaron a él en un resignado sino. Sin embargo, durante las cuatro décadas que han sucedido, han estado colmadas de permanencias, de luchas, sacrificios y felicidad.

La cotidianidad durante ese tiempo acogió importantes movimientos universales: el Hippiismo y el Rock and Roll en el país durante los años sesenta y setenta tuvieron sus mejores exponentes en grupos salidos de las entrañas del barrio; así mismo, generados por la revolución cubana, saltaron a la luz pública líderes de izquierda como Leonardo Posada; la vanguardia de la música latinoamericana hizo vibrar los corazones en los rincones más apartados con los trabajos de los Amerindios. Alternando con importantes compositores nacionales, maestros internacionales de ajedrez, actrices y actores del cine y la televisión; deportistas de diferentes disciplinas, y políticos.

No obstante, las otras realidades nacionales tienen su expresión en el barrio con el bandlerismo, la drogadicción, y hasta con pandillas. La pérdida de los valores sociales presente en la sociedad colombiana pone en escena en el barrio conocidos bandidos. Delincuentes de alta talla como el personaje seguido en este trabajo.

Coexiste una especie de fatalidad en todo esto que atraviesa el proceso de conformación del barrio. Como sociedad pionera que fue, en mayor o menor medida, su ideal se concretó, se desarrolló siempre con sangre nueva y energía experimental. El surgir de estas comunidades comportó la abolición pausada de los vínculos con las sociedades tradicionales de cada uno. El barrio tiene como singularidad arquitectónica el callejón: éste extrapola los individuos brutalmente en una especie de guetto; Su esencia natural, su horizonte ya no es la contemplación de los sembrados, los ríos, el bosque, sino el antejardín, la fachada inmediata de la casa del vecino de enfrente, perdiendo su privacidad, su intimidad, condenándolo a encerrarse tras la reja, la cual hay que elevar con el pasar del tiempo, tras las cortinas cada vez más gruesas, buscando camuflarse, paradójicamente, en ese laberinto que forman los callejones. El modelo que creyeron ideal, ahora los segrega, los controla, los anula.

Su integración se realiza entonces bajo la forma de una alineación progresiva. Los valores trascendentes que lo acompañaban fueron siendo relegados irreversiblemente al ser confrontados con una realidad que no le ofreció posibilidades de realización y proyección personales.

De ahí que las dificultades para encontrar un impulso, un dinamismo, fueran superadas por la generación precedente de los jóvenes sujetos de este trabajo, al hacer suyo el ejerci-

cio de la libertad; pero no se trató de la libertad o igualdad formales, sino de libertad de hecho que buscó su expresión en la rivalidad y el desafío. Ello confiere una vivacidad singular a los grupos que se apropian de la calle, de la esquina, de un territorio, como espacio de supervivencia donde se desarrolla toda una sociabilidad, como tonalidad abierta a la confrontación ideológica, política, social¹⁰².

Como es obvio, la mayoría de los padres apostaron por un progreso a favor de un mayor bienestar para sus hijos. Pero, esa pretensión se vio resquebrajada como consecuencia de la imposibilidad de diversificación de sus propias actividades, de su profesión, lo que les impidió una movilidad de lugar y de ampliación del mundo de las oportunidades.

Es precisamente en la calle donde se encuentran otras posibilidades de desarrollar, en medio de las complicidades al alternar con otras personas, otras fases de la personalidad, de la adaptación social urbana, y los espacios políticos¹⁰³.

En principio, en los parquecitos o zonas verdes, en el interior de los laberintos que forman los callejones, las gentes acostumbraban a salir a descansar y tomar el sol. Actualmente, hay una población cercana a los 100.000 habitantes; los cuales tienen posibilidades de educación en cuatro escuelas y tres colegios nacionales, hay iglesias católicas por cada sector, un comercio con algún desarrollo y organización, y un centro de deportes, que denominan el Polideportivo, con canchas de microfútbol, de voleibol, basquetbol, muro de tenis, y hasta una pista muy técnica de patinaje sobre ruedas, y un amplio parqueadero.

Cada uno de los sectores cuenta con una Junta de Acción Comunal, a través de las cuales el Estado hace alguna presencia junto con una subestación de policía, que cuenta con un edificio relativamente moderno.

Los modos de vida para muchos de los que residen en el barrio están mediados por la apatía y aún más por el desinterés de lo público (ni siquiera en lo que atañe exclusivamente al barrio). La gente no espera mayor cosa del gobierno (Estado), no sólo en lo que tiene que ver con servicios eficientes e infraestructura, sino tampoco en materia de regulación de conflictos privados y de la convivencia con los vecinos; y mucho menos en materia de proveedor de espacios económicos¹⁰⁴. De manera pues, la gran mayoría no participa en la constitución y elección de las juntas, como tampoco en los proyectos que éstas realizan. En muy excepcionales ocasiones se dirigen a ella para resolver algún problema urgente, lo que imposibilita una acción que se diversifique hacia el interior de las comunidades, para así llegar a las familias o a los individuos y captar sus carencias, para luego concentrarse en un solo esfuerzo, como comunidad, y reclamar basados en su unidad ante las instancias gubernamentales. Esto, de hecho, hace que se respire un ambiente de dificultades insalvables tanto en la creación de subconjuntos representativos, como en la integración

¹⁰² Jorge O. López Díaz. "Un man tenaz". Tesis de la Universidad Nacional. 1988.

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ Fernán González. "Tradición y modernidad en la política colombiana" En: *Violencia en la Región Andina. El caso Colombiano*. Cinep - Apep Bogotá. 1993. p. 97.



■ El callejón tuvo en el Barrio Quiroga diferentes expresiones. Este es un uso de los más conservados pues combina la zona verde con amoblamiento público para la recreación pasiva.

de un super conjunto que haga coherente la viabilidad de los proyectos civiles.

Hay que anotar que desde hace apenas unos años un sector pequeño de las generaciones relativamente jóvenes comienza a participar en la planificación de las juntas y asuntos civiles de la comunidad. También es notorio que las actividades artísticas, deportivas, ecológicas, profesionales, se realizan por fuera de la comunidad en contacto con otras personas, de otros barrios o estamentos. Consecuente-

mente, uno de los principales problemas es la drogadicción y delincuencia, que azota básicamente a los más jóvenes, que no encuentran proyectos serios por parte de las instituciones oficiales que hagan algo por impedirlo.

LA BARRA COMO ESPACIO DE CONCILIACIÓN

“Camarillas informales” es el término con que los llama E. Goffman¹⁰⁵ en el sentido de que cada una de estas acepciones están referidas más exactamente a denominar un pequeño número de personas que se asocian entre sí para distracciones informales.

“Parches” o “galladas”, que se constituyen a partir de lazos de amistad y vecindad, que se forman generalmente de manera espontánea a partir de los grupos de juego. No obstante, subsiste el término “pandilla”, el cual, a mi modo de ver, connota más un sentimiento peyorativo cultivado por “adultos” que no logran tolerar las molestias que causa el juego de los muchachos en la calle, o lo molesto que pueden parecer los muchachos parados en la esquina “sosteniendo paredes”, “lanzando piropos a las niñas”, y las eventuales “pillerías” propias de quienes están en proceso de apropiación de espacios o en etapa de crecimiento.

El lugar incidental es precisamente la calle, la esquina, el parquecito, (si acaso existe alguno) Allí es donde los muchachitos, desde muy temprana edad, encuentran un espacio, un lugar que hacen propio, y que contribuye a constituir una identidad. Lugar-espacio donde logra acercarse a otras personas, a la compañía de sus contemporáneos, de otros mayores o menores, creando la barra, como espacio propio que les confiere respeto, respeto y reconocimiento.

¹⁰⁵ E. Goffman. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires. Editorial Amorrortu. 1981. p. 95.

La barra es entonces una “banda natural”, ya que corresponde a la necesidad de agruparse por nexos de amistad y vecindad, que le otorga a la persona un puesto en la sociedad, logrado al calor del compartimiento de experiencias, de emociones y aventuras.

De otra parte, tiene como función la de servir como “institución socializadora” pues allí, el niño tiene la posibilidad de incorporar elementos esenciales a la estructura de su personalidad. Al adoptar conductas grupales, confronta la existencia de otros y de sus propios límites; lo que de otro modo no hubiera sido posible que identificara.

Así, reconoce estilos de vida diferentes, estableciendo mediaciones a los moldes oficiales, los de la casa, o bien, volviendo relativos aquellos con los que no logra identificarse. A un tiempo, la barra le ofrece la oportunidad de “arraigar un territorio mediante la constante confluencia a sus sitios particulares de reunión con el grupo. Consecuentemente es un espacio de movilización que le confiere un sentimiento firme de reconocimiento, pertenencia y posesión”¹⁰⁶.

Su cohesión e identificación depende del contraste que logre con el “otro”, con el “diferente”, (que fácilmente pueden estar representados en las figuras del adulto, del maestro, u otros grupos rivales.) Ellos representan el conjunto de valores que está en cuestión, con los que se entra en conflicto en un continuo sopesar, para romper definitivamente con ellos, para adaptarlos o terminar asimilándolos.

El carácter institucional de la barra no debe ser entendido como un ente preestablecido, rígido e inmóvil, en el cual se matriculan sus miembros; más bien, debe concebirse como un espacio creado colectivamente por el grupo. Su existencia depende entonces de la capacidad de permanencia en él de cada uno de sus copartícipes.

Es por ello que su singularidad la constituye la unión de similares; es decir, de muchachos que encuentran elementos de identificación que giran en derredor a la edad, los gustos, la ropa, el estilo de vida, ciertas aspiraciones, etc. Es un pensar y sentir similar que los hace significar; de lo que se desprende, “que su unión es voluntaria, ahí no cabe coacción alguna”¹⁰⁷.

Cuando el grupo entra en el proceso de desintegración, el carácter de barra se diluye, desapareciendo las más de las veces; cuando sus miembros tienen acceso a otras etapas de la vida, al integrarse a grupos de estudio, de trabajo, profesionales, políticos, etc. De modo que la barra es, paradójicamente, móvil e inestable.

Su característica más prominente, gira alrededor de la “meta”, del “reto”, las “aventuras” y las “travesuras” que, generalmente, no pasan a ser actos delictivos más referidos a la auto-medición, a ponerse a prueba en capacidades de resistencia física, mental, a resistir bajo presión, en fin, cosas como “hacer conejo”, organizar competencias de baile, deportivas, y

¹⁰⁶ Diego Bedoya. *De la Barra a la Banda*. Medellín. Ediciones Lealón. 1991.

¹⁰⁷ Héctor de los Ríos y Jaime Ruiz R. “La violencia urbana en el Medellín de los 80”. En: *Revista de la Universidad de Antioquia* N.º 21. 1987. p. 38.

a lo sumo, hacer algo que contraríe a los adultos, andando siempre sobre un nivel de competencia interna “sana”.

Finalmente, los diferentes relatos sobre la vida cotidiana nos permiten inferir que lo que se determina con los nombres de barra, combo, gallada, parche... es una institución que opera como espacio alternativo para el encuentro, la recreación, la música, el baile, la confrontación de unas ideas políticas en maduración, donde se comienzan a tener experiencias de adultos, el alcohol, los alucinógenos; es decir, la forma como se administra su tiempo libre.

Su utilidad se mide entonces por la capacidad de cultivar un código ético, a través de la confrontación, o tomando prestadas de las viejas y nuevas amistades, rompiendo el aislamiento obligado por las necesidades cotidianas más apremiantes, en el afán de alcanzar un reconocimiento en la construcción de uno propio.

ORGANIZACIONES DE LA VIOLENCIA Y SU DINÁMICA

De modo que la sociedad tiende a caer en una alta disposición a funcionar dentro de las solidaridades de tipo primario (lazos de sangre, vecindario, etnia), lo que conduce con facilidad a la resolución privada de los conflictos, diluyendo sin remedio el nivel de lo público, a la vez que se ve debilitado el monopolio estatal de la fuerza¹⁰⁸.

De hecho, lo que hay es una privatización de la vida que se expresa en el regreso al ámbito íntimo y a las solidaridades grupales, en la falta de equilibrio entre la vida pública y la privada de los individuos, donde ya no se conserva un sentido de la mediación de la heterogeneidad, y más bien, tiende a asirse a lazos de proximidad e identidad familiar, étnica o local. Esto hace suponer una marcada tendencia a la formación de lazos tribales de la vida en general.

La realidad de la vida cotidiana se desenvuelve entonces en un espacio de transición entre las antiguas instituciones de control y protección de los individuos (clanes familiares, comunidades rurales, latifundios, grupos étnicos), y los que logra desarrollar el Estado, que tienen por demás, un carácter urbano y centralizado.

La idealización en ese tránsito de la sociedad, que hace el individuo, no le da la seguridad básica que necesita y, muy por el contrario, sí mina la cohesión interna de los grupos. Lo que provoca que los individuos dependan cada vez más de sí mismos, y se aumente su movilidad tanto espacial como en el sentido social.

Su individualización creciente implica una superación progresiva de los ámbitos públicos hacia lo privado. En ese ir haciendo su ideal, toma forma lo anti-ideal: el de la sinrazón (lógicas distintas), la desterritorialización (diferenciación frente al vecindario), su indeterminación (frente a lo familiar), la neutralización de los valores (se toma distancia con respecto a lo tradicional), anunciando el acelerado desvanecimiento de lo que queda de su ancestral cultura¹⁰⁹.

¹⁰⁸ Fernán González. “Tradición y modernidad en la política colombiana” En: *Violencia en la Región Andina. El caso Colombiano*. Cinep–Apep Bogotá. 1993. p. 85.

¹⁰⁹ Véase: Jean Baudrillard. *América*. Barcelona. Editorial Anagrama. 1987. pp. 106 y siguientes.

El proceso de diferenciación e integración que debería cumplirse en el marco de una sociedad que va perfeccionando su control sobre las condiciones necesarias para su supervivencia y organización interna, para ir siendo aceptada al lograr la integración y la capacidad de autocontrol por parte de los individuos mismos es un proceso bloqueado en Colombia al no consolidarse plenamente un Estado-Nación, sino que más bien persiste entre formas endógenas de control e instituciones modernas, reforzado por sectores hegemónicos que ejercen gran presión sobre él, detrás del bipartidismo¹¹⁰. Lo que subyace a esto es una sociedad fragmentada que recurre a sus propias fuerzas y un Estado débil, de legitimidad precaria.

Toleramos cada vez más una privatización del espacio público que se refleja, incluso, físicamente en la proliferación de conjuntos cerrados, habitados por gentes de estratos sociales homogeneizados, separados del resto de la ciudad por fuerzas de seguridad privadas. Lo mismo ocurre en los barrios populares que recurren a mecanismos menos sofisticados, como los grupos de autodefensa barrial, los cuales tienen reacciones agresivas frente al extraño. Las milicias populares en Medellín y otras ciudades han asumido funciones similares. Esta privatización y dominio tribal del espacio público y privado genera acciones combinadas entre la policía y los civiles en los barrios, siendo muy proclives a las llamadas "limpiezas sociales"¹¹¹.

Uno más de los síntomas de este encerramiento o retribalización de la comunidad y del individuo es la actitud de autoexclusión de la comunidad mayor (clase o Estado) de las personas. Comportamiento acentuado por las diferencias con los "otros", en la permisividad frente al hecho delictuoso como un mecanismo de defensa frente a la prepotencia de los violentos y a la incapacidad del Estado, toma lugar la resignación en forma de complicidad aparente, pues la estructura de sus relaciones (espontáneas o impuestas) está articulada de tal forma que es imposible substraerse a tales encubrimientos. (Como el contrabando, el atraco, el tráfico de droga y armas.) La mayoría de las violaciones a la ley ni siquiera se denuncian; y cuando se hace, el anuncio de las autoridades competentes de "investigaciones exhaustivas" ahonda el escepticismo, pues no se confía en el aparato de justicia. Lo que tiene como efecto el aumento de la impunidad, reforzando la crisis de la legitimidad de las instituciones oficiales que se expresan con mayor vehemencia en la búsqueda privada de soluciones de justicia por propia mano¹¹².

LOS INVOLUCRADOS

La dinámica delincencial como fenómeno social, en tanto su origen, duración y funcionamiento, se establece socialmente como respuesta a la necesidad de regular tensiones entre los grupos sociales en competencia. Su éxito, su arraigo social y su origen descan-

¹¹⁰ Fernán González. "Tradición y modernidad en la política colombiana". 1993. p. 97.

¹¹¹ Véase: Álvaro Camacho Guizado. *Colombia, Ciudad y Violencia*. Bogotá. Ediciones Foro Nacional por Colombia. 1990. p. 85.

¹¹² Fernán González. "Tradición y modernidad en la política colombiana". 1993. p. 99.

san en la dinámica de ese sistema de poder que se concreta en la tutela de un buen número de intereses cuya importancia varía de acuerdo con el sector social que le pone en práctica. Al desarrollar una serie de funciones especiales (testaferros, lugartenientes, ejecutores, sicarios, etc.) garantizará la reproducción de un determinado tipo de relaciones sociales.

Las zonas, ambientes y grupos sociales en las cuales se difunde tal práctica, es decir, la tendencia a justificar y legitimar el recurso a la violencia privada, alcanza todos los niveles sociales. Cuestión que contradice la imagen general de las organizaciones criminales, con nombres propios (carteles, mafias, bandas...), que suelen defender los cuerpos de inteligencia estatales. Tal vez, el hecho que su práctica corresponda a una jerarquía compleja en cuanto a su ejecución estimula la creencia en grupos de personas aglutinadas tras una “organización” con cuerpo propio.

Nada más equivoco, pues esta visión tiende a estar más cerca de lo falso que de lo real, al distorsionar la realidad. Ciertamente, hay una delincuencia de “cuello blanco”, en la que individuos que pertenecen a grupos sociales hegemónicos, aprovechan su estatus para sacar jugosos dividendos gracias a los medios, relaciones y poder de gestión, que son inherentes al poder. La administración apropiada de éste les permite utilizar otros sectores, que ven en ellos posibilidades de ascenso para sus propios fines. Al trabar relaciones de complicidad, su compromiso es utilizar su poder de gestión para defender o proteger a sus servidores. Relaciones que son mediadas por una paga (salario), subordinándolos a un trato entre patrono y ejecutor material.

No obstante, la clase media¹¹³ merece una mención especial, al ser ella un lugar particular de germen y manifestación, dada su posición privilegiada con respecto a otros sectores sociales; buena parte de la administración del Estado descansa en su gestión. Las ventajas del sector financiero la cobija ampliamente, siendo este un factor importante en su expansión. Pero, su protagonismo está determinado en realidad por tener profesiones y oficios que le permiten ocupar una posición de intermediaria entre las grandes decisiones políticas y económicas con otros sectores sociales.

Su capacidad de adaptación y transformación de los códigos culturales la hacen ideal. Hacen suya la interpretación de las leyes, apoyándose decididamente en los abogados. Esto es, su actividad los lleva a ser la clase de los delincuentes especialistas más hábiles en la operación y ejecución de los diversos géneros delictivos. En ella se concentran, por ejemplo, los especialistas en falsedad de documentos públicos, que a su vez, prestan auxilio a los contrabandistas, a las asociaciones especializadas en robo de vehículos, a las asociaciones especializadas en estafas a entidades bancarias, y aún a muchas otras actividades.

Sin embargo, otros sectores sociales no dejan de ser proclives a los mecanismos delictivos. Personas con menos posibilidades de acceso a bienes de capital y de formación educativa han terminado por convertirse en los ejecutores concretos, al transformarse en expertos

¹¹³ Álvaro Camacho Guizado. *Colombia, Ciudad y Violencia*. 1990. p. 22.

auxiliares de grupos organizados. Al profesionalizarse, garantizan ser contratados por diversos sectores para acciones especiales (secuestros, atracos, ajuste de cuentas, etc.).

Las clases sociales que participan de este “saber”, como se puede apreciar, surgen y viven en el medio urbano. Su relación con los sectores rurales es más de unión entre la ciudad y el campo. Ello se convierte en una herramienta para la acumulación de riqueza, adquisición de un poder político y de ascensión en la escala social.

Como consecuencia de las condiciones económicas que se imponen por el desarrollo del capital en nuestro país, la manera como se hace política, y las innumerables formas violentas como se resuelven los conflictos entre las personas¹¹⁴, estimulan dentro del nuevo orden social la acometida de lo delictuoso como un negocio que produce jugosos dividendos. Así como los procesos de industrialización y modernización de la sociedad demandan distintos profesionales (ingenieros, médicos, economistas, asesores de imagen, etc.) los procesos de la nueva empresa demandan delincuentes especialistas.

LA FORMA DE CONDUCIRSE

El fenómeno delictivo delinea con claridad un comportamiento entre los individuos que tienden a procurarse beneficio de manera ilícita. De un lado, tenemos que si su usuario logra tener éxito en la empresa del crimen, por cualquier medio, la ejecución de los delitos solamente transcurrirá al principio de su carrera, para convertirse después en jefe o encubridor. A lo menos, en un intermediario que colocará en el mercado productos de procedencia furtiva o ilícita. Pero propendiendo siempre a configurarse como “empresas” dentro de actividades económicas formales.

El uso indiscriminado de lo ilegal es la llave que da acceso al dinero y junto con él a las prebendas que éste confiere, siendo así que la afirmación al mundo por parte de los individuos radica en la rentabilidad básica que de él se deriva.

De otro lado, la vida de los ejecutores que no alcanzan el estatus necesario dependerá de las fuentes que le proveerán los trabajos en robos, secuestros, extorsiones, alejándose cada vez más de la posibilidad de pasar a las actividades económicas formales. Por ello, para ese individuo es esencial permanecer asociado a un conjunto de prácticas aceptadas o reputadas como delictivas; al lado de todas las operaciones que rodean su ejecución, las cuales abarcan desde el diseño logístico hasta el manejo de armamento pesado, condiciones que constituyen el carácter empresarial que cada día se ha refinado. Este carácter, precisamente, se ha visto potenciado sin lugar a dudas por las actividades del narcotráfico. Las modalidades de “presión”, “ajuste de cuentas”, “eliminación de enemigos”, “enfrentamiento con las autoridades”, se han extendido progresivamente como mecanismo para la resolución de múltiples conflictos sociales y privados¹¹⁵.

¹¹⁴ Anthony Platt. *Los salvadores del niño o la invención de la delincuencia*. México. Siglo XXI. 1982.

¹¹⁵ Álvaro Camacho Guizado. “La violencia de ayer, la violencia de hoy en Colombia”. En: *Memorias del Foro Nacional para, con, sobre cultura*. Bogotá. 1991. pp. 85 y siguientes.

De modo que la “guerra sucia” que se desata tras la persecución del gobierno a las llamadas organizaciones de narcotraficantes, y la que se da entre los diversos sectores en competencia, lo que realzan es una figura que viene actuando casi que imperceptiblemente hace décadas: el sicario. Las organizaciones mencionadas contribuyen grandemente a la proliferación de tan macabra figura al transformar a muchos delincuentes o delinquentes en potencia en “ejércitos de sicarios”; en la medida en que la “mafia se convirtió en modelo de referencia para muchos, éstos encontraron allí la forma de realizar sus deseos de estatus y bienestar que las opciones tradicionales de estudio y trabajo les niegan”¹¹⁶.

MOVILIDAD SOCIAL

La dinámica de lo delictivo implica un sistema de movilidad social individual. Lejos está de anquilosarse en una determinada franja de la sociedad. Su desarrollo se caracteriza por una elevada inestabilidad; si tenemos en cuenta la naturaleza de su relativo éxito, lo que resulta es un proceso de movilidad tanto ascendente como descendente. Los ejemplos abundan en el relato donde no falta el personaje que de ladrón de bicicletas pasa a ser un industrial respetado.

Morir baleado en el intento de ascender es considerado como caer, o descender (perder el año). Tener éxito conduce a que la movilidad sea más intensa, tanto en los ámbitos espaciales como sociales.

Generalmente, se abandona el lugar de procedencia para ir a vivir a un barrio “bien”, o una ciudad “mejor”, de más alta categoría, de acuerdo con su nuevo estatus. Sus relaciones también se ven afectadas. Su estilo de vida sufre cambios drásticos: las relaciones interpersonales se ven ampliadas con personas de diferentes sectores influyentes y mucho más pertinentes a sus actividades. Su tiempo libre entrará a ser administrado de manera distinta, pues su actividad delincencial deberá ser intensa, si lo que se quiere es mantener el nuevo nivel social que no le ha sido fácil alcanzar, como en el caso de Édgar Joya.

Pero, si de alguna manera el proceder delictivo es socialmente aceptado en la consecución de ascenso en el status social, su jactancia excesiva es rechazada por considerarse fuera de toda estética. Y más bien es tomada como un irrespeto, como una falta de “cultura”. Sin embargo, a medida que la acumulación de riqueza es mayor, ir superando límites le confiere ciertas cualidades y un mayor respeto de los demás, otorgándole el nivel que corresponde a la riqueza acumulada, por estar más cerca del poder, y del ideal colectivo.

EL PODER DE GESTIÓN

Se puede definir como una red de relaciones impersonales que demandan capacidad de acceso y manipulación de sus servicios. Es el principio que media en la relación con los distintos sectores haciendo posible la realización de los negocios. Los actores en emer-

¹¹⁶ Alonso Salazar. “La resurrección de Desquite”. En: *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia*. Bogotá. Colcultura. 1990.

gencia retroalimentan este sistema en remplazo de antiguas formas de relaciones basadas en la amistad, cuya crisis es aprovechada a través de un pago en dinero para lograr satisfacer múltiples necesidades de sus fortuitos usuarios, a la vez que remplazan las metas institucionales y a la sociedad oficial.

Su base social se fundamenta en darle continuidad al acceso de los recursos necesarios al ilícito. Así, cada hombre “conexión” abre la posibilidad de nexo con otros; la eventualidad de participar de “asociaciones” o “negocios” (ser llamado) siempre está precedido por un historial personal de acciones que se han realizado generalmente en compañía de alguien que lo supera, ordinariamente, en experiencia, como forma de especializarse en uno o varios campos, dependiendo de su habilidad.

Con frecuencia, la “conexión” o “contacto” es la persona que finalmente los relaciona con las organizaciones (bandas) que los conoce con profundidad. Juntos, generalmente, han realizado “trabajos” o “vueltas”, que van de acciones como el raponeo, esculcar a la gente (cosquillear), asaltar (atracó), introducirse a las viviendas a robar (apartamentear), extorsionar, secuestrar, participar en la distribución de drogas, en la circulación de armas, o intermediar con objetos robados (reducir); todo aquello que implique tener acceso a bienes materiales sin pagar por ellos, medie o no la violencia directa.

Sin embargo, los servicios prestados, aunque por ello se haya recibido una paga, no dejan de despertar un sentimiento de profunda solidaridad entre “colegas”. De ahí que se presente una tendencia a reforzar de manera simbólica su relación, a través del afán por mantenerse integrados a actividades formales (sanas); actitud que es potenciada evitando el protagonismo excesivo, pero sobre todo, con la no-delación del camuflaje que los mantiene en sociedad.

Negar toda ligazón con actividades delictivas es una forma de negar caminos de corroboración de actividades ilícitas; por ello, profesionalmente hablando, se hace una desposesión del nombre de pila, cambiándolo por un seudónimo ligado casi siempre a su mayor habilidad, virtud o defecto, por el que todos lo llegan a distinguir, a manera de un rebautizo, reforzando los rituales simbólicos de la doble vida. La que todos reconocen, pero de la que no se habla, como forma de complicidad en la que difícilmente se puede saber hasta qué punto es impuesta o espontánea.

Lo cierto es que todos estos elementos, en su conjunto, sirven para definir las posibles articulaciones de las redes de intercambio en la gestión y consecución de recursos económicos, y el incremento de lo político.

“EL DURO”

El uso popular de este adjetivo revela la forma mítica de concebir al que logra concentrar en sí el ideal común. La complicidad oculta que se cierne sobre la actividad delictiva parece desvanecerse al identificar al individuo. No como una persona dedicada al delito, sino como un hombre que supo hacer valer sus derechos, haciendo abstracción de los medios que utilizó para tal fin.

“Duro” es en realidad el término que se emplea normalmente para designar a quien ha sido capaz de tener éxito a través de una efectiva administración de la violencia. El lenguaje común, por una especie de exorcismo ha hecho que su significado sea positivo, que tenga una connotación de aceptación, podría decirse que general.

No obstante, en una forma de atacar el inusitado auge y expansión de este ideal, los grupos tradicionales de poder en Colombia no han ahorrado esfuerzos en estigmatizar a sus usuarios, respaldados en el dominio y manipulación de la prensa y los medios, blandiendo ostentosos linajes de clase, contra los “orígenes” desconocidos de clase, la inmoralidad y al creciente poder, de los señalados como “emergentes”¹¹⁷.

De modo contrario, no se le confiere el adjetivo a quien en su discurrir ataca su base social “traicionándola”, no siendo capaz de sentir el debido respeto por ellos, marcando la debida distancia, la mesurada administración de su capacidad de hacer daño. A estos individuos se les señala como “chichipatos”, como los verdaderos criminales o delincuentes.

El “duro” es una persona que inspira respeto porque puede ejercer la violencia hasta el punto de infundir temor a los demás. Además, se tiene una imagen de él como alguien que es capaz de imponer un orden social, y de ejercer la justicia necesaria que la autoridad oficial no es capaz de garantizar. Por un lado, es un hombre que ha alcanzado la riqueza, que satisface sus necesidades materiales; y, por otro, concentra en sí la fuerza a través del ejercicio del poder y la violencia.

Ideales que están presentes en los personajes que acompañan a “El Joya”, y en él mismo, relacionándolos con el ejercicio indiscriminado de la violencia como condición previa al enriquecimiento y, por tanto, instrumento ineludible en la consecución del ideal de una vida libre de afugias materiales, y obligaciones laborales.

La idealización efectuada por los individuos sobre este fenómeno, facilita los mecanismos para su reproducción en escalas más bajas. Muchos de los jóvenes líderes, siguiendo el principio de autonomización, van construyendo a su alrededor una fama de “duros”; que con el paso del tiempo, les permite ganar la admiración de otros, que luego se traduce en respeto, lo cual les asegura, de paso, los trabajos cada vez más complejos (las vueltas), un mayor ingreso (los cotiza), confiriendo el acceso a otras formas de delincuencia (jerarquía).

EL PRESTIGIO

De conjunto, engloba la capacidad reconocida socialmente de un individuo de poder garantizar a sus allegados y así mismo, un adecuado nivel de vida, consecuente con sus aspiraciones e ideales, y con sus propias condiciones sociales.

La dinámica delictiva está caracterizada por elementos culturales como la dignidad, su capacidad de solidaridad, el uso de la violencia como instrumento de ascensión social, etc. Estos son valores que constituyen el sistema normativo alterno, por el cual las acciones individuales se juzgan a partir de este sistema de referencias.

¹¹⁷ Álvaro Camacho Guizado. “La violencia de ayer, la violencia de hoy en Colombia”. En: *Memorias del Foro Nacional para, con, sobre cultura*. Bogotá. 1991. pp. 67 – 92.

El orden social al recurrir a tal sistema normativo alterno perfila hombres con una personalidad propia, silenciosos, dueños de un poder oculto, con acceso a redes amplias y escondidas, capaces de mantenerse entre otros individuos que, como él, desarrollan sus actividades en la sombra.

Los códigos de honor, en realidad, no están solamente presentes en los ambientes delictivos, sino que se pueden percibir en la cotidianidad de la vida formal, en cualquiera de sus manifestaciones¹¹⁸.

La difusión social y la aceptación de muchos de esos valores que constituyen la esencia cultural de lo delictivo, se confirman en los objetivos que sustentan. De una parte, hay una concepción del honor ligada a las condiciones de desigualdad, que se traduce en las pretensiones de igualdad manifiesta en la competencia entre sectores sociales e individuos. De otra parte, no sólo se considera el incremento de las posibilidades individuales de acceso a la riqueza, si no que en él se aglutinan otras como la lealtad, la cual se garantiza a través de una redistribución de la riqueza, del manejo del poder, de la relevancia del prestigio, y del uso de la violencia en un sistema de reciprocidad de poder y derecho.

La seriedad, experiencia y entrenamientos de cada uno de sus miembros aglutina la respuesta a las más altas tensiones frente a las posibles amenazas a la seguridad. Si tal equilibrio llega a ser una realidad, es prueba que cada uno de sus integrantes ha asimilado suficientemente los códigos de conducta y los patrones de comportamiento necesarios para la eficaz reproducción de ese orden, que afianza una tranquilidad hacia dentro, y seguridad hacia afuera¹¹⁹.

Para ello establece un poderoso aparato coactivo, el cual está bien definido por su sencillez: el principio básico de su código de honor es la "ley del silencio". De hecho, la mayor sanción se le aplica a los comportamientos de deslealtad (faltones) para lo cual se ejerce sin titubeo alguno, su justicia privada (el poder sobre la vida del otro, del satanizado).

Así, la vida de un usuario de los procedimientos violentos se pasea por su realidad ideal. En su verdad interior transparenta su capacidad de recrear su propio sistema de valores. Su comportamiento alternativo lo libera yendo de un espacio a otro, circulando, cambiando de oficio dentro de su propia división social del trabajo, de costumbres según la moda, de compañera, según su moral, y no la del grupo, o de opinión en el desenfreno de su totalitarismo.

ESTRUCTURA DE LA BANDA

La imagen de "carteles", como organizaciones dedicadas al crimen, difundidas por los medios de comunicación, como disposición de la autoridad oficial de enfrentar al enemigo social, lleva implícito un concepto errado sobre el fenómeno delictivo. La mirada oficial, difundida con fines represivos y penales está dirigida a considerarlo como un aconteci-

¹¹⁸ J.G. Peristiany. *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*. Barcelona. Editorial Labor. 1968. p. 21.

¹¹⁹ Eric Hobsbawn. *Rebeldes primitivos*. Barcelona. Editorial Ariel. 1974. pp. 35 – 36.

miento, y no en la dimensión real que éste señala como fenómeno. Que su uso se extienda a todo el mundo, a todas las capas sociales, sin respetar color, idioma o fronteras, no parece importarles. En realidad no existe una organización en particular (que aglutine criminales) para ejercer la delincuencia.

Sin embargo, defectiblemente el comportamiento delictivo está mediado por elementos organizativos; contradictoriamente, sin la configuración de una cierta organización su ejecución sería imposible. Una actividad que exalta los rasgos individuales se manifiesta en formas que se corresponden con una organización, acentuando sobremanera los valores subjetivos.

Lo que se da es una basta red de personas de toda clase, de toda esfera social, sin lazos aparentes, con el fin de servir a los intereses comunes. Así, las funciones no son propias de una organización centralizada, sino que descansan en muchas otras formas de organización delictivas; dependiendo del tipo de delito, se unifica la dirección de las acciones, lo que le confiere la imagen de fuerza implacable. Regula la división del trabajo y de las funciones, se juzga si, según las circunstancias, conviene o no suspender o multiplicar la violencia, si matar o no; en fin, siendo su característica principal la tribalización de su estructura operativa, tanto por los factores expuestos como por lo que tiene que ver con el desarrollo mismo de la sociedad.

Su organización dispersa es esencialmente individualizada. Sus militantes provienen, ordinariamente, de los miembros más osados de las familias que han alcanzado un alto nivel de individualización; así mismo, de personas altamente competitivas que han pasado por barras poco cohesionadas o de altísima movilidad¹²⁰.

El impulso a agruparse en una banda no traspasa en la mayoría de los casos una asociación temporal: se reúnen, se ponen de acuerdo y se ayudan para salir adelante en alguna operación. Tras cometer algún delito o acción, y dividir los resultados, como medida de seguridad, se separan e, incluso, fingen no conocerse (si te vi, no me acuerdo).

Derivado de las exigencias de la mayoría de los trabajos que nunca son los mismos (hoy es una cosa, mañana otra), en un ir y venir de una asociación a otra (donde no siempre está la misma gente), hay que desarrollar una gran disposición para recorrer las inmensas redes que imponen las formas y los nuevos métodos de trabajo.

Su organicidad supera, en mucho, a la barra. En tanto es un colectivo transitorio de muy heterogénea composición interna. En ella se entrecruzan protectores y vengadores, altruistas y aprovechadores, organizadores y ejecutores, en un lugar común de múltiples lógicas de acción. La característica del poder del delincuente, es decir, la incapacidad de institucionalizarse más allá de la persona misma del delincuente, la pluralidad de funciones, la flexibilidad y el carácter fluido de las asociaciones; hallan su unidad en el hecho de que el delincuente debe combinar sus actividades de empresario de la violencia con las de empresario formal. Cuestiones que dependen del éxito de su posición estratégica en la red de relaciones sociales.

¹²⁰ Héctor de los Ríos y Jaime Ruiz R. “La violencia urbana en el Medellín de los 80”. En: *Revista de la Universidad de Antioquia* N.º 21. 1987. p. 38.

Sin embargo, su posición estratégica depende de su capacidad única e individual de crear, de mantener y multiplicar las relaciones sociales susceptibles de manipulación. Así mismo, dicha capacidad, precisamente por ser personal, hace imposible su transmisión a otros. De modo pues, que la exigencia de aumentar, de acuerdo con el éxito, las redes sociales, mengua las posibilidades de crear estructuras organizativas estables. En efecto, se acentúa el carácter fluido de la organización, luego así que esa flexibilidad de la organización tiene como consecuencia la imposibilidad de institucionalizar las actividades delincuenciales en la forma como se estructuran las empresas económicas formales: burocratizándose.

EL OFICIO DEL ASESINATO

El uso de la violencia ha sido el instrumento al que se ha recurrido con mayor frecuencia (o por lo menos la amenaza a emplearla, lo que se traduce en terror), por los actores sociales en emergencia, quienes están convencidos de que no hay otra salida distinta a la opción violenta¹²¹.

La distribución muy desigual de la riqueza parece ser el detonante de la acción violenta en la resolución de los conflictos intensos que crea la competencia en la consecución de recursos. La falta absoluta de derechos igualitarios para todos ha conllevado a una excesiva tendencia a buscar soluciones de tipo privado a tales conflictos.

Esto último ha puesto de relieve de manera significativa el predominio de la potencia individual. Por lo que toda violencia, ya sea en sus manifestaciones más sutiles, hace suponer una concepción y un ejercicio del poder que no acepta de manera alguna la creación de los espacios públicos para la resolución de los conflictos.

Prácticamente, toda actividad social es tomada por el carácter exclusivamente personal de las relaciones sociales. Lo que implica que los límites entre lo público y lo privado se hacen muy difusos. Acudir a formas de justicia privada, organizar una guerrilla o grupos paramilitares, arrogarse el derecho a decidir la muerte de los llamados "desechables", es asumir una "función pública" desde una posición privada. La práctica de los procedimientos violentos, como procedimientos triunfantes, a manera de protección, cuanto más funciona, más dificultades le presenta a la autoridad legítima para imponerse como tal.

Ya desde las épocas de la Gran Violencia de mediados de siglo, emerge la figura del oculto asesino especialista. El Pájaro, ya fuera bajo motivaciones políticas por las que realizara la macabra tarea creyendo proteger los intereses de partido, es la expresión de una mentalidad que en su encierro no admite la existencia del otro. Como quiera que haya sido, su accionar se propagó a otras esferas sociales encubriendo otros intereses. Así, la violencia no sea la misma de su tiempo, la nuestra, es su continuidad. Aunque sus caminos ya no sean las montañas, su escenario son las calles de nuestras ciudades, de nuestros barrios¹²².

¹²¹ Fernán González. "Tradicición y modernidad en la política colombiana" En: *Violencia en la Región Andina. El caso Colombiano*. Cinep - Apep Bogotá. 1993.

¹²² Alonso Salazar. *No nacimos pa' semilla*. Bogotá. Cinep. 1990.

Las organizaciones especializadas trascienden así las fronteras geográficas, como también las sociales y políticas. Su conformación es muy diversa, pueden partir de pequeños grupos que se comprometen en la realización de trabajos cada vez más grandes y profesionales, o de individuos de distintos sectores reclutados por un jefe o contratista. Al tomar la forma de banda especializada realizan sus propias acciones, o trabajan para alguien.

El poder y el dinero le permiten, a su vez, convertirse en intermediarios de servicios, dando origen a las llamadas “oficinas”, que son organizaciones con una gran capacidad operativa¹²³. Los “trabajos”, como lo indica la palabra, son actividades ligadas a cualquier otra del orden de la división del trabajo formal, profesional, lo cual les permite tener acceso al dinero sin tener que laborar por largas jornadas diarias, o tener que estudiar durante años, o someterse a la disciplina de jefes déspotas. No obstante, esto constituye una perturbación en el manejo tradicional del tiempo, pues en él no hay sosiego, no hay tiempo para la contemplación (estética), quedando atrapados en la velocidad de los autos, de las motos, de las comunicaciones.

Los múltiples conflictos entre las fuerzas sociales y los individuos son el caldo de cultivo en la proliferación de sujetos y organizaciones encargadas del oficio que tiene a la muerte como un bien tasable. Por ello, también a la tendencia a recurrir a la custodia y protección privadas, de bienes y de vidas, que parece generalizarse cada vez más. Con la aparición del negocio del narcotráfico se incrementan los efectivos, los frentes y el poder de fuego. Al tiempo que introduce un elemento que definitivamente aleja las posibilidades de creación de espacios públicos donde dirimir los conflictos: el pago generoso en dinero por prestación de servicios.

La nueva empresa, por sus características clandestinas, es una actividad que ha desarrollado como fundamento de su sobrevivencia la ejecución material de todos los que considera enemigos de sus actividades. La garantía de los pagos de los dineros procedentes de los negocios ilícitos es asegurada por la certeza que tienen los que los adeudan que ellos o sus familiares serán asesinados en caso de negarse a pagar, escóndanse donde se escondan.

Basados en el incremento y especialización de tan poderosa y eficaz fuerza armada (sicarios suicidas) han entrado, incluso, a la ofensiva. Además de servirle para la protección y custodia de su privacidad personal y empresarial, les sirve para protegerse de los grandes empresarios o grupos de poder en competencia, contra la amenaza de secuestro y extorsión por parte de grupos políticos alzados en armas, contra el paramilitarismo usado en su contra, o contra la persecución de las autoridades.

¹²³ Véase Alonso Salazar. “La resurrección de Desquite. Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia.” En: *Gaceta* N.º 8 Bogotá. Colcultura. 1990. p. 11.



- Casas de las etapas más recientes en que fue construido el Barrio. Son evidentes las transformaciones realizadas a las mismas y el "aprovechamiento" comercial del espacio antes dedicado a jardines o a zonas de esparcimiento.

Bibliografía

- Bedoya, Diego. *De la Barra a la Banda*. Medellín. Ediciones Lealón. 1991.
- Betancourt, Darío y García, Marta. *Matones y cuadrilleros*. Bogotá. Tercer Mundo Editores. 1991.
- Baudrillard, Jean. *América*. Barcelona. Editorial Anagrama. 1987.
- Camacho Guizado, Álvaro. "La violencia de ayer, la violencia de hoy en Colombia". En: *Memorias del Foro Nacional para, con, sobre cultura*. Bogotá. 1991.
- _____. *Colombia, Ciudad y Violencia*. Bogotá. Ediciones Foro Nacional por Colombia. 1990.
- _____. *Droga y sociedad en Colombia. El poder y el estigma*. Bogotá. Editorial Cerec. Universidad del Valle. CIDSE. 1988.
- Cardona, Ramiro. *Migración y desarrollo urbano en Colombia*. Bogotá. Ascofame y Organización Corona. 1970.
- Cinep. *Análisis*. N.º 1 – 2. y *Controversia*. N.º 151 – 152.
- Colmenares, Germán. *Cali: Terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII*. Bogotá, Tercer Mundo. 1997.
- Córdova, Víctor "Historias de vida, una metodología alternativa para Ciencias Sociales" En: *Comisión de Estudios de Post-Grado*. Faces U.C.V. Fondo Editorial Trópicos. Caracas. 1990.
- Cruz Kronfly, Fernando. *El despertar de la modernidad en Colombia*. Bogotá. Compiladores Fabio Isaza y Fernando Viviescas. Ediciones Foro Nacional por Colombia. 1991.
- Cruz Vélez, Danilo. "La Deshumanización de la ciudad". En: *Revista de Poesía Golpe de Dados*. Bogotá. Volumen 10. N.º 58. Agosto de 1982.
- De Los Ríos, Héctor y Ruiz, Jaime. "La violencia urbana en el Medellín de los ochenta". En: *Revista de la Universidad de Antioquia* N.º 21. 1987.
- Dostoyevsky, Fedor. *Recuerdos de la Casa de los Muertos*. Madrid. Editorial Bruguera. 1981.

- Durkheim, Emile. *La división del trabajo social*. Bogotá. Planeta Agostini S.A. Tomo I. 1985.
- Echeverri de Ferrufino, Ligia. *Foro: Juventud, Familia y Crisis Social*. Mimeo. Bogotá. 1993.
- García Canclini, Néstor. "Una discusión entre tradición y modernidad". En: *Revista Fin de Siglo*. N.º 8 Bogotá. 1990.
- Giraldo Isaza, Fabio. Presentación del libro Lauchlin Curie. *Urbanización y Desarrollo*. Bogotá, Camacol Editores. 1988.
- Goffman, E. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. 1981.
- González, Fernán. "Tradición y modernidad en la política colombiana" En: *Violencia en la Región Andina. El caso Colombiano*. Cinep - Apep Bogotá. 1993.
- Gurrieri, Aldo. *Estudios sobre la juventud marginal en Latinoamérica*. México. Ed. Siglo XXI. 1983.
- Heller, Agnes. "Los movimientos culturales como vehículos de cambio en Colombia" En: *El Despertar de la Modernidad*. Bogotá. Ediciones Foro Nacional por Colombia. 1991.
- Hobsbawn, Eric. *Rebeldes primitivos*. Barcelona. Editorial Ariel. 1974.
- Kalmanovitz, Salomón. "Evolución de la estructura agraria en Colombia". En: *Cuadernos colombianos* N.º 3. Bogotá. 1974.
- _____. *Economía y Nación*. Bogotá. Siglo XXI, Cinep y Universidad Nacional. 1985.
- López Díaz, Jorge O. "Un man tenaz". Tesis de la Universidad Nacional. 1988.
- Malinowski, Bronislaw. *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Barcelona. Editorial Ariel. 1982.
- Matta, Roberto. *Conta de Mentiroso. Sete ensaios de antropología Brasileira*. Río de Janeiro. Editorial Rocco. 1993.
- Molano, Alfredo. "Reflexiones sobre Historia Oral". Texto de la intervención en el Seminario de Historia Local de Mompós. En: *Revista Gaceta*. Mayo y junio de 1990.
- _____. *Selva adentro. Una historia oral de la colonización del Guaviare*. Bogotá. El Áncora Editores. 1987.
- _____. *Siguiendo el Corte. Relato de guerras y de tierras*. Bogotá, El Áncora editores, 1989.
- _____, José Antonio. "Reseña del libro *Economía y Nación, una breve historia de Colombia*" En: *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*. Volumen 23. N.º 6. Bogotá. 1986.
- Ocampo, José Antonio. *Colombia y la economía mundial 1830-1910*. Bogotá. Siglo XXI - Fedesarrollo Editores. 1984.
- Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá. Biblioteca Banco Popular. 1978.

- Parra Sandoval, Rodrigo. *Ausencia de futuro*. Bogotá. Editorial Plaza y Janés. 1982.
- Parson, James. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Bogotá. Carlos Valencia Editores. 1979.
- Pecaut, Daniel. “La modernidad en Colombia”. En: *Revista Gaceta* N.º 8 Bogotá. Agosto – septiembre de 1990.
- _____. *Crónica de dos décadas de política colombiana*. Bogotá. Siglo XXI editores. 1988.
- _____. *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá. Cerec - Siglo XXI editores. Volumen 2. 1987.
- Peristiany, J.G. *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*. Barcelona. Editorial Labor. 1968.
- Platt, Anthony. *Los salvadores del niño o la invención de la delincuencia*. México. Siglo XXI. 1982.
- Quinney, Richard. *Clases, Estado y delincuencia*. México. Fondo de Cultura Económica. 1985.
- Salazar, Alonso. “La resurrección de Desquite”. En: *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia*. Bogotá. Colcultura. 1990.
- _____. *No nacimos pa’ semilla*. Bogotá. Cinep. 1990a.
- Samuel, Raphael y Thompson, Paul. *The Myths We Live* New York. Routledge London. 1990b.
- Sánchez, Gonzalo. “Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones”. En: *Análisis Político*. Bogotá, N.º 6. Enero – abril de 1989.
- _____. *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá. Áncora editores. 1984.
- Taussig, Michael. *Destrucción y resistencias campesinas. El caso del litoral Pacífico*. Bogotá. Editorial Punta de Lanza. 1979.
- Torres Carrillo, Alfonso. *La ciudad en la sombra*. Cinep. Bogotá, 1993.
- Tovar Pinzón, Hermes. “La coca y las economías exportadoras en América Latina: El paradigma colombiano”. En: *Análisis Político*. Bogotá. N.º 18. Enero – abril de 1993.
- _____. *Movimientos campesinos en Colombia*. Bogotá. Ediciones Diana. 1975.
- Uribe, María Victoria. “Matar, rematar y contramatar”. En: Documentos Cinep N.º 158 y 159. Bogotá. 1998.
- Valencia Villa, Hernando. *Cartas de batalla. Una crítica al constitucionalismo Colombiano*. Bogotá. U.N. - CEREC. 1987.
- Varios. “La consolidación del capitalismo moderno 1945 – 1986”. En: José Antonio Ocampo. *Historia Económica de Colombia*. Bogotá. Siglo XXI editores y Fedesarrollo. 1988.
- Zuleta, Estanislao. *Colombia: Democracia y derechos humanos*. Bogotá. Ediciones Altamir. 1991.

Glosario

- BRAVERO:** Hombre bravío, serio, profesional.
- Cascarero:** Peyorativo, ladrón de poca monta.
- CASCAR:** Golpear, intentar matar, matar.
- COCA-COLOS:** Mote a jóvenes a la moda de los años sesenta.
- CONEJO:** (Hacer...) No pagar las cuentas.
- CRANEAR:** Planear ilícitos.
- CHACOS:** Arma de origen oriental (dos bastones unidos por una cadena).
- CHUZO:** Palo armado con una lesna, cuchillo.
- DECÚBITO:** Posición horizontal del cuerpo.
- DURO:** Mote asignado al que es capaz de concentrar en su persona la fuerza, crueldad, violencia y cierta capacidad de mediación y de "hacer justicia".
- LANCE:** Situación de disposición a ilícitos; eventualmente llegan a concretarse.
- LÍCHIGO:** Tienda de mercado al menudeo.
- PINTA:** Vestido elegante, a la moda.
- PRONACIÓN:** Movimiento del antebrazo que hace girar la mano de fuera a dentro, de modo que la palma queda hacia abajo.
- SANO (A):** Situación de no culpabilidad, sin daño.
- SOLLAO:** Estimulado, como si estuviera drogado.
- SUPINACIÓN:** Posición de una persona tendida sobre el dorso, o de la mano con la palma hacia arriba.
- TIRA:** Mote a los miembros de la policía secreta.
- TRAQUETO:** Mote al negociante en cocaína.

